

Ngäbe quiere decir persona



Ngäbe quiere decir persona

ISBN 978-9962-9012-2-8

Ngäbe quiere decir persona.

Editorial: Universidad Autónoma de Chiriquí

Materia: Crónica periodística

Edición No.1.

Imprenta Universitaria, UNACHI, Ciudad de David,
provincia de Chiriquí. Panamá.

Junio 2018.

Formato: 14 x 21 cm Páginas 153.

300 Ciencias Sociales

302 Comunicación Social

Serie: Crónicas periodísticas.

Editores:

Reisa Mirella Vega Ríos,

Vicedecana de la Facultad de Comunicación Social,
Universidad Autónoma de Chiriquí. Chiriquí, Panamá

Froilán Escobar González,

Decano Facultad de Periodismo y Comunicación, Uni-
versidad Federada San Judas Tadeo. San José, Costa
Rica

Diseño de portada y contraportada: Vicky Ramos

Diagramación: José Zúñiga y Reisa Vega

Foto portada: Alejandro Villalta Calvo

Foto contraportada: Carlos Beltrán

Revisión filológica: Guillermo González Campos y

Esperanza Martínez Palau

Visión conjunta, desde el principio

Ngäbe, identidad y comunicación

Reisa Mirella Vega

“Interculturalidad y comunicación desde la perspectiva de los pueblos indígenas” fue la experiencia que unió y trazó un diálogo entre las Universidades Autónoma de Chiriquí en Panamá y la San Judas Tadeo en Costa Rica, con la realización del Primer Encuentro de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS) de la región centroamericana, el cual tenía como objetivo reunirnos, saber quiénes somos y qué estamos haciendo. Además de unir esfuerzos en beneficio del trabajo que desarrollan las facultades y escuelas de Comunicación Social en la región y estrechar los lazos entre pueblos hermanos. La representante principal de FELAFACS-Centroamérica, la doctora Lidieth Garro, de la Universidad de Costa Rica (UCR), organizadora del evento, logró convocarnos para que escribiéramos este libro: *Ngäbe quiere decir persona*, es la prueba de una jornada de esfuerzo y trabajo periodístico que plasma la visión del maestro Froilán Escobar y su espíritu, aún cautivo por la interrogante de si Panamá ha logrado o no avances en el desarrollo educativo de la población ngäbe.

Iniciamos el impulso que originó esta temática mediante el abordaje de la crónica en profundidad con estudiantes de III y IV año de la Escuela de Periodismo de la Facultad de Comunicación Social de la UNA-CHI, esfuerzo que hoy se hace realidad gracias a la rectora de la Universidad Autónoma de Chiriquí, maestra Etelvina Medianero de Bonagas; el vicerrector de Investigación y Posgrado, doctor Roger Sánchez y el decano de la Facultad de Comunicación Social, magister Manuel Solórzano.

La creación de la comarca Ngäbe-Buglé en la República de Panamá es una conquista, enmarcada en la

Ley 10 de 1997, un territorio de 6,968 km², con una población de 157 mil habitantes según el censo de población de 2010. Hoy ha superado las barreras con la educación primaria, secundaria y universitaria. A esto han contribuido las políticas educativas de los gobiernos y el esfuerzo de ellos por lograr una educación superior. La Universidad cuenta, en el distrito de Múna, en la comunidad de Llano Ñopo, con la Sede Universitaria de UNACHI. Además, cuenta con el Centro Regional Universitario de Oriente (CRUCHIO) y una extensión en Alto Caballero, distrito de Múna. Gran cantidad de estudiantes ngäbe son recibidos en las aulas de la sede central, centros regionales y extensiones de la Universidad Autónoma de Chiriquí y cada día conviven con los demás jóvenes igual que todos los que aquí asisten, buscan prepararse en una carrera superior que les ayude a encontrar una oferta laboral. El valor cultural del pueblo ngäbe es reconocido por casi todos, las mujeres lucen sus vestimentas orgullosas de su cultura y tradición. Además de conservar sus atuendos, algunos dialogan con soltura en su lengua materna. Están organizados, son reconocidos por las instancias académicas, su liderazgo y preparación los ha llevado a seguir superándose y concursar en maestrías y doctorados fuera del país. Pero aún existe una historia de inequidad con el pueblo ngäbe-buglé y las problemáticas que presenta su población, distante de los centros urbanos. Esto ha motivado a la Facultad de Comunicación Social para prepararlos en la elaboración de mensajes en su propia lengua, que sean ellos y nosotros los que, juntos, proporcionemos un estímulo y reconocimiento del yo y del otro, de que todos somos iguales.

La interculturalidad y el reconocimiento del yo y el otro es lo que han encontrado nuestros jóvenes, aprendices de periodistas que, por primera vez y con una motivación, han identificado la problemática del otro

desde su perspectiva y han construido sus crónicas gracias a la experticia del maestro Froilán, a quien le debemos la inspiración y el reconocimiento del otro. Este encuentro nos permitió salir de la tranquilidad del aula universitaria y hacer el recorrido desde la perspectiva de los de abajo (ciudad), conociendo a los de arriba (montañas en la Comarca). Seleccionar los ocho jóvenes no fue sencillo. Ya desde hacía un año habíamos conversado con algunos de ellos; pero se requería disposición y tiempo, había que comprometerlos, motivarlos, prepararlos y pulirlos en el discurso narrativo de la crónica en profundidad con el enfoque de la problemática de la comarca Ngäbe-Buglé y su gente. Agradecemos a la maestra Esperanza Martínez Palau, quien dio un gran impulso e inspiración, además de facilitar algunos lineamientos para la redacción de la crónica en profundidad.

El día uno fue la preparación para el taller. Un primer encuentro, lleno de expectativas en el desarrollo preliminar y preparación de la crónica. Puestas las condiciones y los objetivos claros viajamos temprano, el día dos, hacia la Comarca. Entre los estudiantes contábamos con tres mujeres y cinco hombres, dos de ellos ngäbe (José y Manuel). Todo había sido coordinado para esta visita a la Comarca. El bus, el permiso, el seguro de los estudiantes, las personas a quienes iríamos a entrevistar, el alojamiento, la comida y el tiempo para cada visita. Sabíamos que la lluvia podía ser un obstáculo si salíamos muy tarde. El tiempo apremiaba, las ansias y el entusiasmo por saber qué nos esperaba y si estarían las personas convocadas, nos inquietaba. Ya se había coordinado con el profesor Ismael Salinas, coordinador universitario de la UNACHI en Llano Nopo. La primera impresión del área fue de asombro y descubrimiento: cruzamos un gran puente colgante (zarzo) sobre el caudaloso río Tabasará. Caminamos dos kilómetros y llegamos al hermoso valle;

cada quien se organizó para la faena periodística y todo fue registrado con el lente del fotógrafo y el camarógrafo (Carlos Beltrán y Luis Torres), asignados a la misión. Había una comunidad ansiosa y lista para desarrollar las temáticas con los jóvenes. Temas como salud, educación, ambiente, cultura, tradiciones y religión fueron abordados.

Era casi la una de la tarde, el cielo se nubló y empezaron a caer las primeras gotas de lluvia cuando decidimos regresar; pero no podíamos irnos sin entrevistar al cacique sobre la problemática del ambiente. Manuel y yo fuimos los últimos en regresar. Al llegar al zarzo le dije: "Preguntemos a los señores ¿dónde podemos localizar al cacique?". Definitivamente fue una ventaja llevar a Manuel: él habla su lengua. Para sorpresa nuestra, el dueño del negocio era el cacique regional Jeremías Montero. Manuel hizo la entrevista en ngäbere. Me sentí muy orgullosa de él, nos despedimos y regresamos con el grupo. El destino: Alto Caballero. La lluvia se presentó con mayor fuerza, almorzamos en el distrito de Tolé y seguimos nuestra ruta; pero no pudimos entrevistar a las señoras que nos esperaban: estaban en la ciudad capital, por lo que decidimos viajar al distrito de San Félix, al Hogar Nuestra Señora del Camino, donde cenaríamos y descansaríamos esa noche. En el lugar, las hermanas Pinto nos esperaban, quienes contaron historias de superación y entrega al desarrollo de la comunidad.

El tercer día el profesor Alexander Sánchez, director de Cultura de la Vicerrectoría de Extensión de la UNACHI, se sumó al grupo, desayunamos y emprendimos el viaje, no sin antes hacer un breve alto para visitar el Centro Regional Universitario de Oriente (CRUCHIO). Nuestro destino, la capital de la Comarca, Llano Tugrí, Buabiti. La carretera era de asfalto y algo angosta; pero se hizo larga: vueltas, subidas, vueltas, subidas de cerros y montañas, naturaleza y, desde cierta altu-

ra, se divisaba a lo lejos el Océano Pacífico. En Cerro Flores nos esperaba el señor Choy Caribo. La entrevista duró casi dos horas. Los jóvenes estaban ansiosos por saber más sobre este pueblo y sus luchas, por superar las barreras que a veces nos dividen. Al concluir, subimos a Buabiti, el letrero de bienvenida en la cima nos dejó sorprendidos y maravillados por la belleza del lugar. En el colegio fuimos recibidos por el director Wilson Quiroz, quien dijo que el sueño de la comunidad es contar con una universidad en la capital de la Comarca. Ojalá, dijo Quiroz, pueda la UNACHI llegar a esta zona y brindar su oferta académica. Cada año, explica, se gradúan cientos de estudiantes como bachilleres y es lamentable que no se les dé la oportunidad a estos jóvenes de superarse profesionalmente. Así concluimos nuestro viaje de regreso con la esperanza de que los jóvenes que sumamos a este proyecto logren profundizar las enseñanzas del maestro Froilán y puedan salir airoso con sus publicaciones en este libro que es, sin duda, un encuentro con la identidad, que se verá reflejado en sus primeras crónicas en profundidad.

Para que la vida de los ngäbe pase también por nuestras vidas

Froilán Escobar

Apenas ayer era un proyecto de investigación sobre uno de los pueblos aborígenes costarricenses que aún conserva su lengua y su cultura y que tiene una característica que lo diferencia de los demás: habita tanto del lado costarricense como del panameño. Pero, en un principio, no podíamos soñar con saltarnos la frontera y abarcar los dos países con el fin de que se convirtiera en un libro de crónicas. Por tanto, hay que decir que todo comenzó en un encuentro. El Encuentro de Facultades de Comunicación Social, organizado en la Universidad de Costa Rica (UCR) por la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS). Solo hubo que decir ngäbe. Solo el nombre de este pueblo bastó para que las autoridades académicas de la Universidad Autónoma de Chiriquí y la Universidad Federada San Judas Tadeo de Costa Rica nos pusiéramos de acuerdo. Con solo mencionar esta palabra de resonancia ancestral se borraron las fronteras. Porque, hay que decirlo, tanto para los ngäbe, que viven del lado panameño como para los del costarricense, esa línea divisoria es ilusoria, no existe. Para ellos, de un lado están los del sur, kädri, y los del norte, nëdrin. Solo esa distinción tienen, porque de un lado y del otro hablan la misma lengua, practican aún los mismos ritos, visten las mismas ropas de vivos colores en las que puede verse el símbolo de la serpiente, tienen los mismos cantos y enfrentan la misma encrucijada.

Del lado costarricense, según estimaciones, hay unos 5,981 habitantes ubicados en cinco reservas: Abrojos Montezuma, Conte Burica, Coto Brus, Alto Laguna de

Osa, Altos de San Antonio, todas ubicadas en la provincia de Puntarenas.

Del lado panameño llegan a los 157,000 en La Comarca, extenso territorio que se extiende entre las provincias de Chiriquí, Veraguas y Bocas del Toro. No obstante, se calcula que unos 15,000 ngäbe se movilizan anualmente hacia Costa Rica para trabajar en las labores del café y del banano. Es decir, el número de habitantes, de un lado y del otro, es fluctuante, puede variar por temporadas.

De un lado y del otro creen que el agua, el primer espíritu viviente que dio vida a Dobo tibiem, la madre tierra, proviene de un mismo dios. El de ellos, Njöbo, que nosotros nos empeñamos en borrar. Pero lo cierto es que, con solo decir ngäbe en el ámbito de aquel encuentro de Facultades de Comunicación Social, nos pusimos de acuerdo. Solo bastó esta palabra —que en ngäbere, lengua de origen chibchense, quiere decir persona—, para que nos dispusiéramos a hacer, en conjunto, con los estudiantes y profesores de ambas universidades, un trabajo de investigación y un libro de crónicas sobre este pueblo que lucha por que lo reconozcamos, por conservar, de un lado y del otro, sus derechos, su lengua y su cultura.

Por ahí empezó todo. Medió apenas una propuesta de convenio entre la magistra Etelvina Medianero de Bonagas y la doctora Helia Betancourt Plasencia, rectoras de ambas universidades, y unos mails entre la magíster Reisa Mirella Vega, vicedecana de la Facultad de periodismo de la Universidad Autónoma de Chiriquí (UNACHI), y Froilán Escobar, magíster y decano de la San Judas Tadeo, para que nos pusiéramos en marcha y se armara el proyecto de impartir, a un grupo de estudiantes de periodismo de la Universidad Autónoma de Chiriquí, un taller sobre la crónica en profundidad o crónica del nuevo periodismo, y que nosotros, los de la San Judas, nos dispusiéramos a viajar a la reserva

ngäbe de La Casona, en Limoncito de Coto Brus.

Por ahí comenzó todo.

A estudiantes y profesores se nos iluminó el rostro cuando, después de un recorrido de casi 300 kilómetros desde San José, llegamos a ese lugar entre las montañas. Allí nos estaba esperando el cacique Pedro Bejarano. Conmovía ver cómo nos miraba, con una mirada callada, de siglos, con su sombrero rematado en lo alto por tres plumas de colores, su sencillo atuendo y sus pies descalzos. Nos habló de sus luchas por recuperar las tierras de La Casona: “En la actualidad hay más de 3,000 hectáreas en otras manos que le pertenecen a nuestro pueblo y queremos que el Gobierno nos dé lo que nos pertenece”, dijo. Nos habló del empeño de él y de todo el Consejo del Cacique que, a manera de estructura de gobierno, se empeña en la educación de los jóvenes. “Yo estoy haciendo el sexto grado”, expresó con serena humildad, en aquella pequeña salita de una casa de madera y techo de zinc, que nos protegía de la pertinaz lluvia de esa tarde. Nos impresionó a todos oír hablar en ngäbere lo que decía. Rafael Bejarano, uno de sus consejeros, traducía con fluidez al español. Pero esa forma del respeto con que hablaba de su pueblo, era suficiente para entenderlo. No hacía falta más. Aquel hombrecito de 42 años era la imagen misma de la dignidad. No obstante esta imagen, los ngäbe costarricenses no parecen vivir en el presente. Muy pocas veces son noticias en los periódicos ni aparecen en las redes sociales. Y a pesar de que en nuestro país existe la Ley indígena de 1977 —que los dota de autogobierno y protege sus tierras a perpetuidad—, en la práctica, esta ley, de carácter inalienable, no siempre se cumple. Cada año pierden algún pedazo sus tierras. Los ngäbe de la reserva de La Casona han perdido la mitad de su territorio original. Y lo que es peor, poco a poco van perdiendo su cultura y su lengua, el ngäbere. En

ocasiones, son visitados por algún candidato a gobernante en época de contienda electoral, con el fin, por supuesto, de agenciarse los votos de los miembros de la comunidad. En ese momento se les promete atender sus reclamos y, una vez en la silla presidencial, el gobernante de turno los olvida. Pareciera un exabrupto, pero a este pueblo aborígen el tiempo que les ha tocado vivir es el pasado.

Con ese sabor hondo del silencio, pero dispuestos a mostrar lo crudo de esa realidad, iniciamos nuestra investigación de campo con un recorrido por La Casona: una de las cinco reservas de los ngäbe en nuestro país (1500 habitantes, dos escuelas, un colegio, un Ebais, dos puentes colgantes sobre los ríos Lajas y Limoncito) y luego pasamos a las entrevistas a diferentes personas de esta comunidad: el cacique, miembros del Consejo del Cacique, el médico tradicional, el cantor, el enterrador, la partera, hombres, mujeres, jóvenes y viejos. Queríamos que nos dieran una visión en profundidad de quiénes son y cómo sobreviven.

Oíamos las historias como si fueran las versiones actuales, en ngäbere, del *Popol Vuh* y el *Chilam Balam*. Conversamos largamente con el cacique Pedro Bejarano, quien nos informó de su lucha por recuperar las tierras de la reserva y por hacer que los jóvenes, después de terminar la segunda enseñanza, continúen estudios universitarios. Él mismo, asistiendo a la escuela por la noche, quiere ser el ejemplo.

Tres días estuvimos en este lugar cercano a la frontera con Panamá. Al final, en la despedida que nos hicieron, nos sumamos a la danza de la serpiente encabezada por Pedro Bejarano, el cacique, quien golpeaba con un palo, a manera de baqueta, un pequeño tambor. Podíamos sentir el ondular del agua en ese golpeteo rítmico y en el zigzagueante movimiento con que remedábamos el desplazamiento de una culebra. Era como regresar a los orígenes, al momento en que

Njöbo creaba el primer espíritu que daba vida a Dobo tibiem, la madre tierra.

Pero figurar en esa danza tenía una significación aún mayor: ser parte de ese empeño de preservación de una herencia de siglos. Como lo tendría después, del lado panameño, el recorrido por La Comarca con los participantes del taller sobre la crónica, en el que estarían presentes dos estudiantes ngäbe de periodismo que, por primera vez, iban a ser cronistas de las historias de su pueblo.

Este libro constituye un acercamiento y un reconocimiento a ellos, a esta cultura originaria, a la insistencia con que ellos siguen aferrándose a sus saberes ancestrales.

Contar estas historias es la forma de traducir en palabras su realidad humana.

Crónicas de La Casona, Costa Rica

La dignidad descalza del cacique

Andrey Araya R.

Afuera llueve y el ruido de las gotas se amplifica cuando mueren contra el techo de zinc. Es temprano, pero el clima le imprime aún más solemnidad a la ocasión. Un grupo de profesores y estudiantes de la Universidad Federada San Judas Tadeo entramos al pequeño cuarto de madera: un cuarto limpio, pintado de blanco. El cacique Pedro Palacio Romero es quien nos recibe. Está sentado en una mesa cubierta por un mantel azul. Lleva puesto el mismo sombrero de plumas multicolores, que parecieran las de un guacamayo, que su padre, Pedro Bejarano Palacio, el anterior cacique, usó durante décadas: el sombrero que le corresponde a su posición de líder de los ngäbe de la reserva de La Casona.

Lleva también el mismo nombre que su padre, pues al igual que él, ahora se llama Pedro Bejarano, no Pedro Palacio.

Lleva también los pies descalzos, igual que su padre. Detrás de Pedro cuelgan varias camisas tradicionales con franjas estampadas a los lados y un tambor forrado con piel de cerdo que más tarde, para concluir la bienvenida, el propio cacique hará sonar con golpes secos y resonantes...

Toc toc toc toc toc...

Pie derecho afuera...

toc toc toc toc toc...

Pie izquierdo se desliziiza...

La sensación es extraña. Pero el extrañamiento no es más que el rastro de cinismo que aún nos queda a los que vemos la pluriculturalidad desde afuera, como si los pluriculturales fueran otros, y pegamos la nariz al cristal para presenciar un espectáculo que no por con-movernos nos parece menos lejano.

Nos extrañamos, decía, de que la ocasión nos pareciera cargada de la solemnidad propia de la visita a un dignatario. Lo asumiríamos como natural si fuéramos a ver al presidente de la República. Pero no nos terminamos de convencer de que efectivamente estamos ante el representante oficial de los ngäbe de esta reserva, en este lejano lugar entre las montañas, pegado a frontera con Panamá: es el hijo del homónimo líder de quien heredó un destino que alguna vez sintió demasiado pesado para su congénita timidez.

El cacique es un hombre pequeño, que al principio habla con una voz que a nosotros nos parece pequeña, pues se confunde con el sonido de la lluvia, pero al oírlo hablar en su lengua, sentimos que le imprime a sus palabras y al momento una inusitada grandeza. Así nos da la bienvenida y nos explica el propósito de su mandato, mientras Rafael Bejarano, su consejero de confianza, miembro del Consejo del Cacique, traduce al español para nosotros.

Rafael es lo que uno llamaría, con entusiasta esnobismo, un tipo proactivo, incansable, que se ocupa de todo. Unas semanas antes, fue él con quien Froilán Escobar, decano de la facultad de Periodismo y Comunicación de la San Judas, coordinó los pormenores de la visita.

Y ahora es él quien nos recibe bajo la lluvia. Es él quien se monta empapado a la buseta en la que llegamos más entusiasmados que apretados a La Casona. Es él quien nos muestra el colegio y la escuela de la comunidad.

Decía, unas líneas antes, que Rafael Bejarano (o Rafa, como ya en confianza le decimos) es un hombre incansable.

Pero es más que eso... Parece que su energía sale de una profunda consciencia de la importancia de su pueblo, de la necesidad que tienen de no olvidarse a sí mismos como cultura, como un grupo humano que

se merece algo más digno que ser unos desterrados en su propia tierra...

De acuerdo con el informe de una investigación de la Universidad Estatal a Distancia (UNED) del 2014, con base en cifras del último Censo Nacional del 2011, solo un 38,2% de los ngäbe del país habitan constantemente en alguno de los cinco territorios pertenecientes a este pueblo y, del total de las 9 543 personas que se autoidentificaron como ngäbe, solo 3 654 fueron censados como parte de algún territorio.

Cuando ya se ha roto el hielo y la tensión inicial baja un poco, el cacique prescinde de la traducción de Rafa para hablarnos en un perfecto español. Unas horas después, cuando converso más distendidamente con el consejero, me contará que las traducciones que le hacía a su líder no eran tales, sino más bien consejos sobre la manera más apropiada de contestar tal o cuál pregunta: Pedro Bejarano es un líder político, sujeto a los cuidadosos cálculos que cualquier otro en su posición debe hacer para salir bien parado de un encuentro diplomático.

Toc toc toc toc toc...

Pie derecho afuera golpea el piso...

Toc toc toc toc toc...

El tiempo se desliziizaa...

Tendría unos 9 o 10 años cuando el futuro cacique comenzó a acompañar a su padre, Pedro Bejarano Palacios, a las reuniones que sostenía con los miembros del consejo, con funcionarios públicos, candidatos a presidente del país, o gente en general del territorio indígena de La Casona.

“Hubo problema grave acá. Se metieron 40 o 50 pre-carista acá y mi papá tuvo que reunirse con gente del gobierno para sacarlos”.

Pedro revive su infancia con un redondo encanto, con una frescura que es casi como si pudiera ver a través de sus ojos el vuelo de un colibrí que pasa frente a la

ventana. “Me gustaría tener casi todo de mi papá”, me dice, ahora que llego a entrevistarle para agitar los “pájaros de la memoria”.

El niño que era Pedro ve a su padre y lo admira. El niño que era Pedro quiere tener su don de palabra, sus palabras. Las palabras con las que arenga a su gente, con las que convence al Ministerio de Educación para fundar escuelas y colegios en este territorio, las palabras con las que se gana el respeto del siempre difícil grupo de consejeros.

Pero el niño que era Pedro también ve a su padre arrastrando el siglo: tiene unos 70 años cuando comienza a entrenar a su heredero, a inicios de los años 80.

Aun así, hasta la vejez le llegó tarde al viejo cacique. No es sino hasta entrado el nuevo siglo que una lentitud cada vez más parecida a la muerte se va apoderando de él. Tiene las uñas encarnadas y sus ojos solo ven brochazos de luz.

“Yo está ciego, yo solo quiere morir en paz”, le dijo en un dificultoso pero digno español al medio digital CulturaCR.net cuando lo entrevistaron, en diciembre del 2011.

El niño que era Pedro vio morir a su padre 10 meses después...

Toc toc toc toc toc...

La vida se desliza con el pie derecho...

Toc toc toc toc toc...

Ya conozco esa mirada, la he visto en otros indígenas que ocupan posiciones importantes en sus pueblos. Es una mirada de dignidad mezclada con escepticismo. No lo culpo, la historia les ha enseñado a desconfiar de “los blancos”: la evolución social también crea sus métodos de sobrevivencia.

La camisa blanca que lleva puesta es en sí misma una muestra de cómo su cultura ha sido asimilada por otras costumbres, otros saberes y otras creencias a lo

largo de la historia.

Al frente, tiene unas delgadas franjas verdes estampadas en forma de pequeños triángulos que se suceden unos a otros: representan a Jegui, la serpiente, animal sagrado para los ngäbe. En contraposición, en las mangas, en el mismo tono verde, pueden verse sendas cruces, también estampadas, que terminan de dibujar esa imagen sincrética con que se sustituyó a Njübö, el dios padre, creador para los ngäbe de todo lo que existe.

El pensamiento del cacique es impenetrable. Trato de descifrarlo mientras cada uno de mis compañeros de viaje entra y busca un rincón donde acomodarse en el suelo de ese pequeño cuarto donde nos da la bienvenida.

Pedro Bejarano es un hombre que se ha superpuesto a su propia timidez, al miedo que lo invadía ante una tarea que le parecía más grande que su carácter.

Dentro de unas horas lo entrevistaré a solas. Será entonces cuando me confíe su principal preocupación, que ha sido la de tantos pueblos indígenas a través de los siglos. “Mi principal objetivo es recuperar las tierras que nos han quitado”, dirá el cacique, mientras me espeta una mirada desafiante bajo los horcones de la vieja casa en donde su padre solía reunirse con el consejo.

Pedro afirma que personas no indígenas les han quitado entre 3,500 y 4,000 hectáreas de territorio. Eso es casi el 45% de las 9,000 hectáreas del territorio indígena ngäbe de Coto Brus.

No es una cifra de despojamiento alejada de la realidad, si se toma en cuenta que, de acuerdo con el informe de la UNED, ya al inicio de la década pasada, diferentes autores daban cuenta de que entre el 38% y el 43% de las 26 899 hectáreas que componen los cinco territorios ngäbe en Costa Rica, estaban en manos de personas y familias no indígenas.

Toc toc toc toc toc...

La serpiente se arrassstra por el suelo...

La serpiente toca tierra que se va, se esfuma, se zafa del pie, sale corriendo bajo la sombra enojada entre lajas, que ya no es tuya, es de ellos, la tierra va se hunde, se aprieta en la mirada que no le pertenece...

Toc toc toc toc toc...

Para Pedro, al igual que para muchos de los habitantes de La Casona, la pertenencia de la tierra no es solo un asunto de reivindicación histórica, sino de sobrevivencia. Cada año que pasa sin resolverse el problema es un año de oportunidades perdidas. Casi la mitad de su territorio no puede ser ni cultivado por ellos ni explotado por medio del etnoturismo.

Pablo, con todo su empuje, con todo su empeño, con todo el convencimiento que tiene de recuperar para su pueblo las hectáreas que han perdido, es también víctima de la usurpación.

Tiene una pequeña finca en la que siembra frijoles, plátano y yuca, pero en realidad son cultivos de subsistencia. Este líder cuya conciencia le pica el hombro con la memoria de su padre aún fresca, trabaja desde hace ocho años en la finca bananera de un alemán.

La propiedad no está muy lejos del centro de La Casona. "Está por el Superman", dice Pedro sin disimular una sonrisa. Sí, leyó bien, cercana a una figura de Superman tamaño gigante, en pleno territorio indígena ngäbe, queda la finca de un alemán donde el cacique se redondea el dinero para vivir.

Hasta hace unos cinco años trabajaba a tiempo completo y se ganaba 90 mil colones por quincena. Pero sus obligaciones como líder de los ngäbe lo han obligado a reducir su jornada y ahora gana entre 50 mil y 60 mil colones por quincena.

En el 2013, Pedro y sus coterráneos vislumbraron algo de esperanza envuelta en una de las tantas promesas que volaron en los aires de la campaña previa a las

últimas elecciones nacionales.

Uno de los candidatos a la presidencia los visitó buscando su apoyo. Era alto, calvo, con un eterno gesto de bonachón clavado en el rostro y enarbolaba la bandera rojiamarilla del Partido Acción Ciudadana (PAC), que después de luchar durante más de 10 años por la silla presidencial, esta vez tenía una baraja muy fuerte en manos de un candidato con pinta de *outsider* y con el discurso del cambio.

Luis Guillermo Solís estuvo aquí en la campaña y prometió que solucionaría el problema de las tierras que hemos perdido, relataron Pedro y Rafael.

Ningún medio de comunicación registró la visita, ni siquiera los locales, así que la promesa se quedó flotando en el furor de la campaña, cuando ya su viaje a La Casona probablemente se confundía entre el recuerdo de los cientos de lugares que visitó prometiéndoles a los ciudadanos que sería el gobierno del cambio.

Unos meses después, en abril del 2014, Solís ganaría las elecciones en segunda ronda con 1.3 millones de votos; uno de ellos fue el de Pedro.

Toc toc toc toc toc...

Pie derecho afuera golpea el piso...

El tambor suena toc toc toc en la mente del cacique que sabe los saberes de otro pueblo para conseguir la tierra que se ha tragado la serpiente blanca...

Toc toc toc toc toc...

Me emocioné mucho cuando me hicieron cacique...

Ahora soy yo. ¿Ahora qué voy a hacer?

¿Será que este cargo es mucho para mí?

Todo esto lo pensó Pedro cuando, en mayo del 2013, siete meses después de la muerte de su padre, una asamblea de 300 ngäbe lo eligió como el nuevo líder de su etnia en la reserva de La Casona.

Aquel día hubo fiesta. Se cantó, se preparó la comida tradicional, se bailó la danza del Jegui, de la serpiente, a Pedro le fue colocado el sombrero de su padre

y, a su lado estuvo, por supuesto, el indispensable Rafael Bejarano, sonriente y aplaudiendo.

Ya no vería al viejo cacique desde abajo, elevando su cuadrada barbilla de niño hacia donde los adultos discutían con su padre. Ya no se ocuparía de aprender las palabras del viejo, repasándolas mentalmente una vez terminada cada reunión. Ahora tendría que buscar otras nuevas: las suyas.

“Mi papá no leía ni escribía, pero sabía muchas palabras”, dice una vez más desde algún rincón de la nostalgia.

Pero él sabe que en estos tiempos ya no se puede dar ese lujo. Por eso decidió meterse a sacar el sexto grado de la educación general básica.

Entonces se le puede ver los martes y miércoles a partir de las 8 de la noche, junto a otros 15 compañeros, todos adultos ngäbe, recibiendo clases en español en la escuela de La Casona.

—¿Para qué preocuparse por sacar el sexto grado? Ya usted es el cacique, el líder de los ngäbe. Su papá nunca aprendió a leer y escribir —le pregunto de manera dura, esperando provocar una reacción que lo saque de su sempiterna calma.

—Me preocupa porque si llega una carta, por ejemplo, yo no puedo leerla. Otros me la leen y a veces ni así entiendo. Me he propuesto aprender.

En su respuesta aflora una dignidad apabullante. De pronto, el tímido hijo del cacique que no estaba seguro de su propia capacidad para ocupar el puesto de su legendario padre, se alza como el líder político que en realidad ahora es.

Pedro sabe que la lucha por recuperar sus tierras es una tarea compleja, en la que los discursos reivindicadores de los gobiernos de turno normalmente quedan sepultados bajo legajos y demandas y delimitaciones imprecisas y leyes sin cumplir y una fila interminable de terminología técnico-jurídica.

Su consciencia no le falla: tiene mucho que aprender para poder emprender con propiedad esa tarea imposterable de recuperar el territorio que les han quitado.

Él sabe muy bien el poder de las palabras de los otros costarricenses que, aunque costarricenses igual que él, sabe que en sus vericuetos conceptuales se esconden segundas intenciones, intereses que casi nunca corresponden con los de su pueblo, con los convenios internacionales que no se respetan, con las expectativas que se quedan en los portones de Casa Presidencial...

Sabe que las palabras de la mismísima Ley Indígena de 1977 (Ley 6172) parecen no ser tan poderosas, porque ni siquiera el artículo 3º, donde dice que "Las reservas indígenas son inalienables e imprescriptibles, no transferibles y exclusivas para las comunidades indígenas que las habitan. Los no indígenas no podrán alquilar, arrendar, comprar o de cualquier otra manera adquirir terrenos o fincas comprendidas dentro de estas reservas. Los indígenas sólo podrán negociar sus tierras con otros indígenas", pues ni siquiera esta ley ha impedido que los ngäbe de La Casona perdieran la mitad de su territorio.

Toc toc toc toc toc...

Pie derecho afuera...

toc toc toc toc toc...

Pie izquierdo se desliziiza...

Pedro Bejarano dirige el baile de la serpiente con el que prometió despedirnos. Es una fila larga de mujeres y hombres que se sujetan de los hombros, una fila larga que ondula semejando los movimientos del reptil...

Unos minutos antes, el grupo de estudiantes y profesores compartíamos en el salón comunal de La Casona con la chicha que nos habían preparado.

"Ahora no está bien fermentada, pero en unos ocho

días estará como whisky”, me dice Rafa, sentado junto a mí. Lo veo sonreír mientras me disculpo por haber acaparado la atención del cacique durante más tiempo del prometido, con lo que se atrasaron algunas otras reuniones del día con gente de la comunidad.

Pedro está vestido con la misma indumentaria alegórica a la serpiente con la que nos había recibido, pero ya no lleva el sombrero de plumas multicolores. Toma el pequeño tambor, forrado por ambos lados con cuero de cerdo, y con dos palos de madera, a manera de baquetas, comienza a golpearlo en un compás monótono.

Toc toc toc toc toc...

Uno tras otro, comienzan a unirse al líder hasta formar la fila que, en el ruido seco y tambaleante del tambor, ya asemeja una gran serpiente arrastrándose por el piso de barro del salón comunal.

Al principio solo son ngäbe los que participan de la danza, pero después algunos de los visitantes nos unimos.

Trato de seguir aquel ritmo que engaña con su sencilla monotonía. Las piernas tardan un poco en sincronizar con el compás de la música y de vez en cuando mi pie izquierdo se tira hacia dentro del semicírculo cuando el resto tira el derecho hacia afuera.

Después, la cadencia se va apoderando de mí... Procuero concentrarme en el toc toc toc toc toc que poco a poco llena mi cabeza. A veces cierro los ojos para no pensar en el cansancio. Sudo mientras me sorprendo de que una danza, a primera vista tan sencilla, requiera de tal esfuerzo, quizás amplificado por esa sensación de infinitud que proporciona el ritmo de un pequeño tambor que parece no acabar nunca...

Entonces miro a Pedro. Miro sus pies descalzos. Miro su impenetrable rostro. Miro sus manos dándole al tambor. Miro las serpientes que le bajan bordadas por los mangas de su camisa blanca. Miro su pequeña es-

tatura, esa dignidad que le brota por los poros a pesar de su carácter retraído, de esa inseguridad que alguna vez casi lo hizo renunciar, y trato de imaginar qué sentirá él en este momento, si mientras esta serpiente humana que somos, danza arrastrándose, sudando, bamboleándose, acaso él vislumbrará algo de esperanza, acaso pensará que, después de todo, su pueblo no está condenado inexorablemente al olvido...

Cuando se corta el cordón umbilical

Michelle Macluf

Un día entero, Edisa, caminando entre las montañas donde, en aquel entonces, sin esfuerzo se escondían de la civilización, no bastaba para llegar al rancho, con techo de palma y piso de tierra, que vio nacer a Idionita, tu primogénita, y al resto de la camada que llegó seguidamente.

Con tus 46 años encima, recuerdas cuando tu mamá te dijo a los 13 años: Hija, que no se junte tan rápido. Pero, bueno, llega, y uno tiene que estar contento de recibir, dices tú, Edisa, y así, sin más opción que la de una contentera sin sonrisa, que todavía te acompaña, recibiste ocho hijos.

Tenías quince años cuando cuidaste en casa por primera vez. Cuidar, vaya modo más bonito de referirse al parto tienes tú.

¿El padre? Un viejo. No dices que tan viejo, pero viejo. También grosero y por eso hace más de un año lo dejaste, y ahora, hace unos meses atrás que te juntaste con Rafael Bejarano, el líder comunal de La Casona. Nosotros, los indígenas, nos cuidamos en la casa, dices. Sin embargo, eso no es cierto, Edisa, y quién mejor que tú para saberlo, pues, tres de tus hijas han parido en el Hospital de San Vito, y los médicos no te han permitido tu presencia a su lado, que es exordio de la tradición ngäbe, lo sabes bien, porque a ti, en los primeros tres partos, te acompañó tu madre; de ahí en adelante, te la jugaste sola.

Hace más de dos años, las únicas dos parteras de tu comunidad no atienden un solo parto. Dominga y María que, dicho sea de paso, ambas, sin ser parientes, al igual que Rafa y Pedro, el cacique, se apellidan Bejarano. Quizás, porque en La Casona las opciones afuera no existen y para traer a una persona nueva no

queda otra que terminar por casarse con un primo. Tú no, tú te apellidas Santiago, y tus hijos, Valdez.

Lea Valdez Santiago es la cuarta hija que Edisa trajo al mundo con la falsa ilusión de preservar su cultura. Lea parió a sus 20 años, a su primera y única hija: Keisha, que nació el 14 de octubre del 2014. El parto fue como lo hacen la mayoría de mujeres de la capital, en un hospital. A las 5 de la mañana fue recibida, luego de haber sido trasladada por una ambulancia al Hospital de San Vito. A las 12 mediodía dio a luz a una nena color marrón.

A esa misma hora, muchos años atrás, junto a tu madre y a un médico ngäbe, tú, también fuiste canal de luz. Nosotros tenemos doctor tradicional que no le hace el montón de carajadas a uno, dices. No, ellos, le cortan hierba, y eso es pa' tomar, pa' que se mejore rápido y ya está. Sin embargo, Edisa, a pesar de sonar tan simple como tu español, hay mucha historia por detrás. Hay que decir que, desde que el Hospital de San Vito ha recibido los partos de las mujeres de La Casona, la mortalidad infantil se ha reducido mucho en los últimos tantos años.

Sí, tu cédula dice costarricense, pero tu español dice extranjera. El ngäbere, en La Casona lo hablan durante el concejo, y, como si fuese requisito, todo aquel mayor de 40 años lo habla, pero se va perdiendo entre los jóvenes. El futuro no está del lado de tu lengua de origen, Edisa.

Cuando te refieres a tener hijos usas, dices: futuro nuevo, y sin embargo, a pesar de que los niños continúan llenando La Casona, el futuro de las tradiciones ngäbe, así como el ngäbere, está a punto de pasar a los libros de historia que pronto llegarán al colegio de La Casona.

Lea llegó hasta cuarto año del colegio: allí aprendió a hablar español sin acento y ngäbere por default, prefiere no hablarlo. Por su presencia silenciosa y su mi-

rada retraída, pareciera que se avergüenza de sus raíces, quizás por eso, al preguntarle sobre sus creencias religiosas, se siente orgullosa de llamarse cristiana, y Mama-Tata, deidad a la que la tradición ngäbe le reza a través de ofrendas, cantos y danzas, es otra razón más para esconder el pasado del dios Njöbo.

Tú, como muchos ngäbe que rodean los cuarenta, tienes una confusión del carajo. Eres una mezcla de lo que fuiste, lo que se te impuso y lo que eres. En tu día a día eres cristiana y de paso, apoyas las ceremonias de cacao que acostumbran para limpiar cuanto porquería jala el alma por andar andando lejos de los secretos custodiados por la naturaleza y con ideas de civilización malentendidas.

Secretos como los que esconde aquella montaña donde diste a luz como lo hacen las indígenas por tradición. Con tu madre apoyándote y la medicina que el médico tradicional, que era tu tío, cortaba y calentaba hierbas, para aliviarte a ti que permanecías de cuclillas, porque solo así, porque esa es la manera para ustedes, mientras atravesabas el deseo de morir por el dolor y el miedo a morir por la vida.

Una mujer no puede decir que yo no sé. Todas sabemos. El dolor es inevitable, más para nosotras, dices. Sin embargo, el miedo a la incertidumbre es una de las razones para viajar en ambulancia a San Vito que muchas de las mujeres de La Casona emplean.

Lea asegura que, llegado el momento, no sabía nada del parto. Además, le habían dicho que las parteras se burlaban de las primerizas y una chica como ella, tímida hasta en el color blanco y tenue de su vestido ngäbe tradicional, prefirió el maltrato por fuera que por dentro, y es que, su mundo es tan reducido, que si una mujer tiene relaciones sexuales con un hombre y después con otro, los hombres son tan malcriados que se dicen el uno frente al otro que ya han estado con su mujer. Así que, Lea, prefirió ampliar sus opciones.

Lea es de pocas palabras. Keisha pareciera vivir entre sus piernas, y el único pretexto para dejar su cueva es su padre: Sacarías. Él es cuatro años menor que Lea, pero a diferencia de ella, él continúa con sus estudios y está, ahorita, en cuarto año del colegio. La beca estudiantil que FONABE le había otorgado a Sacarías, hace un año que se la quitaron y por eso, ahora, los pañales los compra con ayuda que recibe del IMAS y de su suegra. Porque a su papá, Marino Valdez, se lo tragó la montaña y con él, la ayuda que Edisa y sus ocho hijos, nunca vieron.

Todo ha cambiado mucho desde aquella tarde de marzo en que, junto a Idionita, naciste madre en lo más profundo de las montañas de Coto Brus. Ahora, las familias prefieren ir al hospital donde, a cada rato, punzan al güila. Y a cada rato está en hospital, enfermo. Y eso, no sabes por qué es, pero te frustra. Si uno no se mejora en hospital ¿qué hacen los médicos?: Rajar panza pa' sacar bebé a uno. Y eso te enoja. Porque te sabes mujer por naturaleza y crees que ir al hospital es maltratar a un nuevo ser y a su madre enferma. ¿Enferma? Sí, cuando uno está en esa enfermedad, cuando uno está muy mal, cuando ya lleva uno horas en el parto: tiene que actuar el médico ngäbe. Por la tradición. Para ti, como ngäbe, la enfermedad no es una desdicha sino la posibilidad de una nueva sanación, de una nueva vida.

Nosotros creemos que lo medicinal es lo que hay en la naturaleza. Uno es el que no entiende, uno ni sabe que hay medicina pa'tal enfermedad, y hay. El que corta, ese sí sabe, confías así, con el mismo derecho con el que un cristiano te predica la Biblia.

Porque fue el curandero quien te salvó la vida, Edisa, ¿recuerdas? Él cortó hierbas, justo antes de que Idionita encontrara camino al mundo por entre tus piernas.

Llegó el bombazo cuando apareció la luna, y el dolor

que comenzó no cesó hasta que el sol de un nuevo día estaba por encima de un rancho, que en verano, lo único que queda de él, son las costillas y el piso de tierra. Tremendo dolor. Lo lejano de la montaña se tragó tus gritos.

Sin embargo, Lea no tenía permiso de gritar en el hospital. Ella, el 14 de octubre del 2013, tuvo que encontrar cordura dentro del delirio, mientras que dos doctores empujaban de dos a cuatro a seis y hasta llegar a diez dedos, por su matriz.

A ti, Edisa, tu mama te decía que te dieras la vuelta pa' levantarte. Si usted está acostada, tiene que sentarse, después se vira pa' costarse del otro lado y fue así como empezaste a recibir a tu hija, sintiendo el cuerpo. Dentro de la montaña la única guía es la intuición. El médico tradicional lo acomoda a uno para acomodar al bebé para que salga. Él me movió y me movió y me movió, así, rápido pa' que saliera, explicas y, sin embargo, las palabras se quedan cortas. No te acuerdas del dolor sino de su recuerdo. Recuerdas lo importante. La fuerza. Lo que hace que cuidar en casa sea tradición es lo calientico de la medicina que te cobija al borde de la muerte. La sopa de verduras, todas cultivadas en esa misma montaña que siembran tus hijos, esperando a que parieras pa' chinearte por valiente. Aguadulce. Nido. Teta.

No en vano eres parte del Consejo del Cacique, Pedro Bejarano. Tienes la misión de recuperar la tradición porque crees que cuidar en casa es sinónimo de salud y de amor. Sin embargo, a pesar de que cuentan dentro de la comunidad con un médico general y otro tradicional, tú, y el resto del concejo, saben que necesitan de una partera capacitada, pero los recursos faltan y el miedo entre las nuevas generaciones pareciera estar de moda. Por eso se pierden creencias. Como la de esperar al menos tres minutos antes de cortar el cordón umbilical que conecta a la madre con

su cría, como lo hicieron contigo, para que luego, a Lea, tu hija, se lo cortaran como quien despega al presente de un pasado que le da sentido, y así, como se pierde el latir de la placenta entre paredes blancas de hospital, así, acaba la tradición ngäbe.

¿Por qué futuro nuevo?, pregunto. Pues, si usted no se une, no hay persona nueva después de usted. Pero si usted se une o se casa, usted va a tener un futuro nuevo que entra a este mundo, y eso, eso es bonito, contestas.

Sueño de un cantor

Adrián Fallas G.

El reloj apunta las seis de la tarde, la oscuridad hace que los caminos de tierra y piedra sean poco visibles, el frío atraviesa las hojas de los árboles que rodean a la comunidad ngäbe; sin embargo, dentro del salón comunal, las sensaciones de miedo y nerviosismo se apoderan tí, José Ángel Moreno Bejarano, es tu primera presentación como cantor frente a tus amigos y conocidos, pero no solo cantas para ellos, hay invitados en la actividad, son estudiantes universitarios, además la invitada especial también está deseosa de escucharte, sí, José Ángel, la naturaleza está presente.

Esas sensaciones que experimentas minutos antes de cantar te han perseguido desde que eras solo un niño. La timidez fue tu mejor compañía en aquellos momentos en que el pueblo se reunía para escuchar los cantos y danzar. Te hacías presente en todas las actividades, pero solo te dedicabas a verlas a lo lejos, observabas a los cuatro mayores dirigiendo, como es costumbre, y a las demás personas ser parte de aquello que caracteriza a tu gente.

En ti, José, no despertaba ningún pensamiento, no nacían esas ganas de querer involucrarte con las personas de tu pueblo; sin embargo, jamás pensaste que el simple hecho de verlos cantar y bailar se transformaría en una de las razones, para que años después te convirtieras en el cantor de los ngäbe.

Tu camino ha sido largo y para nada fácil. ¿Recuerdas que te fuiste a la edad de 15 años a tierras panameñas? Allí también se encuentran tus hermanos ngäbe. A aquel tratado limítrofe Echandi-Fernández, en 1941, no le importó dividir a tu pueblo, José Ángel. En esa ocasión tu viaje tenía un propósito, el de poder estu-

diar en una escuela, ya que en Costa Rica se te presentaron muchas dificultades para poder estudiar en la primaria. Fue hasta que cumpliste 20 años cuando lograste tu primera meta, José, concluiste con tus estudios en aquella escuela, cuyo nombre no recuerdas. La felicidad se apoderó de ti en aquel tiempo y con tantas expectativas en tu mente, volviste a Costa Rica con la esperanza de que el proceso para estudiar en una secundaria fuese más rápido, ahora que ya tenías un título que te defendía, que le decía a los demás que ya habías superado una prueba con éxito, del que te sentías orgulloso.

Toda esa emoción, toda esa felicidad, se transformó en tempestad. Otra vez los problemas para estudiar aquí en Costa Rica, tu familia te obligó a dejar atrás esos sueños de poder graduarte, quizá esa fue una razón para abandonar cualquier sueño y no pensar en un futuro para ti. Así que allí estabas, José, siempre solo, dejando que los años pasaran a través de tu cuerpo grueso y moreno, tu cabello negro y tus ojos café oscuro. Cada día que se iba, recordabas tus momentos en la escuela, tu título de primaria, aquella esperanza de que llegara el día en que pusieras tus pies en un aula de secundaria. ¿Cuántos años se fueron, José? ¿Cuánto tiempo viste todos los bailes y oíste los cantos sin animarte a participar?

Llegaste a los 44 años, era el año 2009, y gracias al dios, Njöbo o Mama Tata, te llegó la oportunidad de poder matricularte y estudiar en el Colegio Ngöbegue, ubicado dentro tu pueblo. La emoción que experimentaste te recordó aquel grato recuerdo en el que te graduaste de la primaria, era tu oportunidad, era el momento. Tenías el objetivo claro, ibas a esforzarte para llegar al quinto año y obtener ese título de secundaria que tanto anhelabas. El sétimo y octavo año los pasaste sin ninguna dificultad, la motivación callaba los comentarios negativos de tu familia.

Llegó el inolvidable año 2011, el cual sería muy importante para tu vida, José Ángel, ya habías llegado al noveno año en el Colegio Ngöbegue, todo en tu vida transcurría con normalidad hasta que te enteraste de que un hombre, llamado Caleb, proveniente de la comunidad ngäbe en tierras canaleras, estaría visitando a tu pueblo por unos días. Una noche, todos se preparaban para realizar una actividad en el salón comunal y como era tu costumbre, te preparabas para observar desde lejos lo que sucedía, pero esta vez no sería como otras veces, José Ángel, ese día algo despertó en ti, algo te hizo cambiar ese pensamiento de nunca involucrarte. Esa noche Caleb cantó y un nuevo José Ángel nació, esa voz te llamó a hacer algo más que solo observar, te llamó a inspirarte, te llamó a ser cantor.

La actividad marcó un inicio en tu deseo de convertirte en cantor de tu pueblo, en participar por primera vez de las costumbre de los ngäbe, así que al día siguiente dejaste atrás la timidez para intentar conversar con Caleb. Con nervios te acercaste a él y le preguntaste si podía hablarte de las canciones que él cantaba, de cómo las escribía y por qué se hizo cantor: ¡Qué interesante, José, al igual que tú, yo estoy ahora sentado preguntándote lo mismo! Esa experiencia con Caleb marcó el punto de partida de tu camino como cantor, él te decía que la naturaleza era el principal testigo a la hora de cantar, ante esto tenía que haber una conexión directa con ella cada vez que cantaras, escuchar el propio sonido que hace la naturaleza, cuando mueve las piedras con el agua, percibir el ruido del viento atravesando las hojas de los árboles, oír a los animales que forman parte del hábitat, todos esos factores se tienen que unir con tu voz, José Ángel. De allí también viene la inspiración para escribir las canciones para la naturaleza, para tu pueblo.

Tu reunión con Caleb fue más que aprovechada, José

Ángel, saliste con las ganas de prepararte para convertirte en el cantor de la comunidad Ngäbe Buglé Käite Jukribta. Así que comenzaste a escribir, no te importaba el lugar en que estuvieses, tomabas una libreta, un lápiz y te concentrabas en una sola cosa, la naturaleza, dejabas que ella fuera tu guía para poder llevarte a aquellos pensamientos de donde nacerían tus primeras canciones. Te dabas cuenta de que la felicidad era un acompañante más para poder escribir sobre el papel, y hasta el día de hoy es así, José Ángel, tienes que estar con mucho ánimo para comenzar a crear tus canciones.

No escribías mucho ya que tu prioridad seguían siendo tus estudios y por nada del mundo los dejarías atrás, puedes estar tranquilo, José Ángel. En 2015, con tus 50 años tendrás en tus manos el título que te acredita como bachiller de secundaria. Ser estudiante de colegio y tener el sueño de convertirte en el cantor eran el impulso que te movía cada día. Eras tu propio motivador, ya que ninguna persona en el pueblo sabía de tu aspiración a ser cantor ngäbe, tu familia estaba enterada de la situación, pero nuevamente ellos no querían ser partícipes de tus sueños, los mismos comentarios negativos que te decían por ser un estudiante de secundaria, los trasladaron a tu objetivo de poder cantar, decían que pasabas desperdiciando tu tiempo, pero siempre intentabas hacer caso omiso a lo que te decían, de evitar que en ti sembraran ese miedo que te impidiera seguir adelante. Lo hiciste muy bien, José Ángel, hoy eres un hombre inspirador. Cada día que pasaba te interesabas más por aprender sobre los cantos, a veces te ponías a pensar en que eras de los pocos, o el único, al que le llamaba la atención todo esto de ser cantor. En el pueblo había un cantor que buscaba transmitir su conocimiento a los demás, solía reunir a varios niños y comenzaba a cantar para ellos, con la esperanza de que aquellos chiquillos ex-

perimentaran las sensaciones que produce cantarle a la naturaleza; sin embargo, esto no sucedió, nunca se interesaron por aprender, años después ese cantor murió. No eres ajeno a esa preocupación, José Ángel, sabes que esto podría llegar a perderse conforme el reloj avanza. Ojalá nazca en una persona ese deseo que te llevó a ti a ser cantor, de convertirte en un representante de la cultura de tu pueblo.

Estabas confiado en que tu entrenamiento iba a dar buenos resultados, te concentrabas en hacer bien las cosas en el colegio, y en tu tiempo libre tomabas la libreta para comenzar a escribir canciones. Algunas te demoraban más que otras, pero como tú dices, “hay canciones largas y también cortas”, así que después de que terminabas con una canción, comenzabas a leerla y practicarla, una y otra vez hasta que tu mente la impregnara, lo mismo hacías con el baile. Ya ves, José Ángel, haber sido un simple observador de lo que hace tu gente, te ayudó a formarte, no solo en el canto, también a bailar al son de la naturaleza.

Durante ese tiempo te apartaste de las actividades, no solías asistir a ninguna de ellas, te quedabas en tu casa, tu principal motivo era porque aún no te sentías preparado para ponerte de pie frente a las personas y que estos fueran testigos de tu voz. Te dabas cuenta de que, en tus ensayos, cometías errores a la hora de cantar y bailar, entonces te preguntabas a ti mismo: si no lo he aprendido, ¿para qué voy a ir? Tenías la certeza de que la próxima vez que fueras a una actividad, no la verías desde lejos, no serías un simple espectador, esta vez irías dispuesto a poner los pies sobre el salón comunal, a demostrarles a todos que tu ausencia tenía una justificación, que tu práctica tenía que dar buenos resultados, que habías dejado atrás la timidez, que aquel sueño de ser cantor se volvería una realidad.

El momento de tu primer canto estaba cada vez más

cerca, José Ángel, te enteraste de que unos estudiantes universitarios estarían visitando la comunidad ngäbe. Al principio eso no te generaba ningún interés; sin embargo, uno de los mayores preguntó: ¿Hay algún cantor aquí? Necesitamos a uno para la actividad de mañana. ¿Cuánto tiempo llevas ensayando? ¿Cuánto empeño le has puesto a este sueño, José Ángel? Es tu momento de enterrar el pasado por completo, de visualizar a tu nuevo tú, ya estás preparado para participar, por primera vez, en una de las actividades del pueblo. ¡Ya es hora! Era lo que pensabas, así que te acercaste al mayor y le dijiste que tú te encargarías de cantar en la actividad; por un momento percibiste desconfianza en tu entorno, ya que las demás personas se enteraron de que tú serías el que cantaría. Puedes entender esa sensación, José Ángel, nunca te han visto participar en una sola actividad, saben que eres aquel que prefiere verlo desde lejos, a pesar de esto ellos no tienen la menor idea de que tú te has estado preparando, los ensayos, los momentos en los que te has sentado para escribir canciones, la conexión que sientes con la naturaleza, ya dominas dos de las canciones que has escrito, ahora no hay vuelta atrás, la decisión ha sido tomada. Te retiraste a tu hogar en completo silencio; sin embargo, tu interior libraba una batalla de pensamientos mientras caminabas, el nerviosismo se apoderaba de ti nuevamente, te autoconvencías de que la práctica te tenía preparado, no querías que el miedo ganara la pelea.

Llegaste a tu casa y comenzaste a ensayar, cantabas las dos canciones que ya habías aprendido, pasaste toda la tarde y noche preparándote para uno de los más grandes momentos en tu vida. Antes de que el día acabara te llevaste la sorpresa de ver a tu madre en tu casa, al principio pensaste que era uno de esos momentos tan repetitivos en los que te diría que estabas desperdiciando tu tiempo y que solo andabas en

tonteras. Todo sería diferente, José Ángel, tu madre venía a darte el apoyo que tantos años habías esperado y no solo eso. ¿Recuerdas al anterior cantor? ¿El que quiso enseñarles a los demás todo sobre el canto? Pues él dejó algo que te acompañará el resto de tus días como cantor, sí José Ángel, me refiero a tus queridas maracas, las cuales se unen a tu voz cada vez que te presentas. Tu madre está en tu hogar para entregarte el instrumento del antiguo cantor, para demostrarte arrepentimiento, perdón. Tú solo puedes mostrarte realmente agradecido y sin palabras, quizá nunca imaginaste que un momento como este llegara a suceder pero pasó, José Ángel, tu camino como cantor inició de una forma motivante, por fin tienes el apoyo de tu mamá y el que sería tu instrumento favorito, por encima del tambor.

Todo estaba listo, José Ángel, todo alineado para que el día siguiente te presentaras por primera vez ante tu comunidad, los jóvenes universitarios y la naturaleza como el cantor de los ngäbe. Pudiste dormir esa noche pero con la sensación de nerviosismo que no dejaba de atormentarte con pensamientos absurdos. Te levantaste temprano, desayunaste poco e inmediatamente te enfocaste en ensayar, no había minutos que desperdiciar, José Ángel, para ti el día avanzaba tan rápido, pero intentabas despreocuparte de eso. Ensayabas con tus nuevas maracas y recordabas aquel grato momento que te regaló tu mamá. Pedías a Njöbo-Mama Tata que todo saliera bien, que fuera una primera presentación inolvidable para ti. Durante el día nadie sabía nada de ti, quizá hasta pensaban que no ibas a aparecer, José Ángel, pero no querías salir de tu casa sin sentirte completamente listo, tampoco te podías permitir llegar tarde a la actividad, pero cada hora que se iba hacía que el miedo se acrecentara en tu interior, pero como te dije, no hay vuelta atrás. Son las cinco de la tarde, te dices a ti mismo que ya

ha sido suficiente ensayo por el día de hoy, consideras que estás listo para enfrentar tus miedos y convertirte en el cantor de tu pueblo. Con esas ideas en tu mente, partiste hacia el salón comunal, pero ese día el recorrido en el que normalmente duras menos de 10 minutos, se convertiría en un trayecto más duradero, en el que cada paso que dabas iba acompañado de un escenario que imaginabas durante tu presentación, sentías el sudor a través de tu camiseta y hasta el día de hoy sueles sudar antes de cantar.

La caminata ha terminado, ya llegaste al salón Comunal, José Ángel, los universitarios están allí, varios de la comunidad ngäbe ya están reunidos, como es costumbre antes de que comiencen los cantos y los bailes, se toma la chicha o el cacao. Cuando algunos de tus amigos te vieron entrar al salón comunal te preguntaron si te encontrabas bien y si estabas preparado, otros te recomendaron tomarte unos cuantos vasos de chicha para que los nervios se te bajaran, pero tú no crees en eso, si la tomas puedes llegar a marearte y hasta emborracharte, así que te niegas y les dices que estás bien. Cuesta creerlo, José Ángel, con todo el sudor que expulsa tu cuerpo y una mirada que solo puede expresar miedo. Pasaron varios minutos en los que palabras iban y venían hasta que los cuatro mayores ordenaron a los invitados con tu comunidad. Sabías que era el momento, ya todo estaba preparado para que cantaras enfrente de las personas que solían verte lejos de las actividades anteriores, que te creían una persona totalmente tímida y con ningún sueño.

Koin nete munye, así les diste la bienvenida a los invitados; luego de esto comenzaste a cantar, José Ángel, por momentos algunos de tu pueblo notaban algunos errores que cometías, mientras los invitados te ponían completa atención, te tomaban fotos, te grababan. A pesar de esto, tú solo pensabas en la

naturaleza, como bien te había explicado Caleb, necesitabas conectarte con ella cada vez que cantaras. Los minutos pasaban y podías sentir cómo los nervios iban desapareciendo de tu ser poco a poco, aquellos pensamientos negativos se desprendían de ti, sabías que habías cumplido con una nueva meta en tu vida. Tu canción fue extensa, José Ángel, tu principal objetivo era complacer a tu público, que este se sintiera asombrado por tus capacidades como cantautor, de demostrar tu originalidad al tocar las maracas, que la imagen de aquel niño, joven y adulto tímido fuera olvidada por tu gente y vieran al nuevo hombre en que te habías convertido. Sentiste a la naturaleza cerca de ti, José Ángel, y en ese momento te diste cuenta de que lo estabas haciendo bien, que tu corazón y mente estaban conectándose con la principal testigo en ese lugar. Sentiste una alegría interior tan grande, una alegría parecida a cuando sacaste el título de primaria, cuando empezaste la secundaria, en ti no cabía la felicidad, la naturaleza estaba haciéndose presente y eso solo significaba que habías encontrado tu lugar en la comunidad ngäbe, un momento sublime en tu vida. Los universitarios aplaudían una vez que finalizaste, los mayores te agradecían tu participación, ese día no sería solo la primera vez que cantabas, también significó la primera vez que bailabas. Luego de una noche inolvidable en aquel salón comunal, te retiraste a tu casa, la felicidad no te la quitaría nada ni nadie. Ese día saliste con el apodo de cantautor, así es como de ahora en adelante te conocerá tu pueblo, ese reconocimiento sobrepasará los límites del territorio ngäbe, el Ministerio de Cultura y Juventud te llamará para que participes en algunos eventos. ¿Puedes imaginarte todo eso, José Ángel? Por ahora solo estás feliz de haber salido del salón comunal siendo partícipe, por primera vez, de la cultura de tu comunidad. Has cumplido con el sueño de ser cantor, José Ángel.

Una historia de vestidos de colores y pies descalzos

Michelle Macluf

El espíritu ngäbe se esconde tras una serpiente. La tradición ngäbe también: el vestido, el chakra, la bisutería, las danzas y el cielo, incluso, se esconden tras tu mirada, María, como si fueras la mujer de la historia que está por relatar.

Se trata de una serpiente que enamoró a un muchacho. Y esa serpiente, está representada por una hilera de triángulos en el vestido ngäbe tradicional, con el que todas las mujeres de La Casona bañan de colores el verdoso escenario que las envuelve. Pero a pesar de que vistes toda la paleta de colores, tus ojos cargan el color de la tristeza.

Tu corazón es de artesana, pero tú, ahora, eres comerciante. En una de las tantas capacitaciones que el Inamu ofrece a las mujeres indígenas como parte del proyecto “Camino Ngöbe”, que, a través de talleres te enseñó a confeccionar productos tipo souvenir y cómo venderlos a los turistas. De ahí la incongruencia entre el precio monetario y el valor sentimental... Se pierden las historias, María, y con ellas el origen, y así, la serpiente a la que ofrendan sus danzas termina siendo una simple hilera de triángulos en un simple vestido colorido, y por eso, sin lágrimas, tus ojos lloran, porque tú estás en ese pasado que se borra.

¿Y si la tradición se pierde?

“Ya no soy yo, parece otro yo”, me dirás más adelante, pero, ahora, la única tradición es la mirada tenue que nunca pierdes.

La civilización llegó a La Casona, territorio indígena ngäbe y junto con ella, la relegación. Hay calles con menos huecos que en San José, hay escuela primaria y secundaria bilingüe (enseñan ngäbere y español),

hay Ebais con la opción de médico general o médico tradicional, pero también hay olvido.

Las jóvenes ngäbe no conocen sus historias y tú, María, con el tiempo, te has oxidado, y se te van borrando las historias. Aquellas que tu madre te contaba desde niña, cuando tan solo conocías la vida que la montaña ofrece, mientras tanto, a su lado, cosías y tejías, por eso, solo de tus manos, y de las de Dominga, salen las historias en la artesanía ngäbe. Son ustedes las únicas dos artesanas de La Casona, por eso, en el centro comunal de la comunidad, cada una tiene un puesto de artesanías que ofrece exactamente lo mismo a un metro de distancia. Sin embargo, eres tú quien confecciona los vestidos, o crë, como dirías ngäbere, tu lengua, en la que tu madre te contaba las historias, y en la que te gustaría hacerlo, pues tu español apenas da abasto, así como tus ingresos.

Tu madre nunca lo aprendió, ni aquí, ni allá, en Panamá. La frontera entre Panamá y Costa Rica se definió sin consultar a este pueblo que, ahora, vive entre los dos países. María Bejarano nació en Costa Rica, sus papás se vinieron de Panamá en alguna de las tradicionales oleadas fronterizas, especialmente en marzo de cada año, para trabajar en la recolecta de café.

Tú aprendiste español hasta los quince años, cuando, tras un fuerte episodio de tuberculosis, tuviste que pasar nueve meses internada en un hospital donde no hubo de otra que adaptarse. Es por eso, por ese español forzado, que hoy puedes contar tu historia y vender tu artesanía.

La serpiente danza entre tu arte, así, como ustedes danzan para comunicarse con sus ancestros y pedir sabiduría. Pero esto, no solo los turistas que compran algún recuerdo destinado al olvido, así como tu cultura, lo ignoran: la juventud ngäbe, también.

Temes que las historias que, por tradición, pasaron de generación en generación mueran contigo. Pero,

María, lo cierto es que hace tanto que no se reúnen a tu lado para escucharte narrar el origen de las muñecas ngäbe o de los pergaminos con imágenes tejidas a mano con materiales recogidos en la montaña, que a ti ya se te olvidaron. Las jóvenes de la comunidad usan el vestido tradicional, porque les da pena la ropa “común”, no porque honren una tradición que, en verdad, sienten cada vez más ajena a ellas. No conocen la historia del hombre minusválido que se dejó enamorar por una mujer decorada con chaquiras, así como las chaquiras que utilizas para hacer pulseras y collares en representación de la serpiente, que son, a su vez, esa misma mujer multicolor.

En La Casona hay un abastecedor con pocas provisiones: los pañales, el café, las botas de hule, cualquier vegetal, además de carnes, que no sea producido dentro de la montaña se consigue fuera de la comunidad y, si a eso le sumamos los pases del bus de ida y de regreso, resulta más sencillo hacerse de la vista gorda que vislumbrar más allá de la riqueza que se queda en los colores de los vestidos ngäbe y sus pies descalzos. Por eso eres artesana, María, no como tu madre, quien te enseñó todo lo que sabes, mientras ella lo hacía como una ofrenda para su comunidad. Tejía los chakras para que las otras mujeres cargaran a sus bebés en la espalda mientras viajaban kilómetros montaña adentro. Ahora son más pequeños y se usan como bolsos: los vendes a 3 mil y 5 mil colones.

Dominga es quien cuenta la historia del chakra y cómo este se utilizaba como carnada para las serpientes que rondan los árboles de cacao, para poder distraerlas y recolectar el fruto que utilizan para las ceremonias sagradas. Pero esta historia, al igual que todas, tiene puesto el corbatín de la extinción. Mientras relatas, se acercan niños cuyas caras, no sé si por la historia o por los periodistas que invadimos su hábitat, revelan fascinación.

Andas puesto el vestido tradicional. Tú y todas las mujeres en La Casona. Es el mismo vestido con el que a veces se le ve a una que otra mujer ngäbe en San José centro, pidiendo plata o vendiendo algo. Te tocas las mangas bombachas del vestido con desinterés. Antes esto no era así, dices, eran más simples, tradicionales. De un solo color y una sola franja en el medio que, además de serpiente, que por sí sola encierra todo en lo que ustedes creen, también simboliza un cinturón para proteger el útero de la mujer. Ahora vienen así de Panamá: coloridos, bombachos y modernos.

Y tú, sin poder hacer mucho, te enojas, pero los únicos que hablan son tus ojos. Llevas tiempo queriendo hacer uno como los que tu madre hacía, para honrarla a ella o a la tradición o ambos. María, el tiempo pasa y la civilización que han adoptado los vestidos parece enamorar a todas las jóvenes avergonzadas de usar ropa casual, pero disfrutan de la variedad de opciones que les ofreces con combinaciones de colores y serpientes que les envuelven los bordes, las mangas y el cuello.

Así como la serpiente enamoró al muchacho cerca del río, donde sacaba machaca y pescado. Este joven era conocido por su soledad, como la soledad que destella en la mirada de todos en tu comunidad, quizás porque de no ser por el ocasional "turista" (así llamas a quien no sea indígena) su existencia en Costa Rica, pasaría desapercibida y tu artesanía no existiría.

Son las eminencias topográficas de Coto Brus las que no pasan desapercibidas: allá arriba se respira de verdad, quizás por eso, aunque falta plata, abunda paz, paz y la chicha, una bebida alcohólica a base de maíz fermentado, que hace que los triángulos de los coloridos vestido ngäbe luzcan como la serpiente que al final del cuento, terminó por arrancarle la cabeza a su enamorado.

El coordinador del Consejo del Cacique

Esteban Salazar

En La Casona parece que siempre llueve y sí, llueve y parece que siempre llueve porque el arrullo de los ríos Näni y Limoncito, que corren por ambos lados no cesa. El agua siempre corre, y el agua es vida para los ngäbe, el agua se impone para que todo exista.

Sin embargo, estás triste, Rafael, como todos en La Casona.

No hay particularidades en el clima, ni pesadez en aire. El sol volvió a salir y el cielo sigue celeste, la tristeza la llevas por dentro, Rafael, porque este día no es igual que el anterior, pero sí será como el que sigue.

Tu cacique murió: Pedro Bejarano ahora es un espíritu fuerte que guiará a los demás muertos. Por eso este día es diferente al anterior, pero serán tristes de ahora en adelante. Él ya no volverá.

El pueblo y la tierra de los ngäbe, en la zona sur de Costa Rica, se convierte en un santuario para cualquiera que conviva con ellos. Sí, por su forma de vivir y de convivir con su entorno, porque enseña una diferencia muy sutil, casi imperceptible si el visitante no está lo suficientemente dispuesto a aprender.

No es una deducción sencilla y descubrirlo tampoco es fácil. Ellos no lo dicen, probablemente porque se convirtió en axioma de la vida cotidiana.

En La Casona se aprende, si se está dispuesto a hacerlo, que la paz no es sinónimo de tristeza.

El cacique ya está preparado para viajar y vos, Rafael, aunque no lo podás ver, sabes que los acompañará para siempre. Le pedís que te fortalezca en su ausen-

cia, pues está por comenzar una nueva etapa para la comunidad.

En tu mente también navegan las preguntas que todos tienen, las mismas que tienen tus cuatro hijas y tu actual mujer, sobre todo con respecto al futuro. El cacique es la única persona que defiende la identidad cultural, las tradiciones, la medicina natural y sobre todo las creencias ("creyencias", como decís vos).

El cacique para ustedes, que son parte de una comunidad enorme, es el gobierno, el que dirige su cultura y su vida. Sin él sentís, como todos los tuyos, la amenaza de ser invadidos por otras costumbres.

El vacío es casi existencial.

Cuando, como parte de un grupo de estudiantes y profesores del Colegio Universitario San Judas Tadeo, me avisaron que viajaríamos a la zona Sur para convivir con los ngäbe, me advirtieron que debía prepararme para soportar el frío de la noche.

Sin embargo, todo en La Casona es gentil. Incluso el clima.

En mi casa tenía guardada una colchoneta para hacer abdominales y otros ejercicios, que estaba en excelentes condiciones dado su poco uso; fue suficiente para evitar que el frío del suelo subiera a las frazadas que llevé y pasarla bien.

Pues eso sí, había que ir bien provisionado pues la riqueza de La Casona no es necesariamente en recursos económicos como para ofrecer gratuitamente inmensos festines: todo lo contrario. Por eso, no como intercambio, sino como gratitud, les llevamos algunas cosas que ellos necesitan para combatir los efectos que produce en el cuerpo la humedad del lugar: Cofal Fuerte y Bálsamo de Indio. Con eso logran controlar los dolores causados por la artritis.

El cacique Pedro Bejarano tenía alrededor de 50 años de estar al frente de La Casona cuando murió. Vos, Rafael, fuiste testigo de cómo la comunidad se apoyó y se daban ánimo los unos a los otros de cara al porvenir. Pero, al morir, se produjo un vacío. Había que buscar quién sería el nuevo cacique.

El difunto tenía 12 hijos y 8 hijas. Vos fuiste parte del grupo de personas que los buscaron uno por uno para indagar en cuál de ellos recaería la sucesión, pues no es un asunto de primogenitura o capacidad, sino de voluntad para asumir una responsabilidad que todos reconocen.

Ser cacique en La Casona no es sinónimo de riqueza o de las granjerías del poder que acostumbran los políticos fuera de ahí. Ser cacique es una responsabilidad de la que depende la supervivencia de todo. Por eso, aunque entre los hijos haya unos más capaces que otros e inevitablemente alguno nació primero que los demás: el nuevo cacique sería el que estuviera dispuesto a serlo, el que aceptara.

Así pasó, uno de sus hijos aceptó la responsabilidad de convertirse en el nuevo guardián de La Casona, uno precisamente a quien su padre había escogido. Ahora no importa cómo se llamaba, ahora él también es Pedro Bejarano, como su papá; nombre que adoptó por el derecho que le asiste, otorgado por las tradiciones de su comunidad.

Era muy difícil para todos llenar ese vacío de liderazgo; sin embargo, el pueblo comenzó a reunirse para discutir el futuro y cuando Pedro Bejarano hijo aceptó su nuevo cargo, la elección fue ratificada por las más de 400 personas por unanimidad y en representación de todos las reservas ngäbe, que en Costa Rica son cuatro. Los mismos que ocho meses antes habían estado de acuerdo en que se conformara una comisión denominada “el Consejo del Cacique”, que se hiciera

cago de la transición.

Nos tomó ocho días llegar hasta La Casona. La demo-
ra no se dio por el estado del camino, o la falta de él.
Tampoco tuvo nada que ver alguna tormenta o fenó-
meno del clima.

Salimos poco después de las cinco de la mañana de
la Universidad en San José, como estaba previsto. Era
viernes, íbamos entre Ventana y Ubita. Yo dormido.
Escuché a la profesora María José Yglesias y a mi com-
pañero Adrián Fallas levantar la voz de diferentes for-
mas y me despertó el impacto. Todo giró, pensé que
íbamos a morir y cuándo me percaté de que seguía
con vida pensé que, al abrir los ojos, iba a encontrar
todo de cabeza.

La semana siguiente repetimos la jornada, desayu-
namos en el mismo sitio y nos fotografiamos con un
hermoso río en el fondo, tal vez con un poco de incre-
dulidad aplaudimos al pasar por el lugar del accidente.
La vista realmente descansa contemplando las belle-
zas del camino.

Llegar a La Casona es un recuerdo desde el momento
en que sobre la carretera se puede ver el monumento
construido para identificar el lugar. En la entrada hay
una pulpería y a cualquiera que quiera llegar hasta la
comunidad lo van a recibir los mismos 8 km de lastre
que a nosotros.

Para vos la pérdida del cacique fue doble, porque ve-
nías siendo como sobrino de él, según tus propias pa-
labras.

Él ya había vivido más de 100 años en este mundo y
a pesar de su edad vos nunca viste que le faltara la
fuerza, únicamente enfermó 8 días antes de morir y
viajó rápido. No obstante el afecto y cariño de la co-

munidad, vos sabías que él ya tenía que “descansarse” a causa de su edad.

La honra para él fue total. La escuela, el colegio, el EBAIS y toda la comunidad se unió para despedir al cacique que había sido preparado por los sabios y curanderos del pueblo para entregar su cuerpo a la tierra. Esperaron los cuatro tiempos y fue sepultado por el enterrador escogido para ello.

Ustedes saben que es necesario esperar esos cuatro tiempos porque es un requisito del dios ngäbe para poder viajar. Son cuatro porque los cuatro dioses que construyeron el universo son el dios de tierra, el de calor, el de viento y el de agua. Por eso hay que esperar esos cuatro días, para que el alma pueda salir del cuerpo sin vida y no quede ahí encerrada.

Como familiar a vos te duele, como parte de la comunidad también te duele, pero, además, te preocupa lo que va a pasar de ahora en adelante.

Cuando por fin llegamos a La Casona visitamos el colegio. Tuvimos el primer vistazo a su convivencia, los chicos ríen como cualquiera de su edad. Juegan, se peinan (mucho gel y muchos “picos”) y como siempre hay parejas.

Luego pasamos a conversar con algunos miembros de la comunidad que nos esperan en su lugar social. Ese salón sirve para todos los efectos; es auditorio, salón de baile, bar y aunque no nos lo contaron, también ha servido como sala de juicio.

En el año 2008 el extinto periódico *Al Día* dio a conocer que en ese salón en donde nos saciamos con la sabiduría indígena se había llevado a cabo un proceso judicial en contra del viejo cacique Pedro Bejarano. Lo acusaron de haber cometido abusos deshonestos contra una menor de 6 años, pero fue absuelto por certeza y se adujo que se trató de una acusación falsa

para vengarse por un asunto de tierras.

Yo no te juzgo por haberlo omitido: hay cosas que me preferís omitir. Vos las omitís, el periodista las tiene que descubrir.

“Es gratificante saber que la administración de justicia costarricense llega hasta esta población tan vulnerable” expresó la defensora pública, Laddy González Vargas, después de aquella audiencia del tribunal local conformado por Eladio Sánchez Guerrero, Carla Vanessa Delgado Rivera y Cecilia Jiménez Vargas, quien fungió como presidenta.

Vos fuiste testigo de las luchas del cacique y por eso sabés su importancia.

Cuando hace 25 años se construyó la escuela, el Ministerio de Educación Pública no quería permitir el uso de un uniforme de vestido largo.

El cacique, como guardián de la cultura luchó por ello y aunque no lo vio concretarse, cuando visitamos el colegio pudimos ver los uniformes de los estudiantes. Las mujeres con sus vestidos largos y tradicionales de la comunidad y los pantalones de los hombres con tiras de colores a los lados que también los representan.

El EBAIS de La Casona se construyó bajo el criterio sagrado para ustedes de los cuatro tiempos y se practica la medicina autóctona a cargo de los curanderos y también lo que para vos es la medicina “alternativa”, suministrada por médicos que hacen visitas semanales a la comunidad.

La defensa de la cultura para ustedes es muy importante, la lengua, la escritura. A vos se te nota que el español es tu segunda lengua, pero para los jóvenes es la primera. Pensás que hay mucho aun que se debe proteger, preservar.

Esa es la labor primordial del Consejo que coordinás,

preparar al próximo guardián de tus costumbres, al cacique, para que éstas sobrevivan a pesar de la oposición de las “cucarachas”, el hombre blanco.

Después de que Rafael nos llevó al colegio, no sabíamos la agenda que había preparado para nosotros y sorpresivamente acudimos a una construcción vieja que anteriormente funcionó como centro de Salud.

Ahí, con los muros azules de la mitad hacia abajo y celestes de la mitad hacia arriba, en uno de los cuartos estaba dispuesto un escritorio nada ostentoso, más bien rescatado, un mueble metálico en las mismas condiciones y algunas cosas colgadas en la pared: un tambor, unas camisas, fotografías y un bolso que decía “Kasike”.

Ahí frente a nosotros estaba ese hombre de piel morena, delgado, de pómulos pronunciados y rostro afilado que había tomado el nombre de su padre, Pedro Bejarano, sí estábamos frente al cacique.

En ese momento pensé que no hablaba español. Tuviron un gesto muy significativo. El cacique habló en ngäbere mientras que Rafael, que es el coordinador del Consejo, nos traducía al español. Ahí todo tiene que ver con esas sutilezas, con darle significado a las cosas. El Cacique, por ejemplo, camina descalzo.

Cuando le hice una pregunta pequé de ciudadano, le consulté sobre el tratamiento de desechos, que tantos problemas genera, me dijo que la mayoría eran —en mis palabras— biodegradables y que por lo tanto no generaba mayor problema.

La luz eléctrica siguió su casi inútil labor de alumbrar el cuarto que apenas dejó ver las facciones del cacique. Nos retiramos.

En La Casona todo tiene que ver con la cultura. Donde

está construida la escuela, vivió otro cacique; donde está construido el colegio, está enterrado un sabio y donde se construyó el EBAIS, Pedro Bejarano pedía que se cantara y danzara para preparar el lugar dónde se edificaría el centro de salud.

Todo está relacionado con tu creer, con tu visión de la vida y la de tus compañeros.

Pasaron ocho meses desde la muerte del cacique hasta la elección del nuevo y el pueblo decidió formar un consejo del que sos coordinador, Tenés 56 años en ese momento, conoces las costumbres de tu pueblo y esa cultura que hay que defender.

Esa primera etapa de transición la concluís con éxito. El nuevo Cacique está instalado; sin embargo, la responsabilidad recae sobre él porque la acepta. Por asumir la responsabilidad, no por capacidad o experiencia y decide, por primera vez en la historia, oficializar a ese cuerpo de consejeros que le ayuden en la preparación que necesita para convertirse en un experto de su cultura.

El consejo es puesto para apoyar los proyectos de la nueva autoridad, pero sobre todo para prepararlo de tal forma que no necesite más consejo en el futuro dado su conocimiento.

Estás consciente de que lideras un proceso que se va a terminar. La formación del nuevo Pedro Bejarano durará 15 años, de los que ya han transcurrido 5 cuando tenemos la oportunidad de conversar. Das la impresión de que esperas acabar pronto con la tarea, pero hay mucho por hacer; sobre todo, continuar con la recuperación de las tierras que les fueron compradas a precios ridículos en el pasado por personas que abusaron de su estado de necesidad.

Al caer la noche del primer día, estábamos instalados en nuestra aula. El dormitorio era eso, una de las au-

las de la escuela. La puerta debía permanecer cerrada para evitar la molestia de los mosquitos, pero eso era lo de menos.

Al llenarse nuestra aula, el chofer del transporte decidió que él iba a dormir en la anexa, pero pronto se dio cuenta de que los mosquitos serían el menor de los males. Una amenazante serpiente robó su tranquilidad. Eso solamente, nada que lamentar.

Nosotros, la serpiente y los mosquitos no éramos los únicos inquilinos. Unas gallinas recorrían un patio trasero en donde se encuentra una antigua casa y un sapo diminuto nos espió durante el baño. Perros, los había por cuatro.

Tal vez si, desde niños, nos enseñaran a convivir con los animales el mundo sería más ngäbe y menos nosotros.

Para vos él y los otros dieciséis miembros del consejo es necesario apoyar al Cacique en la realización de obras importantes para la comunidad como el nuevo puente o la carretera.

Para ustedes no hay diferencia entre mujer y hombre. Tienen los mismos derechos y el consejo lo componen ambos sexos, lo importante es preparar al Cacique para que en el futuro pueda prescindir de ustedes. Pero eso no está claro para todos.

Para algunos de tus vecinos el consejo limita al cacique, lo controlan, me dicen. Alegan que está conformado en su mayoría por miembros de la misma familia.

El pueblo quiere al cacique, lo apoya, está con él. Pero no con el consejo.

Vos pensás que es imposible quedar bien con todos y que tal vez alguna persona esté inconforme, pero aseguras que su trabajo es necesario porque la identidad cultural del pueblo se ve constantemente amenazada

y que la mayoría de las personas perciben positivamente su labor.

Crees que tampoco es problema el parentesco, lo que desde afuera podría parecer nepotismo, en tanto se siga trabajando y cumpliendo con el objetivo del Consejo del Cacique.

Vos tratás de que el consejo proyecte fuerza y unidad, porque si la cultura muere, todo muere.

Incluso el bosque puede morir, pues crees que parte de esa defensa de su identidad es transmitir a las nuevas generaciones que él es un ser vivo como ellos, pero que no se puede defender. Por eso les corresponde a ustedes hacerlo, pues de él obtienen todo lo que necesitan, decís que el bosque puede vivir sin ustedes, pero ustedes sin el bosque, no.

Por eso es indispensable preparar al Cacique, hacerlo un experto, para que todo sobreviva y tome las mejores decisiones, para salvar a la maestra que es la montaña, pues ella les enseña a convivir en armonía entre ustedes y el resto de los seres vivos que habitan la reserva.

A pesar de ser tantos miembros sabés que no es difícil ponerse de acuerdo para tomar decisiones porque si están del mismo lado apoyan las buenas ideas y rechazan las que los perjudiquen. El que nace aquí y vive aquí, piensa igual, decís.

La tarea para vos comienza, Rafael, faltan diez años para que terminen de preparar a Pedro Bejarano hijo, ese es el objetivo, la razón de ser del Consejo y tu misión: preparar al guardián de tu cultura.

Es la noche antes de partir.

Temprano nos avisaron que en la tarde-noche nos esperaba un vaso de “chicha” en el salón que hace de comedor, auditorio, tribunal o bar.

Escuchar sus cantos, música y bailar con ellos fue el

cierre de nuestra convivencia con el pueblo ngäbe. El *close up* fue una experiencia maravillosa, conocer su vida y su entorno, pero el viaje en sí mismo fue una lección. El periodismo no se limita a una sala de redacción, a la reproducción de los cables de las agencias internacionales, ni a "cubrir la noticia" solamente. Contar una parte de ese 90% de las noticias que no llegan a los medios masivos de comunicación y descubrir civilizaciones enteras, investigar, viajar, accidentarse y volver a intentarlo para escribirle al mundo sobre cosas que no conocen todavía y, sobre todo, la satisfacción profesional de haberlo hecho. Esa es la paga.

El Näni y el Limoncito, el canto de los grillos y la montaña seguirán siendo los testigos de excepción en tu historia, Rafael. El tiempo pasará pronto y podrás volver a tu vida normal, tal vez no con la misma fuerza, ya son 60 años y cuando termines la labor serán 70. Estarás más cerca del ocaso de tu vida, pero a salvo. Pues si la cultura vive, todo vive y el agua seguirá con su torrente poderoso recorriendo La Casona, dando la impresión de que sigue lloviendo.

José Ángel Moreno nunca pensó ser maestro

Maikol Fernández Loría

José Ángel Moreno nunca pensó ser maestro, pero hoy está lleno de ilusión. Hay una plaza vacante en la escuela de La Casona y el director lo ha llamado para que se encargue de impartir las clases. Se sienta a alistar los contenidos que deberá impartir. Cualquier otro maestro encendería su computadora y nada más llenaría espacios dentro del formato ya establecido. Él, por el contrario, toma papel y lápiz y escribe en un idioma que pocos entienden. Así prepara los temas que impartirá a sus casi 130 estudiantes de diferentes grados durante la semana en las lecciones de cultura ngäbe.

Hay, sin embargo, un inconveniente: como cualquier otro maestro, los contenidos de su programa deben ser revisados y aprobados por el director del centro educativo, según establece el Ministerio de Educación Pública de Costa Rica. Y ahora, hojas en la mano, se dirige hacia la oficina del director, con la ilusión de que, por fin, podrá ser maestro.

Mientras camina por el pasillo puede verse que no tiene pinta de maestro: es de estatura baja, como todos los de su territorio, de apariencia tímida y ojos achinados, con una sonrisa nerviosa permanentemente en su rostro, que más bien lo hace ver como un hombre lleno de inocencia. Hoy, junto con el mes de setiembre del 2015, se dirige hacia la oficina dónde van a ser aprobados sus sueños.

José Ángel Moreno se graduó del colegio a los 48 años. Hoy ya tiene 50. Nació en el distrito de Limoncito del Cantón de Coto Brus, pero no en 1996 como lo indica erróneamente el registro civil, error muy común en los datos que maneja el Estado costarricense de los

más de 9.543 habitantes de este territorio indígena. Su madre, Dominga Bejarano también tiene la misma suerte, de 70 años el registro sólo le ha sumado 56. Entre sus sueños José Ángel pensó en algún tiempo que podría llegar a ser el curandero de su territorio: se aprendió al dedillo esa labor, y por eso habla con propiedad ante sus alumnos sobre cuál planta debe usarse, cómo debe utilizarse y hasta dónde puede encontrarse, pero su sueño se acabó cuando descubrió que no podía soportar hacer una cirugía.

De su madre también aprendió sobre las artesanías. José habla con propiedad sobre qué significa cada símbolo, cada pintura, cada estampa en la ropa que viste a su gente; pero además ostenta el cargo de cantor del pueblo, se pone al frente de la línea mientras avanza alrededor del salón improvisando cantos que se mezclan con movimientos similares al de una serpiente.

Esto hizo que en agosto del 2015 el Consejo Local de Educación Indígena o CLEI le pidiera a José comenzar por una plaza vacante para maestro de cultura, la disputa no fue fácil y dentro de su misma generación encontró competencia, pero José entregó los requisitos que le pidieron.

Moreno esperó que los dieciocho miembros de diferentes comunidades, integrantes el CLEI, le dieran la oportunidad de ser el nuevo maestro y así fue, el mismo CLEI se encargó después de enviar a la Oficina Regional de Ciudad Neilly la información y ya un mes después el nombramiento estaba listo. Moralmente preparado, pero con poco apoyo y cero capacitaciones, en setiembre José dio su primera clase de cultura ngäbe.

El informe del Estado de la Nación mantiene una evaluación del avance educativo a nivel indígena en nuestro país basado en un indicador denominado ISE o Índice de Situación Educativa, que genera una califi-

cación basada en los procesos de repetición y deserción escolar, los rendimientos, el acceso a tecnologías e infraestructura así como la calidad docente. Para el cuarto informe presentado en el 2012 y denominado “Estado de la educación en territorios indígenas” de Carlos Borge, la etnia con el ISE más bajo en centros educativos de primaria con un 48.7% son los ngäbe. La rutina cambió, pues antes buscaba llevar dinero a su casa con algunos trabajos de jardinería o de recolección de café. Ahora debe madrugar para ir los lunes y martes a recorrer casi una hora y diez minutos para llegar a una de las escuelas, el miércoles recorre hora y veinte minutos y el resto de días, jueves y viernes cerca de tres horas hasta el centro educativo en Bajo Copey.

Su memoria es su más fiel herramienta para dar clases, pues hasta ahora el MEP no ha colaborado con material alguno para poder guiar los programas educativos que José debe aplicar. En su casa tiene unos tomos que cuida más que a su vida, de una enciclopedia no publicada hasta ahora en la cual se narra toda la cultura ngäbe.

El primer tomo habla de la historia ngäbe, el segundo presenta el idioma, el tercero está especializado en las plantas medicinales. Es el que más resguarda, pues se logró escribir cuando se reunieron todos los curanderos de cuatro territorios, y es claro al decir que no puede facilitárselo a nadie sin antes tener la autorización de cada uno de ellos. El MEP le hizo llegar un libro con las canciones y hasta un disco con los audios, pero hasta ahora esa pieza histórica y cultural se pierde entre los archivos de alguna oficina del Ministerio de Educación.

Él se ganó el derecho a tener estos libros porque de su puño y letra también salieron parte de las historias que ahí se narran. Es su Biblia ante el reto de educar a diario a una nueva generación que deberá cargar con

el rescate de la cultura ngäbe. Generación en manos de un profesor comprometido con sus raíces, pero que recibe poco aporte estatal.

Para el 2010 eran 259 los centros educativos en territorios indígenas alrededor del país, 27 de esos son centros ngäbe, y que según el IV Estado de la Nación presentan serias deficiencias en el uso y acceso a las TIC, así como en la preparación y calidad de su cuerpo docente. Sólo en territorio indígena de Coto Brus hay 13 centros educativos, pero todos mantienen un índice de situación educativa bajo, el cual ronda el 45,2%.

El planeamiento para el mes de julio se centra en las plantas medicinales. José quisiera llevar a los niños al jardín y enseñar de manera práctica todo: cuál planta cortar, cuál sembrar, cuál comer o cuál puede hacer daño, pero los instrumentos agrícolas tendría que comprarlos él de su salario. Por eso se pone de pie frente a la clase y explica hasta donde puede cada uno de los usos de la medicina natural. La práctica está limitada a la curiosidad de cada alumno en su casa.

A José no le sobra la plata, pero debe cubrir la alimentación de su madre, su hermano de 35 años que está en el colegio, y una hermana más joven; porque es el único que tiene trabajo. Su salario en el MEP empezó en 150 mil colones por quincena, ahora ronda los 190 mil, pero no sabe si eso está bien o está mal, nada más sabe que nunca hay una quincena en la que el pago le venga igual.

Mientras otros profesores enseñan sobre Matemáticas, Estudios Sociales o Ciencias, José tiene claro, al final, su trabajo es dar clases de vida, enseñarles cómo sobrevivir en La Casona, cómo curar, cómo trabajar, en sus manos está enseñarles hasta de relaciones y sexualidad.

Aquí aprovecha para contar como el padre de la niña negociaba entregarla en matrimonio a conveniencia,

algo que su madre Dominga vivió en carne propia cuando a los diez años de edad la entregaron a Julio Moreno Bejarano, porque ocupaban un yerno que pudiera asumir la finca. Pero eso ya cambió, es historia y José lo cuenta como una tradición más de las tantas que se han perdido.

Camina a la dirección recordando que el Ministerio de Educación ha solicitado que los planeamientos se entreguen también de manera digital, Sabe que la computadora que logró comprarse puede ahorrarle problemas, pero no tiene idea de cómo usarla porque de encenderla no pasa. Como él dice: en ese tema estoy fracasado.

Pero aun así, hojas en mano entra a la oficina del director, no saluda en ngäbere porque no lo entendería. Le entrega las hojas sabiendo por adelantado que podrían regañarlo porque no las hizo en la computadora. El director las toma, las revisa por encima y lo mira extrañado. José Ángel Moreno piensa que le está reclamando por haber traído las hojas escritas a mano y baja la cabeza. No me va a aprobar, se dice para sus adentros. Pero lo cierto es que el director no entiende nada, porque las hojas están escritas en ngäbere. No obstante, hace como que las lee una vez más y, para sorpresa de este hombrecito de apariencia tímida y ojos achinados, finalmente le dice: ¡Vaya usted para la clase!

José Ángel Moreno nunca pensó en ser maestro, sin embargo, a partir de setiembre del 2015, se convirtió en el educador de tres escuelas del territorio ngäbe.

El último entierro de Benito Morales

Óscar Ureña García

Vos asentís, Benito Morales. Sí, te duele un poco, pero aceptás. Claro que te duele, es normal. Así es la vida. Sin embargo, vos podés manejar un poco mejor el dolor. Tu hermano no llora, no manifiesta nada, pero sus ojos te dicen que sufre. Él está ahí, en la puerta de tu casa, Benito, cerca de La Casona de Limoncito de Coto Brus, para decirte que necesita tu ayuda. Vos asentís. Percibís su dolor lleno de resignación, pero vas a ayudarlo, porque sos uno de los ngäbe que conoce el ritual del enterramiento: sos de los pocos que aún conoce cómo es que Njöbo, el dios que creó el mundo con sus cuatro elementos, ordenó que los cuerpos sean enterrados para que lleguen con bien a la tierra, al inframundo, en donde todos descansan y tienen esta realidad, en la que estamos, como techo. Es por esa razón que hoy tu hermano te pide ayuda para enterrar a su hijo recién nacido. A tu sobrino, que nació ya sin el respiro de los vivos. Te duele, pero sos capaz de hacer ese encargo, porque sos un enterrador ngäbe, que has hecho más de veinte entierros. Tu pueblo, los ngäbe, son una de las ocho etnias aborígenes que habitan en nuestro país. Según el último censo se estima que son cerca de tres mil habitantes que viven en tres cantones de la provincia de Puntarenas: Coto Brus, Corredores y Osa. No obstante, entre los meses de octubre y marzo, este número se multiplica con los ngäbe que habitan en Panamá y migran para la temporada de recolección de café. Los ngäbe, mal conocidos en nuestro país como “guaymíes”, tienen su propia lengua y su propia visión del mundo, como el ritual del enterramiento; sin embargo, poco a poco su cultura se ha ido perdiendo. Los jóvenes están terminando la educación secundaria, pero no

les enseñan su cultura y muy poco de su idioma. Los rituales más importantes se mantienen por los esfuerzos de los líderes como el cacique, sin embargo, los jóvenes cada vez se están alejando más de sus rituales y su lengua. Incluso, como me lo confirmará Benito, muchos desconocen cómo se debe enterrar, según su tradición.

“Hay que ir hasta el cementerio, que está cerca de La Casona, para abrir una gran fosa”, le decís a tu hermano en la puerta de tu casa, explicándole el proceso que va a iniciar en ese instante. “Tenemos que velar a la criatura cuatro días”, agregás. Él asiente y se marcha para preparar el cacao que le dará a las personas que lleguen a la vela. Vos, Benito, tomás tu pala, una gran bolsa de naftalina que llamás “cambor” y un machete para ir a la montaña a buscar hojas de lagarto, que cubrirán el cuerpo del niño y se posarán sobre su caja.

Los ngäbe, como otras culturas indígenas costarricenses, tienen su paraíso en la tierra. El inframundo es el lugar donde habitan las almas de los que han muerto y descansan en la tierra con el dios Njöbo. Es por esa razón que el ritual del enterramiento es tan importante, porque se allana el camino y se prepara la casa que tendrán en el inframundo. Eso es lo que hermosamente creen y practican los ngäbe, según me dirán Benito y Rafael Bejarano, un líder cultural de la zona y miembro del Consejo del Cacique. Sin embargo, cada vez más estas prácticas se han ido perdiendo. Muchos jóvenes no quieren aprender la cultura. Según en un estudio publicado en la revista Káñina, realizado por Carlos Sánchez, investigador en Lingüística de la Universidad de Costa Rica (UCR), cerca del 40% de los ngäbe de Coto Brus no hablan su lengua. Y con la lengua, va también la cultura.

“Están amenazados, pues sus esferas de uso continúan reduciéndose, y su transmisión intergeneracio-

nal ha cesado por completo o muestra signos de haber disminuido drásticamente”, destaca Sánchez en su investigación. Por eso estás aquí, en este cementerio, cavando una y otra vez, Benito. Metés esa pala en la tierra, empujás con tu pierna derecha y todos los músculos de tu cuerpo funcionan para tomar esa cantidad de tierra y sacarla de su sitio, para lanzar los finos granitos de tierra, acumulados, hacia tu izquierda. Así lo hacés una y otra vez, junto con otros tres ngäbe que fuiste a buscar, pero no me dirás sus nombres cuando te entrevistaste 18 años después, en la escuela de La Casona de Limoncito de Coto Brus y me mirarás a los ojos para contarme la historia de cómo se entierra en tu cultura.

Vos, Benito, no te detenés, das golpe tras golpe para seguir cavando esa fosa que es tan importante para que el cuerpo de tu sobrino descanse y el alma descienda a su casa en la tierra, con Dios.

Luego sabré que tienen que cavar la fosa cuatro adultos, uno en cada punto cardinal para respetar el proceso de los cuatro tiempos que estableció Njöbo en la creación del mundo: eso es algo que vos sabés muy bien, Benito. No olvidarás esos detalles. Después de tantos años sin enterrar, no lo olvidarás. Pero esto que vos sabés, Benito, esto que durante tanto tiempo aprendiste de tus padres, tíos y abuelos, hoy se está perdiendo.

Según el informe de Unicef “Diagnóstico Niñez y Adolescencia indígena”, de la Mesa Nacional Indígena de Costa Rica, los colegios de la zona de Coto Brus que están en las reservas, no continúan con la línea de la cosmovisión indígena, la eliminan. Lo que lleva a que los jóvenes dejen de vestir con sus trajes tradicionales y no aprendan su idioma ni sus costumbres, por vergüenza.

La pala, el sol y los años acumulados en el cuerpo ya cavan hondo en tu interior, Benito. Estás agota-

do. Sentís que no podés más, pero seguís metiendo profunda, en la tierra, esa pala tuya para crear la fosa de dos metros de profundidad. Entre los cuatro ya han logrado avanzar bastante, pero falta un poco más por profundizar. Aún falta un poco más para llegar hasta el punto en el que puedan cavar otros dos metros, pero ya no verticales, sino horizontales. Para crear una cueva subterránea, una casa pequeña que le sirva al alma de tu sobrino y que así pueda vivir en la tierra junto con Njöbo, el dios creador. Vos das instrucciones. Sos el que sabés cómo se debe enterrar y todos te escuchan y obedecen, porque es importante que todo se haga según la tradición, mantener esto es mantener viva parte importante de su cultura.

A pesar de los grandes esfuerzos por mantener estas tradiciones, la cultura cada vez se erosiona más. Agregado a la problemática juvenil, se suma que la religión católica ha crecido su número de feligreses ngäbe, gracias a una constante permanencia de sacerdotes en la zona. Sin embargo, el grupo religioso que más ha invadido las reservas ha sido el evangélicoprotestante. En los ocho kilómetros que separan La Casona de la carretera principal hacia Coto Brus, se pueden apreciar varias iglesias protestantes. Una de ellas es de las Asambleas de Dios. Yo las vi. Benito me dirá que muchos ngäbe ya no practican los rituales y se han convertido al protestantismo. Incluso, el pastor de esa iglesia es ngäbe. "Son muchos", me dirá cuando le pregunte la cantidad que él conoce que han abandonado su cultura para asistir a la iglesia evangélica. ¿Y vos, Benito, vos en qué crees ahora?

Seguís metiendo la pala sobre esa pared de tierra que tenés enfrente para crear algo semejante a una cueva en la que habitará tu sobrino en el inframundo. Pero a pesar de saber qué tenés que hacer y cómo hacerlo, las dudas se te vienen un poco a la cabeza. ¿Por qué hacemos esto así? ¿Por qué esto debe ser así?, te

preguntás, pero eso solo queda en tu cabeza, en tus pensamientos, mientras seguís moviendo la tierra de un lado a otro, para sacarla de ese agujero que han creado y en donde enterrarás a tu sobrino.

Un día entero, desde que amaneció hasta que oscureció, han estado acá, en este hoyo, volando pala para cumplir con el ritual del enterramiento. A vos, Benito, el cansancio se te acumula en los ojos y, escondido en esa cuevita que solo vos estás cavando, llorás un poco, porque ahí, al otro día, enterrarás el cuerpo y el alma de tu sobrino que nació muerto. Pero, también, es posible que las dudas te estén rondando la cabeza y creando confusiones que solo podés sacar con un cóctel de lágrimas. Pero te secás rápido para que no te miren los otros tres hombres que te ayudan. Porque los cuatro, juntos, deben cavar.

El número cuatro tiene gran importancia para la cultura ngäbe. Rafael Bejarano me explicará que cuando el mundo fue creado, se hizo con cuatro elementos. Y se repartió a los cuatro hijos del dios Njöbo. Cada uno domina uno de los elementos y los puntos cardinales. Así, como el mundo se creó en cuatro, todo viene cuatro veces. La maldad viene en cuatro ciclos. Las tumbas se cavan entre cuatro personas y la muerte se respeta cuatro días. Es por eso que los cuerpos tienen que ser velados durante cuatro días, antes de enterrarlos en la tumba en forma de cueva.

Ya amaneció el nuevo día y el hoyo que han cavado empieza a sentir el calor del sol. Son las 9 de la mañana y las nubes que se acumulan sobre los cerros, que rodean La Casona, suben cada vez más para dejar que el sol caliente la tierra. Vos estás ahí y ves como vienen tus familiares con una cajita en los hombros. Las caras de tristeza son enormes, no es para menos. Tu hermano mira el vacío con ojos adoloridos. Tu cuñada llora, un poco agotada porque aún está indispuesta luego de horas de labor para parir a su hijo sin vida.

Vos entrás a la tumba y ponés las hojas de lagarto, como una cama en donde reposará la caja.

Los enterradores ngäbe, a diferencia de otras culturas costarricenses, no preparan el cuerpo. Solo lo cubren hojas de lagarto y meten, ahí dentro, pelotas de naftalina para controlar el olor. Benito me dirá firmemente que los cuerpos no se descomponen durante los días de vela. Sin embargo, este ritual se ha ido perdiendo ya que, muchas veces, Medicadura Forense del OIJ y las Morgues de los hospitales tienen que trabajar los cuerpos en las autopsias. No ha habido otra solución más que aceptar que estas instituciones hagan eso. Es la ley. A pesar de que existe La Ley Indígena de 1977 que, en su artículo 1, plantea: "Son indígenas las personas que constituyen grupos étnicos descendientes directos de las civilizaciones precolombinas y que conservan su propia identidad". Incluso, en La Casona de Coto Brus, se tomó de la decisión de que las autoridades del país traten los cuerpos cuando deban hacerlo. Es una manera en la que los avances en salud de nuestro sistema, les quita parte importante de sus tradiciones y su cultura y les niega sus derechos.

Ponés la cajita sobre su cama de hojas, luego la cubrís con más hojas, para enramar su casa en el inframundo. Vos, Benito, empezás a cubrir con tierra para que por fin descanse y logre llegar hasta la tierra donde habita Njöbo. La pala, una y otra vez toma y deja caer la tierra en ese hueco que tanto tiempo les tardó cubrir. Los otros tres hombres que te acompañan, te ayudan para aligerar el tiempo. Cada uno se ubica en los cuatro costados y dejan caer la tierra con sus palas.

Las lágrimas caen por los pómulos de las personas que te rodean. Tu hermano sigue mirando, desesperanzado, a la nada. Vos, Benito, sentís un agotamiento tremendo. Tenés 50 años en este, tu último entierro, cuando te entrevistés conmigo tendrás 68. Sabré

tu edad porque te buscaré en la página del Tribunal Supremo de Elecciones y veré tu número de cédula y que naciste en Limocito de Coto Brus.

Antes de cubrir en su totalidad, vos sembrás una mata de café sobre la tumba. Me dirás que las matas protegen en el inframundo. Ningún demonio puede desenterrar el cuerpo porque el espíritu de las matas lo protege. Porque allá abajo, es un mundo parecido al que habitamos en vida. Y necesita protección para llegar allá. Además, hay otras necesidades.

En el inframundo las almas necesitan, además de un refugio y protección, ropa y alimentos. Es por esa razón que si se visitan los cementerios en los alrededores de Limoncito de Coto Brus, se puede observar ropa, artefactos como palas y hasta café sobre las tumbas. "Ellos necesitan cosas y nosotros se las damos para que estén mejor allá en la tierra. Aunque aquí se descompongan o se dañen por el tiempo, allá todo es nuevo", me dirá Rafael Bejarano.

Es por eso que tu cuñada, Benito, pone una ropita de bebé debajo de la mata de café y tu hermano pone una pequeña manta. Es lo único que tenían del bebé. Y eso es lo que ponen. Por fin, Benito, ponés el último palazo de tierra y lo golpeás con la parte externa de la pala, para comprimirla mejor. El agotamiento es enorme. Para vos este entierro ha sido difícil.

Un mal sueño

Jorge Luis Quesada

Ella, una mujer indígena ngäbe, pasó noches dando vueltas en la colchoneta y sudando... pero no de pasión. Con cada amanecer se sentía peor. Terminó por sentirse devastada. Le dolía todo el cuerpo. No tenía hambre. Se puso su vestido tradicional rojo decorado con pequeños triángulos de colores en los bordes. Sus botas de hule negras le combinaban a la perfección. Caminó no más de 10 minutos y tomó el bus. Sí, tomó el bus de La Casona a Coto Brus, no tuvo que caminar horas entre la montaña para salir a la "civilización". El bus duró alrededor de 30 minutos. En el tiempo de ella mucho más. Entró al centro médico de Coto Brus de la Caja Costarricense del Seguro Social (CCSS). Esperó de pie a ser atendida. Un médico de barba y con bata blanca por las canillas, amablemente la saludó. La invitó a pasar y luego a sentarse.

—Cuénteme ¿qué le pasó?

—No me siento bien.

—¿Por qué, explíqueme?

—Soñé mal.

—¿Padece de insomnio?

—¿Qué?

—A ver, ¿por qué dice que no pudo dormir?

Ella le contó que había llovido mucho. Que sabía que el río crecería, pero que aún así tenía que pasar el puente colgante, hecho por la comunidad, para llegar a su casa. Que casi finalizando, las bases del puente se falsearon y no aguantó. Cayó al agua. La corriente la arrastró. El agua era espesa, estaba cargada de tierra. Los palos y piedras la golpeaban. Sentía que se ahogaba, no podía respirar, la presión en su pecho no la dejaba. Mientras seguía contándole al doctor, él la examinaba con vista incrédula, le veía la cara y los

brazos (lo único que mostraba su vestido) en busca de golpes. Ella le dijo que, por momentos, sentía que se iba a morir, que intentaba agarrarse de algo y que la poca gente que la vio no le ayudó. El doctor, esperando que no se ofendiera, le preguntó por qué no se le veían moretes o raspones. Ella, con un rostro inexpresivo, le dijo: "Eso fue lo que soñé".

En los noventa, la Dirección Médica de Coto Brus, notó que la inversión per cápita en salud de población indígena y no indígena era muy similar; sin embargo, los resultados epidemiológicos eran muy diferentes. Por ejemplo, en la población indígena no existen problemas de presión o diabetes, mientras que en la no indígena el mal de ojo o la interpretación de sueños tampoco, por lo que en muchas ocasiones no había un entendimiento de los médicos sobre los males que aquejaban a la población indígena.

Alejandro Salomón Palacios Palacios es una persona indígena ngäbe de 61 años. Es médico tradicional. Krodian se dice en su lengua. Trabaja en la comunidad ngäbe de La Casona, en Limoncito de Coto Brus. Ha estudiado su oficio por más de 45 años y sigue aprendiendo. Es pequeño, quizá no más de metro y medio, delgado, de piel morena, tersa, sin arrugas. Suele usar gorra, camisa de vestir adornada por triángulos de colores en los bordes, típicos de su cultura, pantalón de vestir, faldas por dentro y zapatos negros, nítidos, sin barro, pese a que hay mucho. De su cuello cuelga orgullosamente un carné verde que dice: "MEDICINA NATURAL", además de un collar tradicional con un dije de lagarto hecho de bolitas de colores.

Conoce aproximadamente 350 piezas (hojas, flores, semillas, plantas, bejucos, frutos, raíces, zacates, tallos, etc.). Aprendió la mayoría al lado de quien veía como un líder, Felipe Romero, su abuelo, quien también era médico tradicional. Alejandro curó su propio acné durante la adolescencia y recuerda bien el primer

paciente que atendió sin su abuelo, un niño de ocho años que tenía una llaga en todo el cuerpo. La ropa se le pegaba, no podía tan siquiera dormir. Alejandro nunca sintió inseguridad, sabía que su abuelo le había enseñado bien, le hizo baño y toma (remedio para que se bañara y tomara) y se curó.

Atiende hasta las 12:00 media noche. Hace visitas a domicilio y tiene el botánico (remedio) para el día siguiente. Puede interpretar sueños y recomienda que en caso de tener mal sueño (pesadillas) debe acudir donde él el mismo día, porque con el paso del tiempo el mal puede ir creciendo. Parte de la preparación del botánico es encomendarlo a Njöbo (Dios). Para él no hay mal sin cura y la enfermedad es algo vivo que habita entre nosotros, es parte de la vida, del entorno. Entre las enfermedades más difíciles que ha atendido se encuentra el asma (asma), el marillón (hepatitis) y el malo orine (infección en los riñones). Comúnmente atiende a cualquier persona, sea indígena o sulia (hombre blanco). Lo han llegado a buscar personas desde San José, Cartago, Alajuela y otros lugares. Al ser una comunidad indígena relativamente accesible, los visitan extranjeros. Una vez un alemán le llevó a su esposa porque no paraba de sangrar por la menstruación, tenía una morragia, al día siguiente preparó el botánico y le dijo que descansara cuatro días. Se curó.

Le pregunté si cualquier persona podía ser médico tradicional, con recelo dijo que no, explicó que es algo que se hereda a los hijos o nietos únicamente. En la actualidad, Alejandro trabaja en el Ebais de La Casona desde que se inauguraron las nuevas instalaciones, hace aproximadamente tres años. No está dispuesto a compartir sus conocimientos con los médicos de la CCSS, pues durante mucho tiempo sus remedios y procedimientos fueron vistos con desprecio y burla. Alejandro tiene un colega, Paulino Moreno Bejarano,

quien a diferencia de él, aprendió la mayoría de cosas sólo, apoyándose algunas veces en la experiencia de su padre, quien también fue médico tradicional. Paulino trabaja en la casa y acepta, sin problema alguno, que Alejandro tiene un conocimiento más amplio de la medicina natural; sin embargo, ambos concuerdan en que de no poder curar algo, uno lo enviará donde el otro. Pese a que Alejandro trabaja en el Ebais desde hace alrededor de tres años, no recibe pago.

Aquel hombre de bata blanca estaba desconcertado. El silencio era más que incómodo. Sacó un termómetro; sin embargo, la temperatura de la mujer era de 35 grados, dentro de lo normal. Le pidió que relajara el brazo, le puso una banda alrededor y empezó a presionar repetidamente, 120 sobre 80, tampoco había problemas de presión. Estaba acongojado, las manos le sudaban y se le acababan las ideas. Era la primera vez que escuchaba algo así. Mientras, ella seguía a la expectativa...

El antiguo Ebais de La Casona era más bien como una casa de salud, un lugar sumamente pequeño, donde no había espacio para los médicos tradicionales. Pablo Ortiz, Director del Área Médica de Coto Brus, tiene más de 30 años de trabajar en la zona y de tratar con personas indígenas, por lo que aprecia y reconoce el valor de la medicina tradicional. Sabe que hay médicos de la CCSS que no pueden atender algunos padecimientos de las personas y por eso han logrado acercamientos con los médicos tradicionales. Tienen un pacto de caballeros con varios puntos sobre la relación entre los médicos tradicionales y los de la CCSS:

- 1-No burlarse de lo que el otro hace.

- 2-Permitir que la persona elija quien la atiende.

- 3-En caso de que alguno no pueda atender el padecimiento, lo debe referir donde el otro.

- 4-Permitir que el paciente tome ambas medicinas al mismo tiempo.

5-Mantener una comunicación constante y fluida.

6-Propiciar espacios para que las generaciones jóvenes de indígenas aprendan el conocimiento ancestral de la medicina natural.

Incluso antes de la edificación del Ebais, se tomó en cuenta la opinión de los médicos tradicionales de la comunidad para establecer el lugar en el que se construiría y para que además se le hiciera un ritual de limpia. En la construcción se incluyó un módulo para los médicos tradicionales. En el momento preocupó dónde almacenarían todas las piezas que conocen, en qué bodega, pues no había espacio; sin embargo, uno de ellos dio la solución con una respuesta sencilla: “nuestra bodega es el bosque, no ocupamos almacenar nada”.

La inclusión de médicos tradicionales en el Ebais de La Casona ha sido uno de los pasos para intentar iniciar con el cumplimiento de tratados internacionales de Derechos Humanos, como lo es el Derecho a la Salud, ya que en la cultura indígena existen enfermedades que en cultura occidental no, por lo que sólo pueden ser tratadas por los médicos tradicionales. El Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), ratificado por Costa Rica el 2 de abril de 1993, en su artículo 25 destaca que: “Los servicios deberán organizarse, en la medida de lo posible, a nivel comunitario. Estos servicios deberán planearse y administrarse en cooperación con los pueblos interesados y tener en cuenta sus condiciones económicas, geográficas, sociales y culturales, así como sus métodos de prevención, prácticas curativas y medicamentos tradicionales”. Actualmente quien ingrese a trabajar en el Ebais, debe llevar el curso Rompiendo barreras idiomáticas, patrocinado por el Ministerio de Cultura, dirigido a sensibilizar la atención de personas indígenas ngäbe, así como al aprendizaje de términos de uso frecuente que permiten generar mayor confianza

al momento de la interacción.

Pablo conoce a Alejandro. Lo describe como una persona excelente, trabajadora y muy responsable, ya que, pese a que no recibe salario, llega puntual todos los días y lo llama temprano para avisarle que ya está en su módulo. Alejandro no tiene permitido cobrar su consulta en el Ebais y la CCSS no presupuesta recursos para la atención médica tradicional. La Organización Mundial de la Salud dice que "El personal sanitario son «todas las personas que llevan a cabo tareas que tienen como principal finalidad promover la salud» (Informe sobre la salud en el mundo 2006) y el artículo 25 del Convenio 169 de la OIT señala que "El sistema de asistencia sanitaria deberá dar la preferencia a la formación y al empleo de personal sanitario de la comunidad local y centrarse en los cuidados primarios de salud, manteniendo al mismo tiempo estrechos vínculos con los demás niveles de asistencia sanitaria." Pese a ello, Alejandro trabaja en su casa, sin queja alguna, luego de ir al Ebais para poder ganarse algo que le permita salir, al menos, con el día a día. Los pagos no solo se hacen en efectivo, sino que también se usa el trueque. Se puede pagar con granos, frutos, gallinas, carne, etc.

El médico de la Caja que atendía a la mujer ngäbe que había tenido un mal sueño, la miró preocupado. No tenía una respuesta para ella. Pero sí tenía una solución.

—¿Esto le ha pasado en ocasiones anteriores?

—Sí.

—¿Y qué ha hecho?

—Tomo un botánico.

—¿Lo hace usted?

—No.

—Permítame un segundo, ya vengo...

El doctor salió del consultorio y fue a consultarle a alguien más qué podía hacer.

—Ya vine, perdón por hacerla esperar. Tengo que ser sincero con usted: no puedo hacer nada. Yo no atiendo este tipo de casos, pero puede ir al Ebais de La Casona. Busque al médico tradicional: Alejandro Salomón Palacios Palacios. Él sí la puede ayudar. Él tiene la medicina para quitarle los dolores que la aquejan.

Antonia Bejarano en su encrucijada

Óscar Ureña García

Antonia Bejarano no puede contener la emoción. Sus ojos la delatan. Para mí es una alegría mirarla entusiasmada. Sin embargo, está nerviosa, no sabe cómo reaccionar ante una entrevista, sentada en la Escuela de La Casona de Limoncito de Coto Brus. Ella acomoda su cabello negro detrás de sus orejas y baja la cabeza. Pero sus ojos se elevan por encima de esos lentes marca “Pepe Jeans”. No me dice nada. No obstante, sus ojos tienen un brillo distinto. Sus ojos, para mí, son como los sonidos de las montañas que nos rodean: distintos a los antes percibidos. Aquí, los pájaros cantan diferente que en San José, acá, los sonidos son más vivos. La vegetación que se mueve con el viento, los dos ríos que rodean La Casona, hasta los mosquitos, son impresionantes. Y Antonia me mira con una emoción contenida, para contarme su historia, con su vestido de colores y con figuras de triángulos. No es para menos, la emoción la rodea porque recién le informaron que va a ser la primera joven ngäbe que recibiría una beca total por parte de la Universidad Federada San Judas Tadeo. Sin embargo, en medio de tanta alegría hay un fragmento de su mirada que no puedo descifrar.

Antonia Bejarano es una joven ngäbe de 18 años. Ha vivido toda su vida en Limoncito de Coto Brus, primero en Villa Palacio y, actualmente, vive en La Casona. De su padre no me puede decir nada porque no lo conoció, pero de su mamá, sí: es una mujer ngäbe cocinera del colegio de La Casona. Un colegio al que asisten más de 200 jóvenes, pero, en la primera graduación, en 2016, solo han concluido sus estudios siete estudiantes. Antonia es una de ellos.

“Muy pocos se gradúan, la mayoría lo dejan tirado. El

problema es porque se juntan con una pareja muy rápido y tienen familia muy jóvenes, entre 14 y 16 años. Es la costumbre”, me dice Antonia de manera crítica, cuando le pregunto la razón de por qué hay tan pocos jóvenes ngäbe con Bachillerato. Me sorprende que su timidez se reduzca un poco para ejercer su criterio sobre un tema que, para ella, es importante. ¿Por qué no te has juntado, Antonia?

Según la investigación “Sistematización de Buenas Prácticas desarrolladas para la promoción de estilos de vida saludables y la atención de la salud materno—infantil en la población indígena ngäbe de Coto Brus”, realizada por Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), se estima que el 40% de los embarazos en la zona son de jóvenes menores de 18 años. Una realidad muy frecuente en las distintas culturas aborígenes de nuestro país. No obstante, el estudio agrega datos aún más preocupantes: las mujeres ngäbe casi no pueden elegir su futuro, ya viene digerido por su entorno.

“Si se mira más de cerca, por ejemplo, tomando los partos de niñas de 10 a 15 años, a nivel nacional la incidencia es de 0,5%, mientras que en San Vito es bastante superior. Según los médicos tradicionales y parteras, este fenómeno es nuevo entre la población indígena pues la costumbre indicaba que se establecía pareja después del rito de paso a la pubertad que se daba alrededor de los 17 años de edad. Es más, hay indicios de que se trata de un problema de violencia contra la mujer, pues lo común es que las parejas de estas niñas sean hombres de alrededor de 30 años de edad”, explica el estudio.

Antonia me mira, de nuevo, con pena. La pregunta que le hice la puso de nerviosa, porque me metí en un tema que no se habla con otros hombres: quizá es un tema que no se habla y punto. Antonia borra por

un instante su sonrisa. Me percato de que para ella es un tema muy serio. No obstante, me sorprende que siga percibiendo ese fragmento de mirada que no logro descifrar. Ella se ruboriza un poco. Tartamudea. En realidad este tema la puso nerviosa. Yo solo soy un joven periodista, de Alajuela, que le pregunta por qué ha decidido no ser como la mayoría de las jóvenes de su pueblo. Para ella la escena no es cómoda.

“Lo que pasa”, me dice tratando de vencer la timidez, “es que mi mamá me tuvo muy joven y se dio cuenta de que no pudo elegir la vida que tiene. Entonces siempre me enseñó que tenía que estudiar, prepararme, para que yo pudiera elegir”.

Antonia no me lo dijo, pero luego me daré cuenta de que en la zona se acostumbra a que hombres entre 30 y 50 años busquen a muchachas jóvenes y les regalen objetos o prendas que ellas o sus familias jamás podrían costear. Muchos hombres les regalan celulares a las jovencitas y las conquistan para que se junten con ellos. Por tal razón, muchas no logran terminar el colegio. Muchas, según los casos que pude conocer en La Casona, luego son abandonadas y quedan con sus hijos, sin ningún aporte económico por parte del padre de los niños.

Los ngäbe, como muchas de las culturas aborígenes costarricenses, no tienen un ritual de matrimonio como el de la cultura dominante. Ellos se unen a su pareja, viven juntos, pero no hay ningún ritual. Legalmente estas uniones no se reconocen como matrimonios, sino que, según las leyes costarricenses, son una “relación de hecho”, lo que popularmente llamamos “juntados”. Eso lleva a que no exista la figura del divorcio. Los hombres y las mujeres simplemente se separan y tienen otras relaciones de pareja. Muchas de las mujeres no conocen sus derechos y terminan con toda la carga de la crianza de sus hijos.

“Mi mamá y mi abuela trabajan muy duro para que yo

tenga lo que necesito y no se lo pida a ningún hombre. Yo les agradezco eso porque me han enseñado a estudiar y trabajar duro”, me dice con la misma mirada, pero con un poco menos de timidez.

Y verdaderamente han hecho un buen trabajo con Antonia. Fue una líder en su colegio. Sus notas fueron siempre buenas, con un nivel destacado para la zona. Y, precisamente, por esa razón fue elegida por el Consejo del Cacique para obtener la beca que la Universidad ofreció. Parece ser que, junto con Antonia, un grupo de mujeres de la zona se están levantando. En el Consejo del Cacique, que conocí cuando estuve en La Casona, hay varias mujeres que son miembros. Tienen voz y voto. Algunas, además, son jóvenes. Entre los 20 y 35 años.

Antonia siempre quiso estudiar periodismo o alguna carrera que le permitiera visibilizar la belleza y los problemas que enfrenta su pueblo. Sin embargo, la educación superior en Limoncito de Coto Brus, se limita a la sede de la UNED que se encuentra en San Vito, a unos 30 kilómetros. En ambas instituciones se ofrecen tan solo algunas carreras como Educación o Inglés. Y, aunque ambas son carreras importantes, los pocos ngäbe que se gradúan de secundaria tienen el panorama limitado para estudiar en la universidad. Cualquier otra carrera que no ofrezcan estas sedes, implicaría viajar hasta San José. Para Antonia, a pesar de que no eran las carreras que deseaba estudiar, la elección venía digerida: Inglés o Educación.

“Algunos de los profesores que están en la escuela de acá, de La Casona, son ngäbe que se graduaron hace algunos años de secundaria, en otros colegios, y lograron entrar a estudiar en San Vito: ahora trabajan acá y ayudan a nuestro pueblo. Pero no conozco a nadie que haya estudiado otras carreras”, me dice Antonia con entusiasmo, pero, al mismo tiempo, con ese no sé qué en la mirada que no puedo descifrar.

¿Usted habla idioma ngäbe?, le pregunto, así, en usted, para no hacerla sentirse más nerviosa.

No, entiendo mucho cuando los mayores hablan, pero no sé hablarlo, me dice con mucha pena en su rostro. Lo que cuenta Antonia no es de sorprenderse: según un estudio de la Universidad de Costa Rica, cerca del 40% de los ngäbe de Coto Brus no hablan su lengua. Principalmente, lo jóvenes son los que menos dominan su lengua, por vergüenza, por desinterés o simplemente porque los espacios para transmitir la cultura se han ido reduciendo drásticamente. Así, como Antonia, una ngäbe que viste hermosos vestidos tradicionales no habla su lengua materna, son muchos los jóvenes que solo hablan castellano.

Empiezo a percatarme de que ser un joven ngäbe fuera de La Casona, es complicado. A pesar de que son costarricenses, fuera de acá no los ven como tales. Viven apartados en reservas y, aunque algunos no dominan su lengua materna, hablan el español con cierto acento que los delata. Es irónico que ellos, costarricenses, fuera de sus territorios sean extranjeros. Fuera de sus reservas los contratan en trabajos con pago mínimo. Ellos sufren las mismas crisis que sufren los migrantes, pero en su propia tierra. Y ser un joven estudiante, fuera de las reservas en que se encuentran, es difícil.

Antonia es muy crítica. Una joven inteligente. Pero empiezo a sospechar que ese fragmento de su mirada, quizá, es de temor a salir de ese útero que es La Casona. Ella sigue sentada en esa banca en la escuela, mientras conversamos. Su mirada cambia de nuevo a la timidez. Sus lentes la cubren un poco. Empiezo a ver que se pone más nerviosa. “Quiero hacerle una pregunta”, me dice tratando de vencer ese estado de recogimiento. Sigo viendo ese fragmento de mirada indescifrable, no obstante, me parece que estoy empezando a descifrarlo.

“Es que”... Antonia se detiene. Trata de ordenar las ideas que tiene masticando en la boca. “Cuando yo estudie periodismo, ¿puedo vestir como visto ahora?”, me cuestiona con su rostro moreno casi colorado por la pena de realizar esa pregunta. “¿Ustedes no les molesta que yo vista así?”, me vuelve a preguntar.

La duda se disipa. Antonia también teme ser una extranjera en San José. Sus temores son entendibles, es muy joven y nunca ha vivido fuera de Limoncito. Sin embargo, para una muchacha ngäbe no debe ser nada fácil enfrentarse a una sociedad que excluye a todos los pueblos originarios. No sé si Antonia lo sabe, pero algunas de las mujeres de su comunidad que están en el Valle Central, se las ve en las esquinas de las calles, sentadas en las aceras, pidiendo dinero, mientras amamantan a su hijo más pequeño. Y, aunque sus vestidos son coloridos y hermosos (como el que viste Antonia en este momento), ellas, los ngäbe en general, son invisibles para la sociedad.

“Claro que podés vestir así. Esta sos vos. Esto es parte de tu esencia. Es tu identidad. Para nosotros es una alegría que vistás así en la universidad”, le digo, voseándola, para que se sienta más confiada. Y se lo digo sincero. Yo lo creo profundamente. No obstante, por un instante me percato de que no puedo hablar por todos. No puedo generalizar mi pensamiento con las personas que lavan a rodear en un bus en San José, en las calles, en todos los espacios que ella visite.

Su sonrisa se ilumina con mi respuesta. Sin embargo, ese fragmento de su mirada, que empiezo a definir como temor, no se esfuma. Está ahí. En ocasiones se intensifica.

Le pregunto que si está emocionada y me responde inmediatamente que sí. Su rostro mantiene la luz que todo joven ilusionado tiene. No obstante, baja de nuevo su mirada y se intensifica el temor: “Me preocupa

dónde vivir”, me dice.

En un principio, la beca de la universidad solo incluía los gastos académicos: beca total en todos los cursos. Sin embargo, con las conversaciones se valorará buscarle también un lugar dónde vivir. La familia de una profesora, que vive a 500 metros de la universidad, se ofrecerá a albergarla y cubrir su alimentación durante todo el tiempo que tarden sus estudios.

Yo miro a Antonia, ahí en la escuela de La Casona y suspiro un poco. “Eso es un tema que se puede resolver”, le digo para tranquilizarla y cerrar la entrevista. Ella tiene que irse, porque su hermana menor está en la casa sola y ella tiene que cuidarla. Nos despedimos y me promete que nos veremos el primer día de clases del primer cuatrimestre del 2017, en la universidad. Ese día estaré esperándola. Veré cómo ingresan muchos jóvenes. Con sus pantalones a la moda, que se tallan en las piernas. Veré las muchachas maquilladas, con el cabello arreglado. Esperaré sentado en una banca. Las clases empezarán y no la veré llegar. Me sorprenderé e, incluso, me preocuparé.

El decano de la Facultad de Periodismo, Froilán Escobar, se acercará y me dirá que Antonia no vendrá. A pesar de tener la beca completa y un lugar dónde hospedarse durante todos sus estudios, no va a aceptar la beca, me explicará. Y, mientras, yo continúo mirando las clases desde una ventana grande, llena de jóvenes con jeans y tenis a la moda, se me vendrá a la cabeza aquella mirada de Antonia que no era otra cosa más que temor a salir de La Casona, dejar a su familia y tener que enfrentar, sola, este cambio, que ahora es su encrucijada.

Máxima camina con cada pie en un mundo

María José Yglesias

Una mano invisible acaricia calladamente la pulpa triste de los mundos rodantes. Alguien, a quien no comprendo, me macera el corazón de dulzura.

Alfonsina Storni

Soy uno que flota sobre las aguas. Llevo siglos bajando de las montañas verdes y de la tierra que no tenía fronteras, nunca las tuvo, hasta que ellos las inventaron y partieron en dos mi gente. No soy Nubu, solo soy un buen espíritu, como tantos más, que habla con los suquias cerca de las piedras sagradas cuando me llaman. Llevo siglos siendo, desde antes de que los ngäbe se enfrentaran a ellos, los que vinieron con espadas, cruces, espejos y sed de poder. Pero los ngäbe pelearon, guerreros valientes llamando con gritos al viento. Hoy transcurro como corriente de brisa en este otro mundo que me resulta extraño y ajeno. "Ciudad" le llaman. Es la oscuridad de la desconexión con todo lo que importa. Aquí todos caminan ciegos del mundo de lo invisible y de sí mismos. Este no es mi lugar, está lejano, muy lejano de nuestras montañas, me vine tal vez colado entre los pliegues de su vestido o los de su miedo. Máxima.

Es celeste como su vestido del que se escabullen y se siembran como raíces suaves sobre la acera sucia, dos pies descalzos, igual que los pies de todas las mujeres ngäbe que no conocen cárceles. También es del color del barro joven, como toda la creación, como toda la belleza, como toda la vida que cabe en sus veintitantos curtidos. Cabe mucha vida porque ella también es los años y los pensamientos y el saber de todos sus ancestros y de todos nosotros, los espíritus

que acompañamos a su pueblo de artistas y guerreros y muchas—muchas—muchas guerreras—guerreras—guerreras. Máxima. No importa si ella cree en mí, si ha cerrado los ojos para escuchar el llamado de la caracola durante el Krun. O si es devota de Mama Tata, el credo de Mamachí. En cualquier caso, todos los ngäbe saben y ven que hay un mundo invisible en la naturaleza y en la montaña y en la vida, y que ahí estamos los que somos desde siempre, los que creamos, transformamos, destruimos, protegemos o ayudamos. Y por eso voy con ella. La acompaño en el tránsito por este espacio gris y dormido en el que está atrapada y al que no pertenece. Aquí nadie me descubre. Y a ella tampoco. El mundo invisible y ancestral hemos llegado a este otro mundo inmediato; “Ciudad” le llaman.

El borracho sigue hablándole de forma invasiva. Es evidente que está incómoda, asustada. Un puño celeste, de vulnerabilidad, sentada sobre un cartón en el piso del costado del edificio de Correos, que se escuda detrás del vaso de Coca Cola en el que recoge las migajas de lástima que le lanzan los cientos de personas que caminan a su lado pero no la ven. No soporto más la expansividad del alcohólico indigente que la acosa. Interrumpo mis compras, le pido al dependiente de la tienda que me cuide las cosas y salgo a participar del paupérrimo intercambio entre los dos “habitantes de la calle”, como dice con eufemismo... Conforme me acerco y se vuelven más audibles sus palabras, entiendo que él le exige a ella que hable. Quiere saber cómo se llama, si habla español o qué idioma habla: quiere saber por qué no le contesta.

Ella se va fundiendo en el piso. Sus pies se quieren convertir en tierra mientras ve al vacío y se trata de desintegrar. Su silencio inquieta más al ego del vagabundo quien exige respuestas, exige voz, exige que la mujer se haga presente en este mundo en el que él y

yo estamos y ella, aparentemente, no. Sigue dirigiendo la mirada al vacío, hacia lo que él y yo no vemos, y mantiene el silencio. El silencio de lo audible, porque por sus ojos pasan muchas palabras. Veo muchas palabras que me son ajenas, pero las trato de hacer mías y lo confronto: Déjela en paz.

Ahora el enojo y los reclamos se canalizan hacia mí, pero yo estoy erguida. Yo no voy con el vestido de las que no cuentan. Yo sí tengo zapatos y no recojo monedas de lástima, y soy visible y tengo una voz que este hombre entiende y que podrían entender otros hombres: policías o ladrones, transeúntes, personas generosas o desocupadas, cualquiera, en fin. Tengo voz para gritarle que se desaparezca y que nos deje en paz, que la muchacha me estaba esperando a mí y que ella y yo tenemos que hablar: mentira evidente pero necesaria. Ya los peatones del centro de San José —que los sábados por la mañana son muchos— están volteando a ver y murmurando. Así que el tipo y su tufo a guaro se alejan entre refunfuños y amenazas, y quedamos ella y yo. Yo, ahogada en ansiedades y culpa blanca. Ella, celeste, inmutada. Me agacho. ¿Está bien, muchacha?

Silencio. Me atrevo a seguir intentándolo: Mucho gusto, yo me llamo María José, ¿y usted? Máxima, dice. En San José ya la conocen. Las conocen. Los vecinos de cuadra se han acostumbrado a ella y a otras como ella. Mauricio, el vendedor de flores treintañero de uno de los tramos de las cercanías del Correo en el centro de San José, día a día depara en las mujeres ngäbe que llegan solas o de dos en dos a mendigar desde temprano en la mañana. Siempre las mujeres, nunca los hombres. Por eso hasta corre un rumor entre indigentes, policletos vestidos de azul y vendedores ambulantes de flores y curiosidades chinas, de que hay un hombre en Calle 8 que explota a mujeres indígenas y es el que las pone a pedir. Hay otros que

dicen que son sus mismos esposos, los hombres ngäbe, quienes las mandan. Yo no sé si alguien manda a Máxima o si es algo mucho más sencillo y obvio, si es lo que ella me dice: Que en la casa no alcanza. Y esta es su forma de llevar algo. A veces es más fácil señalar a un solo explotador, a un opresor, en quien descargar toda la ira y la vergüenza de descubrimos expuestos nosotros como los monstruos, nosotros los opresores. Ellos. los invisibles. Ellos, los del mundo de lo que no se ve. Lo que nosotros no vemos. Nosotros los que no vemos. Las familias ngäbe en Costa Rica viven con menos de la mitad del salario mínimo. Y de eso no podemos exculparnos y taparnos los ojos señalando al marido, al que vino a Costa Rica a coger café, y no le alcanza para ellos dos y los tres hijos: el marido, que no es inocente, pero no es culpable de tanto, no es culpable de todo.

Desde hacía rato le estaba poniendo atención a través de la vitrina de la tienda. Fui espía del viajero brasileño que se sentó a su lado a conversar, a preguntar quién sabe qué cosas y quién sabe en qué lengua. Luego el viajero se levantó a bailar samba, alegre, como buen carioca, y la algarabía fue un llamado al borracho que, invitado a la fiesta de conocerse, se acercó a bailar también. El turista se reía. No sé si era alegría o burla. El alcohólico se reía también. Máxima miraba hacia ningún lado con una no-sonrisa y ojos de pájaro. Tal vez piensa en que necesita llevar monedas y no samba al ranchito camino hacia Aserri adonde la esperan los niños. O no sé si piensa en que esos bailes le recuerdan alguno de la Comarca en Panamá, y la inunda la nostalgia y quiere regresar a lo verde. O si ya en ese momento está regresando, viajando, mientras los dos hombres bailan invocándola, esperando reconocimiento a sus movimientos y su ruido. El brasileño se aburre o lo llama el resto de su grupo desde la cuadra del frente, en la que yo me en-

cuentro cuando los escucho llamarlo Igor já ven, é tarde. Tan distintas formas de extranjería. Tan distintas formas de viajar, pienso. No sé si es más extranjero en este mundo Igor, la mujer indígena mendigando en el piso, el hombre enajenado y ausente por el vicio, o yo observando a través de una vitrina, impávida ante el choque de tantas islas solas. El borracho no se va, se sostiene como un bambú, tambaleante y, cuando queda a solas con la mujer, se siente en oportunidad de algo: no sé de qué y la comienza a molestar. Es entonces cuando siento que mi isla también va a colisionar con ellos y salgo, cruzo la calle y conozco a Máxima.

El canto de una flauta me recuerda el lugar del que venimos. Silencia el ruido sucio que inunda este lugar que debe estar poblado de los malos espíritus porque está cargado, oscurecido, y oscurecidos y ausentes los ojos de todos los que caminan rápido y angustiados. No respiran, no ven, no sienten, no deparan en las grietas del suelo ni las formas de las nubes ni en este canto mágico de flauta. La rodeo a ella, le susurro que escuche la flauta y partamos de aquí. Ella la escucha. Es una ocarina. Prestamos atención y viene del este de donde estamos. ¿Será grande esta ciudad? ¿Costará mucho encontrar la ocarina? Ella no se va a mover del suelo, está atrapada por la necesidad, pero yo puedo flotar a buscarla y traer más música y transformar lo gris en un bosque a nuestro alrededor, como el de Casa. Allá la música corre junto al jaguar y la serpiente y el agua, y nosotros cuidamos de todo y de todos y se mantiene una armonía entre lo que se crea, lo que se preserva y lo que se transforma. Hay destrucción buena que trae cambio, muerte que trae vida; y con esa armonía hemos existido por siglos en la selva. Y hay destrucción mala como la que traen ellos, los otros, los que viven aquí en esta ciudad, y que nada lo ven. Esa arrasa, no crea, no preserva; es

el espíritu de la muerte que está metido aquí. Y por eso en este momento dentro del bullicio destructor de este lugar, somos un oasis de otro mundo muy distinto, un portal a otras verdades, Máxima y este que soy. Llegó hace algunos meses a vivir al ranchito, pero cree que pronto volverán a Panamá. Su familia no es de los poco más de tres mil ngäbe que residen en el país del norte, sino unos de los miles que vienen del sur por estaciones, para las cosechas de banano y café que ya no son como antes, que están en crisis —como parece que lo está todo y lo estamos todos siempre, en esta parte del mundo... crisis económica, crisis existencial...— y que ya no dan como antes para estos viajeros del tiempo que dejan su Comarca y se instalan por temporadas acá. El norte, el sur... Para ellos no debe tener mucho sentido porque son un solo pueblo que está aquí mucho antes que nosotros y quedaron divididos por acuerdos limítrofes que llevan nombres y apellidos de hombres blancos que no sabían de selvas, ngäbe ni chicherías. El marido no tiene papeles y eso les complica la estadía. Ser indocumentados es parte de la no existencia y los vuelve verdaderos fantasmas, románticos visitantes de otro planeta que necesitan acceso a servicios básicos, como usted, como yo.

El hombre de las flores, Mauricio, dice que ellas antes traían a los niños a mendigar pero se los comenzó a quitar el PANI y por eso ahora vienen solas o de a dos. Pero cuando le pregunto qué hacen sus hijos mientras ella está aquí a diario, Máxima me dice que van a la escuela. A la escuela. Maravilla, pienso. Y de nuevo dudo de las versiones, de la historia que cuentan los otros, nosotros, en que ellas son tratadas como explotadoras de infantes por el gobierno. Y de nuevo pienso que es más fácil creer eso que cavilar en esto otro que ella me dice, y pensar en donde está el acceso de estos niños, de esta familia, de esta mujer, a

eso que llaman “papeles”, a lo que decimos escuela, libro, cédula, salud, cuidado... a todo lo que no sé cómo le llama ella o adónde lo encuentra, con cuáles palabras y sonidos acaricia la idea de un derecho o cómo suena en ngäbere la palabra dignidad.

Luego de que me ha confiado, con el tesoro de su voz, su nombre y su historia, me siento ahora yo también extranjera de todo. No solo de ella y su mundo sino del mío, mundos ajenos, universos paralelos en los que no cabemos ni ellas ni nosotras mientras estemos desconectadas de lo que importa. Por un momento extendimos los brazos cada una desde nuestra línea imaginaria y nos palpamos los dedos, nos dimos la mano, un abrazo y se hizo el aire. Se hizo el espacio que no tenemos, pudimos existir por un momento fuera de silencios y de ruidos y de ciudad y Comarca y mirarnos sin ropajes, desde el centro y desde lo que somos: dos mujeres encontrándonos en la ciudad agresiva, tóxica y también hermosa y llena de energía cuando una se permite abrir portales del tiempo y la existencia, abre los ojos y se permite mirar.

Pedí un lapicero a alguien que pasaba y en un papel anoté un número. Se lo di.

—Máxima, este es mi teléfono. Si alguna vez necesita algo, lo que sea, llámeme.

Una vez esta tierra fue salvaje, y fue nuestra. En el terreno de lo visible eso se perdió. Fuimos encerrados, olvidados. Todo lo que era verdadero fue escondido, enterrado y es guardado por un mal espíritu al que llaman miedo. Y lo que es mentira y es veneno se esparció como semilla de verdad. Así viven muchos de ellos, ciegos a las verdades que los ngäbe ven: que como hay un mundo de lo visible hay un mundo de lo invisible que merece respeto. Y que ese respeto es a la montaña, al río, a la piedra sagrada, al animal. Y al animal también.

Pero los ngäbe siguen siendo guerreros, y ellos y los

demás hijos de la tierra de nuevo alzarán la cabeza y levantarán los brazos y soplarán la caracola y volverán a ganar espacio en esta era de lo material, de lo de afuera. Nos transformaremos para existir, para ser vistos. Para poder darnos la mano con los otros, con ellos, los que quieran y los que puedan abrir los ojos, todos los ojos, y el espíritu, todo el espíritu.

Acompañaré a Máxima y a todas sus hermanas como una brisa por donde quiera que caminen, como un felino entre las copas de los árboles o como una estrella que sigue el curso celeste de su vestido. Si ella viaja aquí, a esto que llaman Ciudad, aquí estaremos, una parte del universo ngäbe se transporta y viene con ellas. Y si ella vuelve a la Comarca, allá volveré, regresaré a Casa, a flotar sobre las aguas de los ríos de donde siempre fui.

Un par de meses después, cuando suene mi teléfono en la tarde crepuscular de un domingo veraniego cualquiera, miraré el desconocido número del que me llaman, extrañada de recibir una llamada de Panamá. –María, hola, soy yo. Era para saludar, ya estoy en Panamá.

No sabré quien es “yo”. No reconoceré la vocecita casi inaudible de un hada interplanetaria que me tiende de nuevo la mano de su línea paralela. No recordaré que le di mi número “por si ocupaba algo, lo que fuera”; aunque tal vez la que más necesita la conexión era yo. –¿Quién? Disculpe pero casi no la oigo.

–Soy yo, Máxima.

Mi corazón se derrite y se me llenan de calor los ojos. Máxima me está llamando. Se tuvo que ir. Ya me contará qué pasó, qué fue del ranchito en Aserrí, si consiguieron papeles para su marido. Si está en la Comarca, si va a volver.

Se abre el portal.

Crónicas de la Comarca, Panamá

Eustacio aprendió a hablar en español

Manuel Santo (Krädy)

Eustacio Córdoba es un ngäbe que nunca pensó hablar el español. Nació hace 55 años en la comunidad de Llano Nopo, Suliawädabiti, en la Comarca. Cuando él era un niño, ninguno de los 156,747 pobladores de este territorio (que abarca las provincias panameñas de Chiriquí, Bocas del toro y Veraguas), tampoco hablaba español. Pero Eustacio no tiene dudas. Con una mirada fija dice: “Yo hablo ngäbe y mis hijos no hablar bien ngäbere, porque en las escuelas solo se les enseña hablar en español”.

Mogón se dti dteeeee, se dtieeee.

Mogón se dti dteeeee, se dtieeee.

Eustacio y su esposa, Melichi, trabajan muy duro en la agricultura para sostener a su familia. No tiene tiempo para más. De ahí que, para él, sea muy difícil hablar en español. Logra hacerse entender, pero nada más. Su manera de hablarlo nunca alcanza a ser fluida; igual le ocurre a Melichi. Creció dentro de una familia que practica su cultura, de tomar cacao “agüeito”, como lo conocen en el pueblo de Llano Nopo, Suliawädabiti, al igual que bañarse muy temprano en el río Tabasará, guardar silencio cuando alguien —el cacique o médico tradicional, “Doguien” o “Göbran”— habla. “Las damas aquí”, dice Melichi, “estar obligado a mirar cabizbajo, comer sentadas en el suelo; los varones a purificar su cuerpo con hierbas naturales, a escuchar los consejos de las abuelas cuando las muchachas tienen menstruación: a ellas se les repetía que no debían mirar a los ojos de los hombres cuando nosotras tenemos menstruación”.

Esta vivencia tiene a Eustacio paralizado, pues no le permite hablar en el idioma español. Reaccionó una tarde cuando vio llegar a la católica misionera, Laura

Montoya: él quería comunicarse con ella, pero no podía. Decidió escuchar con cuidado todas las palabras que pronunciaba. Pero, por ejemplo, intentaba pronunciar la palabra café y decía cabé; en vez de febrero decía se-bre-ro. Escuchaba con mucha atención y luego repetía las palabras. Al inicio, fue muy difícil para él aprender. Se vio obligado a estudiar español a la edad de 17 años en la escuela de Llano Tugrí, pero con muchas dificultades porque sus abuelos le conversaban en idioma ngäbe.

No podemos perder el idioma que nos identifica como pueblos originarios, pero me propongo aprender a hablar el español. El ngäbe que no conversa en su idioma no solo pierde su cultura sino su familia, ti mrögö, porque un chüi, un extraño, no es tu sangre: no te tratará igual un chüi. El ngäbe nace en la Comarca rodeado de montañas, árboles y ríos caudalosos, cerca de la naturaleza. Nadie puede cambiarlo en ese entorno, porque allí goza de una tranquilidad mental: escucha los pájaros: tucán, kuere; el visita flor, Michi. Pero la visita de Laura fue una sorpresa para los ngäbe. Eustacio no le tenía confianza. Intentaba conversar con esta chüi, Laura, y “yo solo hablaba con signos”, es decir, solo con gestos para comunicar algunos mensajes.

“Mi vida en este pueblo tiene mucho valor para mí, porque conozco mi gente y sus necesidades. Aunque no soy cacique, puedo reconocer cómo vive mi pueblo”, dice muy meditativo. “Ya en los últimos años hay muchas iglesias: evangélicas, adventistas y católicas; muchos pastores y hermanos de la iglesia hacen vigilia; danzan hasta el amanecer en la vigilia. No se puede ocultar este cambio. No pensé ver esto, pero ya está sucediendo: estamos obligados a aprender el idioma español”.

Mogón se dti dteeeee, se dtieeee.

Mogón se dti dteeeee, se dtieeee.

En los años 90, cuando iban a la ciudad, Eustacio y su esposa Meliche, para poder comunicarse, llevaban una varita para señalar el objeto que querían comprar. Ellos y otras familias viajaban largas horas desde la montaña hasta la costa para “cocinar sales” para la comunidad. Venían en familias de 15 a 30 personas. Demoraban de uno a tres meses en el viaje y, cuando llegaban, el temor a los chüi era una manera de separarse de los sulias latinos. Creían que si socializaban se hacían vulnerables a las enfermedades y podían perder su idioma y sus cantos tradicionales.

Mogón se dti dteeeee, se dtieeee.

Mogón se dti dteeeee, se dtieeee.

En la balsería es donde se baila balsa y se lucen los mejores atuendos de los animales más feroces de la selva, como el jaguar o el tapir. El “agüito” es para ahuyentar los demonios y malos espíritus. Su duración depende del suquia que tiene conocimientos y visiones. Si usted llega a la Comarca, puede probar una carne ahumada en el fogón, donde hay canto de Kä; los dientes de animales salvajes —que están en peligro de extinción— los niños los cargan como collares y el kruachi, (una cinta para los niños, es para cuidarlos y protegerlos de que no se caigan de la cama) y el amor por la naturaleza y por la Madre Tierra. Lo más doloroso para este pueblo es pelear por defender los recursos naturales, la flora y la fauna. El lugar donde uno nace no se puede abandonar. Eustacio señala las montañas que se esconden en el cielo. No puedo abandonar esta riqueza de mi abuelo Roachi umbre. He viajado por diferentes comunidades dentro de la Comarca y siento que es como ver a mi propia familia, lo único que hay diferente es que viven en distintos lugares.

Mogón se dti dteeeee, se dtieeee.

Mogón se dti dteeeee, se dtieeee.

Después de interactuar mucho, Eustacio, con muchas

dificultades, logró aprender a decir: “Buenos días, ¿cómo esta’? Yo me llamo Eustacio”. La atención de escuchar y la memoria le ayudaron a superar esas dificultades; al tiempo se aprendió el abecedario.

Todos esto no lo puedo cambiar, aunque ya aprendí a hablar el idioma Español. Ahora ando por la Comarca por zonas silenciosas que se esconden en las montañas, vas en camino y te encuentras con un niño que te mira, pero no te habla porque sabe que eres un chüi. Para entrar en conversa, debes ir a vivir con su familia: lo curioso es que te sonríe, pero no te da confianza. Las verdades en las conversaciones tienen mucho precio. La mirada debe ser fijamente a los ojos del abuelo para que empiece a contar cómo es la historia de verdad, cómo se curan las enfermedades, cuáles son las medicinas para curar el dolor de cabeza, la diarrea y otras. Eustacio no es un suquia, pero conoce donde hay plantas medicinales. En estas tierras, nacen hombres y mujeres con poderes extraordinarios para curar. Y usted no sabe cómo viven ellos: si serán salvajes o seres humanos que sienten dolor, lloran y ríen por vivir en este mundo. Desde niño no sé escribir ni leer, pero entiendo bien el idioma ngäbe y el español, dice.

Mogón se dti dteeeee, se dtieeee.

Mogón se dti dteeeee, se dtieeee.

Kobokuindejo, Muy buenos días, es el saludo o la bienvenida de la familia ngäbe. Desde 1965, en las escuelas, se introdujo el idioma español, lo que fue un golpe para algunos pobladores: se exigió a los padres de familia enviar a sus hijos a la escuela. Todo cambió para Eustacio: se cambió el chacará okrä (bolso) por una mochila; el vestido de la dama fue guardado; “la nagua” se sustituyó por el uniforme escolar; les exigieron cepillarse con algo extraño que se “mete en la boca”. Desde entonces, el comportamiento y las actitudes del ngäbe empezaron a cambiar de manera

muy drástica hacia los sulia latinos, y hacia los chüi, extranjeros. Ya no eran igual que en los años 60.

En el 2017, con la del entrega programa social de alfabetización de parte del gobierno que se tituló “YO SÍ PUEDO”, Eustacio aprendió a escribir y a leer en el idioma español.

Fueron maltratados los niños en las escuelas, castigados si hablaban en ngäbere. Eustacio afirma: No pude estudiar y terminar mi sexto grado por muchas dificultades. En su rostro está la frustración por la información que comparte. Insiste en sus conversaciones: Ya hemos perdido parte de nuestra cultura. Ya los niños no respetan a los adultos, las niñas se van de la casa, la familia ya no vive unida, la madre de familia no puede regañar a sus hijas porque pueden ser denunciadas en la Corregidora, las niñas y las mujeres no quieren tejer chácara Krä, los jóvenes no pueden hacer sombreros porque no quieren aprender a tejer, o no pueden hacer un pilón o construir un rancho tradicional y, muchos menos, saben sembrar arroz o maíz. Eustacio respira profundo y continúa: Ya no somos seguros, en estos pueblos de la Comarca hay muchas enfermedades, violencias y corrupción. Eustacio es un ejemplo a seguir: hoy en día educa a los hijos en el colegio de Llano Tugrí; Melichi y Gio, ya piensan como chüi, que educa a su familia para que se repita su historia.

Mogón se dti dteeeee, se dtieeee.

Mogón se dti dteeeee, se dtieeee.

Soy una mujer Ngäbe

José de Gracia Hurtado

Soy Elena Pinto, una mujer ngäbe, que vive en la comunidad de Quebrada Guabo, con mis dos últimos hijos: Juan y Alberto, que están en el colegio. Este año se me gradúa Alberto en San Félix. Los otros cuatro mayores, ya terminaron la universidad y trabajan en la capital. Yo no tuve la oportunidad de educarme como ellos cuando niña. Pero, de adulta, me propuse lograrlo y, gracias a Dios, hace 5 años terminé la universidad. Actualmente trabajo como promotora de salud en la Comarca. Yo siempre creí que podía superarme. La necesidad y la circunstancia me llevaron a tener más fe en mi convicción. Como mujer ngäbe era difícil estudiar durante mi tiempo de joven.

Cuando estaba en sexto grado en la comunidad de Barú, junto con mis hermanos, mi papá no tenía en planes que yo estudiara, porque, según decía, las niñas iban a la escuela solamente a enamorarse, y él, por tanto, no iba a gastar dinero en mí, aunque ese no fuera mi caso.

A mí me fue difícil aceptar esa forma de pensar de mi padre, pero, ¿qué podía yo decir con 11 años contra su autoridad? Le dije y le dije. No sé cuántas veces le insistí que yo quería seguir estudiando. Pero no me dio su voto de confianza. Antes de que terminara mi argumento, me replicó: las niñas desobedientes como tú son las primeras en buscarse un marido y se van huyendo. Ya sabes leer y escribir tu nombre: con eso es más que suficiente. Tus hermanos son los que van a estudiar. ¡Confórmate! Cuando cumplas la mayoría de edad te buscaré un esposo. Uno que sea trabajador, que te va a cuidar. Por ahora, ocúpate de tus hermanitos. Aprende cómo debe cuidar la casa una mujer para cuando tengas un esposo. Así terminó su discurso.

so desmoralizador. Mi madre no dijo nada, aunque en su mirada pude leer la resignación y su comprensión de mi problema.

A los 54 años fue que pude terminar mi licenciatura y pude demostrarme a mí misma y a todas las mujeres ngäbe que, cuando tienes un sueño y luchas por él, tarde o temprano se hará realidad.

Cuando me uní a Manuel, mi primer esposo, yo tenía 17 años y él 23. Él trabajaba en la finca y me trataba bien. Aunque, dentro de mí, mi sueño de educarme no había terminado. Vi en mi joven pareja una oportunidad para seguir con mis estudios y se lo hice saber. De más está decir que fue aún peor que la de mi padre. Todavía recuerdo sus palabras: Lo único que quieres es buscarte otro con la excusa de estudiar. Cuando te eduques, con mi dinero y mi sudor, te buscarás otro marido. ¿Tú crees que soy pendejo? Suficiente con que sepa leer y escribir su nombre. Tú no sirves para estudiar; la mujer es para estar en la casa y atender a los niños. Después vino la agresión psicológica, y más después el maltrato físico: algo que jamás pensé que me pasaría en la vida. Y nada pasó: ni mis padres se preocupaban. Según las costumbres de aquel entonces, el hombre de verdad golpeaba a su mujer. Y un hombre siempre tenía la razón. Sin embargo, yo sabía que si estudiaba iba a tener posibilidades y no tendría que depender de un hombre. Pero, cómo hacerlo, si en mi cultura la mujer no es una persona con sentimientos y valores humanos, sino un objeto del cual el hombre debe aprovecharse y explotar.

Y fíjese lo que son las contradicciones: el 21.3 % de las mujeres ngäbe justifica el maltrato físico.

Pero también hay que decir que, según la Contraloría General de República de Panamá, de las 127,816 mujeres, el 52 % vive fuera de los territorios comarcales, porque migra a las zonas urbanas en busca de educación, trabajo y atención médica, entre otros servicios.

Yo todavía estaba en el primer grupo. Yo no podía concebir la idea de tener a mis hijos fuera con ese tipo de hombres que no valora una mujer. Tenía esa visión limitada. Ahora no, ahora sé que si una mujer se educa, será una ayuda mucho mejor para el sostén de la familia. ¿Cómo sería si una mujer es educada y su esposo es educado? Cambiaríamos el mundo ngäbe para bien.

Pero ni mi padre ni mi pareja entendían eso. Por eso, a pesar de todos los riegos, emprendí mi estudio secundario en un colegio nocturno. Mi esposo aportaba solo para la comida de los niños. Mientras estudiaba, viajaba a pie y usaba lo que podía adquirir en la tienda para poder estudiar. Terminé el tercer año no sin experimentar la más cruda realidad de la mujer ngäbe: maltrato físico y abuso de mi pareja. Aún me faltaba madurar, entender que la vida puede ser mejor si estamos dispuestos a dar un poco más por nuestros sueños. Tenía tres piezas de "naguas", unas chancletas y par de panty. Con eso peregrinaba en busca de una vida mejor. Estaba acostumbrada a vivir en condiciones duras. Así intenté entrar en cuarto año. Entonces mi pareja se volvió literalmente adicto al alcohol. En su locura me forzó a tomar una decisión que marcaría una etapa en mi vida. Una marca que, lejos de amedrentarme, hizo que mi determinación se combinara con mi pasión: estudiar. Sí, solamente quería estudiar. Era la única forma de liberarme. Teniendo tres hijos me separé de Manuel: la vida a su lado se hizo imposible. Entonces conseguí el apoyo de mi madre que, como toda madre, sabe lo que es la vida de una mujer ngäbe. Me dijo: "Chiquita si tú quiere estudiar, ve, trabaja y ayuda con la comida en la casa, y lo que te quede úsalo para tu colegio. Yo cuidaré a tus hijos. Ellos son mis nietos. Quizá mañana me ayuden con un paquete de café."

Según la Contraloría General de República de Panamá,

existen en la Comarca 554 escuelas, 598 docentes y 11,319 estudiantes. Es decir, por cada docente hay 19 estudiantes. El porcentaje de niñas que se educan es mayor cada año. Cientos estudian fuera de las áreas comarcales.

Me matriculé en cuarto año en 1988. En la casa el piso era de tierra y, como no había luz eléctrica, nos alumbrábamos con lámparas de queroseno. Esa era la casa de donde tenía que partir y construirme un nombre de mujer ngäbe, que nada tiene que ver con lo que dicen los periódicos: que somos haraganes y que lo único que hacemos es parir chiquillos por montones, llenos de lombrices, y que caminamos con la cabeza agachada detrás de nuestro marido. ¡No! Yo no era así. La educación era el medio para demostrarles a todos: a mi padre, a la sociedad, a los hombres machistas y a cientos de mujeres, que ese no era mi papel. Continué en el colegio nocturno. Había pocas mujeres estudiando. En la nocturna estudian las mujeres y los hombres que, por diversas razones, no podían estudiar de día. Como era el caso mío.

En el primer día de clases de cuarto año, había 30 estudiantes matriculados. Al terminar, en 1990, solo nos graduamos ocho: una mujer y siete hombres. Fue difícil, pero valió la pena. Me separé de mi primera pareja totalmente. Tenía temor de cómo salir adelante con mis tres hijos. ¿Quién iba a alimentarlos? Tuve el apoyo incondicional mi madre. Y mi padre, al ver mis propios progresos, me extendió sus manos de ayuda. Y me dijo: "Chiquita, yo te voy a ayudar con lo poco que tengo". Era ya bastante viejo. No tenía trabajo fijo. Y el dinero que se había ganado en finca bananera en su juventud, lo había gastado en alcohol. En ese momento se ganaba la vida limpiando potreros. Sembraba arroz, maíz y yuca en un pedazo de terreno que le regaló un amigo. Yo conseguí trabajo en una casa de familia de 7 de la mañana hasta las 5 de la

tarde. Y mi madre cuidaba de mis hijos: dos iban a la escuela y uno al Instituto Profesional y Técnico (IPT) de Remedios.

En quinto año conocí a William, un muchacho. Primero fuimos amigos. Luego nos unimos. Aún me faltaba aprender una lección más en la vida. Yo tenía 23 años y mi pareja 27; él por lo menos era flexible y me dejó terminar el colegio. Él no pudo terminarlo: se quedó en quinto año. Con él tuve tres hijos más. William era trabajador, pero le gustaba tomar y era mujeriego. Tenía un don para conquistar las mujeres. Más de una vez le perdoné sus infidelidades. Pensé que se corregiría y que, por sus hijos, iba quedarse a mi lado. Cuando cumplió los treinta y siete años, de la noche a la mañana empezó a llegar los fines de semanas más borracho y no me daba plata para la comida. Yo no le podía decir nada. Si no me callaba, me insultaba. Me decía: perra, prostituta, que lo andaba “quemando” con un vecino, que los hijos no eran de él y que ya estaba vieja. Se mantenía callado cuando le pasaba la jumera. Un lunes de mañana, en 1998, me dio una golpiza. Tuve que ir a un centro de salud. Sentada en el borde de la camilla un agente me preguntaba cómo había pasado todo. Un doctor, alto, trigueño, con bigote pronunciado, observaba en silencio como iba mi recuperación producto de los golpes. Tenía moretones en todo el cuerpo. Casi pierdo un ojo y el otro lo tenía casi cerrado. Trataba de hablar, pero me costaba respirar y sentía un dolor insoportable en todo el cuerpo. El agente se fue con algunas respuestas sin sentido; el doctor me tomó de las manos y me dijo que estaba fuera de peligro, que en unos pocos días saldría sana y salva, aunque tenía rota una costilla. Me marché dos semanas más tarde del centro de salud por mi propia cuenta. Desde ese momento, me separé definitivamente de mi pareja. No me permitiría jamás la mentalidad de una sumisa que se atara a ese atraso social.

En ese momento fue que comprendí que yo era la única responsable de mi felicidad. La única persona capaz de valorarme. Y estimarme. Sí, yo misma, Elena Pinto, era la responsable. Y esa responsabilidad la iba a cumplir con gran orgullo. Eso era lo que tenía que hacer, pero antes tenía que sacrificarme trabajando y disciplinado a mis hijos: los que estaban en la universidad y los que estaban en el colegio y en la escuela. Que tuvieran lo que yo no tuve: una educación.

Durante quince años, trabajé como nunca antes, para que Alberto, Juan, Freddy, Marco y Javier pudieran vivir con dignidad en un país que exige competitividad. Los más pequeños se graduaron como técnicos, viven y trabajan en David en tiendas electrónicas. Alberto y Juan son ingenieros mecánicos y trabajan en la capital.

El año pasado concluí mi carrera en la Universidad Autónoma de Chiriquí. Inmediatamente me contrataron como promotora social de salud en la Comarca donde trabajo con orgullo y pasión, porque yo, Elena Pinto, quiero cambiar el mundo de los ngäbe.

Camilo Reyes logró educar a sus cinco hijos

Luis Montenegro Concepción

¡Camilo Reyes, Nubochi Tigro, tú eres un ngäbe, levántate, lucha! Todos los días, temprano en la mañana, mientras suena la alarma de mi celular, y los gallos cantan casi como si tronaran, me levanto de la cama rápidamente para ir por mi taza de café matutina, que es algo que nunca puede faltar. Luego de un largo rato bajo la ducha, de vestirme y salir, recibo el primer rayo del sol que se asoma entre las altas y frías montañas, anunciando el inicio de la jornada laboral. El primero en llegar es el señor Andrés, que viene buscando el pan, para poder comer. Todavía es temprano y debo empezar a acomodar los productos, pero aun así, le vendo lo que necesita sin problemas. Desde que tengo 13 años, mi padre me heredó este negocio. Me dedico a la venta de víveres y productos para la vida cotidiana, ya que tengo mi propia abarrotería. Inicio las ventas desde las 7 de la mañana, hasta más o menos las 10 de la noche, ya que los problemas de inseguridad por acá no son cotidianos, la tienda nos ayuda bastante para mantenernos a flote, ya que yo antes, junto a mi familia, pasábamos problemas económicos y subsistíamos con lo poco que teníamos. Yo intenté estudiar y logré llegar hasta el tercer grado. Lo poco que sé de matemáticas, es lo básico. Tuve que aprender en casa para mantener el negocio. Los estudios no me funcionaron porque no me alcanzaba el dinero para viajar desde Llano Tugrí hasta Chamí: lo único que me acompañaba el bolsillo eran 25 centavos; no podía mantener la educación a flote. Para apoyar a la familia tuve que salir a trabajar al campo como la mayoría de hombres de la Comarca. Ya con 21 años, encontré a Yolita, la que actualmente

es mi esposa. Ella tenía en ese tiempo 17 años. Ya tenemos muchos años juntos, tengo 56 y cinco hijos con ella, que son lo más importante para mí. Actualmente vivimos en Llano Tugrí, cerca del Cerro Blanco, en la Comarca Ngäbe-Buglé. Uno de mis sueños principales era ver a mis hijos crecer y convertirse en profesionales, ya que desde hace 15 años la educación es algo importante para los ngäbe. Existe una población de más de 5,000 estudiantes en diferentes puntos de la Comarca.

Para mi felicidad, logré cumplir parte de mi sueño: pude ver este año a mi hijo mayor, Juan, graduarse en la Universidad Autónoma de Chiriquí (UNACHI), como educador, específicamente como profesor de geografía. Él tiene 27 años y un gran futuro por delante. El punto algo triste es que mi tercer hijo, Miguel, abandonó la escuela, irónicamente o por azares del destino fue a la misma edad que yo, hace un par de años. Por razones distintas, claro está, él decidió que la educación no era importante; pero como todo tiene solución y no me gustan los maleantes, lo mandé a trabajar a la capital cerca del campo, para que ayudara a la familia.

El principal problema de la educación dentro de la comarca Ngäbe-Buglé, es el alto porcentaje de deserción escolar, el cual está relacionado con la gran cantidad de desempleo que existe en el área. Además, los estudiantes que asisten a las escuelas primarias y secundarias, enfrentan problemas por la falta de útiles escolares, el pago de su alojamiento y su alimentación.

Mi familia estuvo mucho tiempo con problemas económicos y con mucho esfuerzo logramos mantener a nuestros hijos en el estudio. Juan se fue de la Comarca, rumbo a la ciudad cuando terminó la secundaria. Tuvo la suerte de conseguir un trabajo mientras estudiaba, algo que ayudó bastante a nuestra economía y

podimos sostener a Juan estudiando sin problemas. Cuando yo estudiaba, recuerdo perfectamente que, sin importar la fuerza de la lluvia o el inclemente calor del sol, iba a la escuela a pie y, como no había carreteras, uno demoraba casi tres horas caminando. Pero aun así, llegaba casi siempre a tiempo. Ahora las carreteras están por todo el pueblo hasta la última parte donde está la capital Buabiti. Aunque existen carros que nos llevan hasta muy lejos por 50 centavos, el dinero actualmente no nos alcanza para todos los días, por eso el resto de mis hijos, la mayor parte de las veces se van a pie. Como hay carreteras, sólo demoran una hora y media normalmente.

Manuel, el segundo de mis hijos, logró llegar a la universidad, pero nada más estuvo dos años, ya que nuestros problemas de economía y los choques sociales no permitieron que él terminara. Actualmente él se encuentra trabajando en Ciudad Panamá, para poder ayudarse él y su familia.

Se sabe que de cada 10 estudiantes que se gradúan de secundaria sólo 5 continúa sus estudios universitarios.

Todos mis hijos han recorrido los mismos caminos que yo, porque los trato de criar con entusiasmo y buenos valores, pero, siempre, siempre, sin olvidar su cultura y sus raíces. En mi tienda logro vender muchos productos, desde arroz, azúcar, jugos, soda y galletas de diferentes sabores. Así logro ganar entre 30 y 40 dólares al día, lo que semanalmente serían unos 240 o 260 dólares, que nos permiten vivir, pero sin los lujos que podrían tener otras familias, ya que gastamos en comprar más productos unos 200 dólares semanales. Es decir, es un corto margen de ganancia. Afortunadamente, algunos hombres del gobierno, llegaron hace unos años a la Comarca, con el proyecto de Techos de Esperanza, que nos sirvió para tener casas más cómodas, servicios de luz eléctrica y de agua potable. Un

proyecto del gobierno llamado “Cero letrinas” aún no llega hasta acá: seguimos usando letrinas, pero con la casa estamos bien por el momento.

Muchos de nosotros cuidamos el ambiente, pero aún se pueden ver calles, ríos o lagos con basura, que la gente no recoge. Algunos de nuestros jóvenes están empezando a preocuparse por el calentamiento global.

En nuestra casa, no hay más animales que perros y gatos. Muchos de nuestros vecinos tienen ganado y caballos que sirven para vender y comer; a veces yo hago intercambio entre nuestra mercancía y sus frutas o carnes, para poder variar la alimentación.

Luis, mi cuarto hijo, me decía desde pequeño, que él quería ser diferente: no quería trabajar en el campo. Logró estudiar hasta tercer año, pero se salió para trabajar un tiempo. Gracias a Dios, llegó el proyecto de estudios nocturnos y pudo continuar. Está en sexto año y sigue trabajando.

El gran problema es que una gran cantidad de jóvenes están empezando a perder su lengua materna y se sienten avergonzados de ser ngäbe.

Yo, como padre, siempre refuerzo la enseñanza del idioma ngäbere porque las generaciones de ahora están perdiendo su cultura y sienten vergüenza de sus raíces. Yo, siempre que puedo, les digo a mis hijos que están mayores y viven afuera, que les hablen a sus hijos de seguir con sus raíces y no sentirse avergonzados de las mismas. A los dos que aún me quedan acá, en la Comarca, les insisto en nuestra lengua y nuestras costumbres.

María, que es la niña más pequeña, se encuentra cursando el quinto año del colegio secundario. Ella también quiere ser profesora: dentro de la Comarca los jóvenes casi siempre estudian educación, no porque quieran, sino porque les toca y es lo más seguro o lo que mejor les ayuda económicamente. En la Comarca

no se necesitan periodistas ni administradores de empresas ni nada por el estilo, sino gente que venga a enseñar. Y María tiene las ganas de enseñar.

Un 11% de la población comarcal llega a graduarse a nivel universitario.

Cada noche, al momento de cerrar mi tienda, me siento un rato a pensar en cómo será el mañana o el futuro lejano y, al final, siempre termino pensando en mis hijos y en los hijos de mis hijos y en sus nietos. Al final siempre pienso qué debo hacer siempre para que ellos no pasen lo que yo pasé. Quiero que ellos tengan una mejor vida que la mía. Para mí una taza de té de tilo es suficiente para ir a descansar y prepararme para reabrir la tienda mañana otra vez a las 7 am y atender a todo aquel que necesite productos.

Con tanto esfuerzo, he logrado que uno de mis cinco hijos consiga graduarse de la universidad como profesor de geografía. A pesar de que ahora, con el transcurrir de los años, las necesidades son ligeramente menos: aún perduran las necesidades. No siempre podemos decir que logramos comer los tres turnos del día.

El orgullo de hablar en Ngäbere

Por Darío J. Fernández Guerra

De mirada tímida, pelo lacio, peinado hacia la izquierda, zapatos negros con tacones que, a lágrimas y sudor, le compró su padre, Daniel Reyes entró al salón de reuniones del Colegio y Centro Regional Universitario de Llano Nopo, en la Comarca Ngäbe Buglé, con una idea en su mente: Quiero ser diputado juvenil. Intranquilo esperó su turno para hablar en el debate de candidatos y, al oír su nombre, a pesar del cansancio por haber caminado dos horas hasta allí, se levantó y salió trémulo hacia el escenario, mientras las palpitaciones de su pecho amenazaban con destrabarlo la insignia de la escuela Diri Jue suliäwadabiti.

Se detuvo frente a trece estudiantes: tres Ngäbe y diez campesinos, un moderador y varios profesores dispuestos a escuchar su propuesta. Y, como su asesor le enseñó, saludó a todos dando los buenos días en Ngäbere:

- Kobo Kuin Dego.

Para su sorpresa, sobrevino un silencio... y, luego vinieron carcajadas y miradas de burla. No entendía por qué los Ngäbe y campesinos se reían de su saludo en su lengua materna.

Ese amanecer se había despertado en Cerro Javilla con el canto del gallo. Se vistió de uniforme para opinar en el debate de candidatos a legisladores juveniles y caminó durante dos horas hacia la escuela de Llano Nopo.

En la comarca Ngabë Buglé todos andan a pie o montan caballo. Para poder ir a educarse cruzan montañas y ríos en los que muchos mueren por las cabezas de agua que produce la lluvia. La última víctima del río Tabasará, una alumna de dieciséis años, había muerto esa noche. Para suerte de Daniel, la ruta desde su

casa hasta Llano Ñopo no es peligrosa. Estos caminos los conocen bien los actuales diputados: Crecencia Prado y Jaime Pedrol, quienes alzan sus voces en la Asamblea Legislativa para defender las leyes y la cultura Ngabë,

--Yo camino dos horas desde Cerro Javilla, dijo cabizbajo Daniel a los presentes.

Nacido en el año 2000, de niño jugaba solo. Su madre era ama de casa. No tuvo más hijos. Su padre trabajaba la tierra y cosechaba yuca y arroz entre otros productos para el consumo casero, pero ahora hacía trabajos eventuales en la ciudad de David, para comprar los materiales que a Daniel le pedían en la escuela.

--Quiero estudiar Derecho, dijo a los allí presentes. Para cumplir este propósito debo salir de la Comarca, porque en Llano Ñopo la Universidad Autónoma de Chiriquí solo tiene carreras de docencia. Quiero ser como Jaime y Crecencia, alguien que pueda batallar por el respeto a la naturaleza, las tradiciones y la educación.

Los demás candidatos han ofrecido cambios que ni el presidente Varela, que maneja fondos del Estado, ha logrado. Yo quiero cambiar esta situación. Esto es posible para los Ngäbe. Los diputados juveniles son los que tienen la iniciativa y son los que pueden, mediante la carrera política, escuchar las soluciones que los demás jóvenes plantean para darle solución a temas trascendentes a nivel regional o nacional, en lugar de preocuparse por autos sofisticados.

En la Asamblea Nacional hay tres circuitos legislativos indígenas, antes de las elecciones del domingo 2 de mayo de 2004, la región indígena Ngäbe Buglé (como se llamaba antes a la Comarca, fundada mediante la ley del 10 de marzo de 1997) era un circuito legislativo de la provincia de Chiriquí. En ese entonces fueron diputados Serafín Palacio, Julio Montezuma y Ernesto

Girón. Pero los primeros en este circuito comarcal habían sido: Benito Cases y Crecencia Prado, la cual fue reelecta representando a la región Kodridri, conformada por los distritos de Müna y Ñürum; Patricio Montezuma e Irene Gallego legislaron para la región Nedrini, integrada por los distritos de Besikó, Mironó y Nole Duima. Actualmente esa curul la ocupan Jaime Pedrol, Bernardo Abrego y Leopoldo Archibold en los distritos de Kankintú, Kusapín. Jirondai y Calovébora, los cuales conforman la región Ño Kribo, representada en este momento por Asencio Palacios.

Habló con propiedad. Era evidente que Daniel tenía, desde ya, una postura: Solo el pueblo salva al pueblo, dijo. Ni el Partido Revolucionario Democrático que el General Omar Torrijos dejó en la comarca con los asentamientos campesinos cuando repartía animales para las comunidades aborígenes, era valedero para él. Por tal razón, cuando terminó la mofa que le hacían por saludar en Ngäbere, aunque le falsearon las piernas y una gota de sudor recorrió su espalda, no titubeó. Se irguió aún más. Habló con más fuerza:

--Sucedee que cuando algunos ngäbe tienen más recursos económicos, son profesionales o se rodean de los latinos, dejan de hablar su idioma: lo ven como algo antiguo, penoso, innecesario. Entonces no lo enseñan a sus hijos.

Según el Censo Nacional del 2010, más de 40,000 indígenas Ngäbe Buglé migran primordialmente a las ciudades de Panamá para ser empleados domésticos u obreros, y alrededor de quince mil viajan al distrito de Boquete y a Costa Rica para trabajar en cafetales. Al final, Daniel, con un gesto de respeto, repitió: Kobo Kuin Dego. Y a pesar de que aún se le atragantaban las palabras, no se detuvo.

-Soy ngäbe, dijo. Estoy orgulloso de mi sangre y de mi lengua.

Nadie volvió a reír. En la concurrencia, dos pequeños:

un ngäbe y un campesino, respondieron:

-Kobo Kuin Dego, Timorogo.

Habían agregado a los Buenos días, la palabra amigo.

Entre Mama Tata y el Dios cristiano

Jahir Rafael Mendoza

—Yo estoy bien con lo que soy, remarca Jeremías. Quizás es porque mi mente está centrada en lo que mis padres me dicen, agrega mirando a su compañero.

—Panamá es democrático, así que..., se detuvo entre risas Efigenio, añadiendo una broma a la conversación. Todos se carcajearon. Y continúa:

—Existen personas que se burlan, pero sí, hay unos cuantos que creen en la iglesia de Mama Tata. Los he escuchado y yo pienso que está bien.

Las creencias tradicionales ngäbe, se basan en el credo de un mundo espiritual que mora en Njöbo, que significa Dios. La divinidad reside en el Agua, primer ser viviente y sagrado; y en la Tierra, fruto de la naturaleza para los pueblos. Mama Tata, que se refiere al Dios creador de todo, es su última representación, como movimiento religioso iniciado a principios de los años sesenta, producto del sufrimiento y necesidad ngäbe. Esta religión consiguió unirlos espiritualmente y darles un propósito.

Jeremías, de 17 años, y, Efigenio, de 18, son estudiantes de sexto año de la escuela de Llano Ñopo, en la región de Kodriri. Bello el poblado. Campos vastos de tierra trabajada, casitas ocres y pequeñas abarroterías, la escuela resguardada en un pequeño llano, en el seno de la montaña. El imponente río Tabasará, encauzado a través de la región boscosa entre pedregones y rocas.

Jeremías sale de la casa de sus padres. Ellos son trabajadores, pertenecientes a la iglesia evangélica. En conjunto, con los abuelos, le han enseñado a creer en Cristo.

Él no puede tomar el autobús. Desde Bajo Mosquito, el pasaje es mayor a un balboa, así que comienza a

caminar por aquella carretera entre paisajes pincelados con tierra viva y cielo sollozante.

La Comarca no es diferente de nuestra sociedad: en temas de religión existe una gran variedad al respecto. El porcentaje de creyentes de Mama Tata es mínimo, el bahaísmo está presente con un 10% de la población, las iglesias protestantes, evangélicas y, en especial, las católicas, son las que más se pueden encontrar en tierras ngäbe.

Ya ha pasado una hora, Jeremías escucha acercarse un automóvil a sus espaldas, se voltea y es el pequeño bus, conocido como “la chiva”. El conductor hace gestos de detenerse, pero Jeremías no lo ve necesario, reniega con la mirada y continúa luego de que el vehículo lo rebasa. Está a media hora de camino y prefiere guardar su dinero.

Ha llegado al zarzo, al puente colgante que supera el Tabasará. Como de costumbre, camina sin que el movimiento le cause preocupación. El puente se bambolea y se mueve de arriba abajo, cual marea que podría marear a cualquier débil marinero.

Efigenio, por su parte, vive más cerca del centro educativo. Son cinco minutos, desde su vivienda en Cerro Mosquito, por los que pagaría veinticinco centavos. Pero su tío lo lleva en carro hasta el elevado paso sobre el río. Cruza, mira hacia un lado, mira hacia abajo: la corriente del río, el viento con chispas de agua en su rostro, la vista del exuberante verde. Todo es regular para él. En su mente se encuentran otras cosas: lo que dijo su profesor ayer. Yo que le iba a contar a un compañero al llegar a clases. El sube la pendiente, no toda de acera, no toda estable: a los lados hay botellas, bolsas, envolturas de productos y comida; es un área diferente y algo descuidada, pero Efigenio sigue su andar a clases.

En la escuela le enseñan religión, tienen imágenes y esculturas de Jesús y de la Virgen María; tienen, in-

cluso, una iglesia católica cerca. Pero Efigenio ha sido curioso, ha sido influido por su abuelo, a quien un día le preguntó: ¿Qué es Mama Tata?

Su abuelo se sentó, tomó aire y con el sonido de la brisa y de las aves, le habló de la creencia ngäbe, del Dios Creador de todo, Mama Tata; de cómo le concedió el don a una mujer, Delia Bejerano Atencio, para que, por medio de su visión, los pueblos indígenas se liberaran de la opresión de los gobiernos de Panamá.

Los pueblos se unían, Ngäbe y Buglé. Todos veían la divinidad en la mujer. Ella, con la ayuda de su gente, logró hacerse oír, cuando, en un peregrinaje por el distrito, hoy nombrado con el nombre autóctono de Delia, "Besikó", en el llano de Boca de Balsa, las tropas del general Omar Torrijos se adentraron en el paradero. Ellos veían la bandera de Mama Tata como algo no patriota, algo ajeno a Panamá. Los indígenas se opusieron a bajar su insignia de fe, los "suliares" o latinos, izaron la bandera del istmo. Y con el celeste viento a sus espaldas y el sereno entendimiento de las tropas, ninguna calamidad sucedió. Los ngäbe hicieron respetar su bandera, que no solo representaba a un Dios, sino a una tradición, a un pueblo, a personas.

Esa es la historia que Efigenio conoce: los sucesos del 22 de septiembre de 1962, los cuales pasaron a crear, con la Ley 10, lo que es hoy la Comarca. Pero esa anécdota, y también las prácticas relacionadas con las costumbres ngäbe, con la tierra, el agua, la vida, la muerte, Mama Tata, no eran más que motivo de burla para muchos. Él, Efigenio, sabía que, hablar de eso, era solo causa de risa. Ya sea porque las personas rechazan el tema o porque, satirizar las entidades divinas, les parecía gracioso.

Los jóvenes de esta generación se concentran en su propia vida, en sus estudios, en la situación de la Comarca. Algunos aspiran a salir; la mayoría, a quedarse y trabajar para los suyos. La religión, la espi-

tualidad es solo otra parte común de sus días.

Algunos asisten devotamente a la Iglesia, como Jeremías, quien se siente conforme con lo que su familia le enseñó.

—Mis abuelos dicen que la iglesia produce un cambio en uno, y ellos así se sienten con la iglesia evangélica: allí se comparte normal, como yo digo, desde que crecí no me hablaron mucho de Mama Tata. Mis padres y mis abuelos no le tomaron importancia a eso. Yo estoy bien con lo que soy. Quizás porque mi mente está centrada en lo que mis padres me dicen.

—Panamá es democrático así que..., se detuvo entre risas, Efigenio Saldaña, añadiendo una broma a la conversación. Todos se carcajearon. Y continuó: existen personas que se burlan, pero sí hay unos cuantos que creen en la iglesia de Mama Tata. He escuchado y yo pienso que está bien.

Jeremías concuerda: Sí, cada quien es libre de escoger su religión.

—Yo digo que el mundo es pecador, indicó Efigenio. Todos van a decidir por lo suyo; yo no puedo hablar por ellos, pero, por ejemplo, yo quiero cambiar y agarré esto y con esta iglesia me voy porque voy y muero con ella.

—Las creencias de las personas se deben respetar, finalizó Jeremías. Esa es la posición de los jóvenes: su credo no es algo que les impide ser compañeros, ser amigos. Como nosotros.

Así es, en aquel recinto, entre verjas, con mesas y bancas de cemento, ambos estudiantes conversan y comparten en igualdad, sin que importe a qué religión pertenecen.

El río Tabasará quería llevarse a mi hijo

Benita de León

¡Lo necesito y lo quiero conmigo!, fueron las palabras que elevó don Luzmaldo a Dios, justo en el momento en que la tristeza empañaba sus ojos, al enterarse de que su hijo había sido arrastrado por la corriente del río Tabasará, crecido de sus aguas en aquella mañana de septiembre en que suele ser más caudaloso en la comunidad de Llano Ñopo, región de Kodriri, comarca Ngäbe-Buglé.

El clima en la Comarca es típicamente tropical. El 90% de la lluvia ocurre entre los meses de mayo a noviembre y el 10% restante se registra entre los meses de diciembre a abril, según Hidrometeorología de Etesa. El porcentaje de lluvias en el área, sumado a las 20 cuencas hidrográficas, y la creciente del cauce de sus ríos, representan un peligro latente para los habitantes.

Amael Javilla, el quinto de los doce hijos de don Luzmaldo Javilla y Melida Reyes, nació cuando su madre tenía 29 años y cuatro hijos anteriores. En el momento del nacimiento, el padre contó los minutos en las manecillas del reloj.

Subsistir en tierras comarcales con cinco hijos es, hasta la fecha, sinónimo de esfuerzo, sudor y trabajo para el hombre de la familia, que tiene la responsabilidad de su descendencia. Para poder sobrevivir hay que atender la producción del cultivo de las tierras, el cuido y cría de animales de consumo, y más aún: atender cualquier trabajo que salga.

El señor Luzmaldo salió en busca de leña a unos metros de la orilla del río Tabasará, con el fin de almacenarla para cocinar; su esposa, Melida, aún se encontraba realizando los quehaceres del hogar, pero al abrir el grifo no salía agua. Inmediatamente pensó ir

hasta la orilla del río. Solo le tomaría unos minutos llegar hasta allí. Aprovecharía la oportunidad para limpiar los tres pollos para la comida del día.

—Nuera, he abierto el grifo varias veces y no hay agua.

—Melida, no vayas: aún queda un poco de agua en casa, dijo el esposo.

Pero, con los pollos en mano y una cubeta para el agua, decidió ir. Todos los chiquillos le corrieron detrás, incluyendo a Amael, de tres añitos de edad.

Al llegar a la orilla, aunque la señora Melida se percató de que el río estaba caudaloso, no tuvo preocupación alguna.

El río Tabasará es el tercero más importante de Panamá, con una extensión longitudinal de 132,0 km. Es uno de los más peligrosos, según el Sistema Nacional de Protección Civil (SINAPROC). La precipitación media anual de la Comarca es la mayor del país, varía entre los 3200 y 4000 mm, con una media anual de 3711 mm/año, según Hidrometeorología de Etesa.

Todos sus hijos jugaban cerca de la orilla. Amael charqueaba detrás de su madre, entretenida con la limpieza de uno de los pollos. Pasaron así unos minutos... Un viento frío recorrió su cuerpo. Al voltearse, sus ojos se paralizaron: no pudo ver al pequeño. ¿Cómo no va a estar si hace un instante estaba aquí?, se preguntó. ¿Dónde, dónde está Amael? El caos y la desesperación invadieron su mente. Las lágrimas empezaron a recorrer su rostro. Aún recordaba las palabras de su esposo...

Pero había una esperanza: la posibilidad de que hubiese ido a la casa. Corrió y el pequeño Amael no estaba. Entonces fue que pensó lo que no quería pensar: La corriente del río se lo llevó. Seguramente una cabeza de agua hizo que el pequeño perdiera el balance y lo arrastró. Todo lo pensó en silencio ante la presencia de su madre.

Cuando el cauce de los ríos aumenta, se multiplican

los riesgos para los residentes en la Comarca. Padres y niños se aventuran en las traicioneras aguas, porque no tienen otra opción de mayor seguridad. De acuerdo con estadísticas del Servicio Nacional de Protección Civil (SINAPROC), se registran de 8 a 9 ahogados por año en la Comarca Ngäbe-Buglé.

En eso, una señora, cerca del lugar, gritó:

—¡Un niño, un niño...!

El señor Luzmaldo observó la corriente y lo vio a lo lejos. Sin pensarlo dos veces, se lanzó a aquellas aguas temerarias del mes de septiembre, con la esperanza de poder salvarlo.

Pudo tomar una de sus manos y logró sacarlo. Era su pequeño.

—Dios santo... ¡Es mi hijo! Padre Santo, ayúdame. Devuélvame, yo lo necesito.

Pero Amael estaba frío, con los ojos volteados.

Le dio masajes y palmadas con la esperanza de que reaccionara. Cada segundo era determinante. El tiempo se agotaba. Agonizaba. Era la segunda vez que su vida estaba a expensas de las manecillas del reloj con su hijo.

Tic, toc, tic, toc.

Más palmadas en la espalda, más respiración boca a boca. Una, dos, tres, una dos tres, y nada. Una cuarta vez lo intentó y seguía sin moverse. Hubo un quinto intento y ¡allí estaba! Sintió un aliento. Le dio masajes por todas partes. El niño comenzó a respirar. Sus ojos se abrieron. Luzmaldo sintió que volvía a nacer al escuchar el pequeño cuerpo reaccionar.

Sacar a la persona del agua sin ponerla en peligro, verificar la respiración, masaje cardiopulmonar, la respiración boca a boca, suelen unas de las técnicas que practicaría un especialista en estos casos, pero Salud Comarcal recomienda que llamen a personal capacitado para atender emergencias por ahogamientos. La persona que se enfrenta a esta situación es un reloj

de tiempo, con los minutos contados, pero la llamada a emergencias asegura el equipo, el personal y el traslado hasta el lugar de los hechos con ayuda de un helicóptero que facilita la atención.

Gracias a ti, padre Santo, porque me has ayudado, porque me has devuelto a mi hijo.

Retornaron a casa. Su madre no se había normalizado.

—¡Mamá, me levanté...!, dijo el pequeño Amael al verla.

Esta frase alivió la angustia. Al fin tenía su hijo ante sus ojos.

Un ngäbe profesor de inglés

Keyla Villarreal

Fernando Ellington es un ngäbe profesor de inglés. Él, además del ngäbere, habla español e inglés. Tal vez por esa razón no se dejaba impresionar por la estudiante de periodismo. Con mucha expectativa y algo de escepticismo posó su mirada fija en ella... La joven chiricana, de apenas 20 años, deseaba hacerle una entrevista. Los ojos del educador reflejaban hondura y lecturas. Su cabello negro, algunos rayos blancos, su piel un poco arrugada, no era ni negra, ni trigueña, era de un color chocolate, tal vez único. Todo él emanaba un olor a naturaleza, característico de su pueblo. Sus labios mostraban una sonrisa a medias, que expresaba sensatez, amabilidad y respeto hacia esta joven estudiante que no sabe qué es ir a la escuela sin desayunar, pues, en su cultura religiosa, los ayunos se hacen como ofrenda a su dios cristiano, pero no porque uno no tenga qué comer.

—Buenos días, mi nombre es Keyla... Extendieron sus manos para estrecharlas y crear una conexión un tanto más cercana. Él movió su cabeza, levemente, hacia abajo como una especie de saludo... Ella sonrió y tomó asiento frente a él.

—Y dígame: ¿cuál es su nombre?

—Mucho gusto, me llamo Fernando Ellington, soy profesor y traductor de tres idiomas: ngäbere, español y, especialmente, inglés.

—¡Wow! ¿De dónde viene su apellido?, pregunta ella dudando si en verdad su ascendencia es ngäbe.

—Mi padre se crió desde muy pequeño en Changuinola, provincia de Bocas del Toro. Él me contó que un día un señor le preguntó por su nombre completo y mi padre respondió que no sabía su apellido, ya que, por falta de recursos, nunca fue registrado. Su abuela fue

quien se hizo cargo de los hijos. Finalmente, el señor, de palabra, le dio el apellido Ellington a mi padre.

El maestro Ellington actualmente imparte clases de primaria en la escuela del pueblo de Llano Nopo, en la comarca ngäbe, ubicada a tres horas de la entrada de San Félix en Chiriquí, Panamá.

En aras de entablar una conversación que rompiera el hielo, la joven estudiante le dijo:

—Desde muy pequeña mi padre me enseñó que debemos respetar a los ngäbe, porque, gracias a ustedes, nosotros los latinos vivimos en esta tierra que primero poblaron ustedes. A él le debo esta gran admiración hacia su pueblo: pienso que son personas que saben hablar dos idiomas. Yo solo sé hablar español, al igual que la mayoría de mis compañeros.

—Yo no quería ser maestro. Desde pequeño quería ser abogado o ingeniero agrónomo, pero lo que uno se propone, Dios lo dispone, así que, como no pude, decidí hablar inglés porque mi papá hablaba inglés, “guari guari”. El inglés va a tener importancia en el futuro. A Bocas del Toro van muchas personas que hablan inglés.

De acuerdo con estimaciones del cacique, del 10% de los jóvenes que viven en la Comarca, el 7% asiste a la escuela y el 4% llega a la universidad. El resto no culmina la escuela porque las condiciones no lo permiten: no cuentan con apoyo familiar o deben empezar a trabajar muy tempranamente.

Ellington es padre de cuatro hijos: uno de 7, otro de 10 años y dos adolescentes (una de 14 y otra de 16). Todos estudian y viven con su madre en la costa atlántica, en la provincia de Bocas del Toro.

—Les he hablado a mis hijos sobre el valor de estudiar y prepararse, porque la vida no es fácil para los pobres. Tenemos que hacer mucho sacrificio.

Desde el 12 de agosto del 2005, el gobierno impulsa el programa de Educación Intercultural Bilingüe (EBI).

La ley 88 reconoce la diversidad cultural y las lenguas de los siete pueblos indígenas existentes en Panamá. Después de siglos, esto constituye un logro histórico en el proceso de reconocimiento de las culturas autóctonas.

A partir de allí, "la inquietud de la dirigencia indígena, de la Comarca y de la población aumentó, porque, cómo puede tomar auge este tipo de programa si no hay fondos, no tiene personal para capacitar a los educadores ngäbe y los que no lo son".

Nos cuenta el maestro Ellington que "gracias al trabajo de los antecesores como Ana Montalvana, Blas Quintero y Cleto Montero, el creador de un diccionario ngäbe-español, ahora se puede hablar y escribir ngäbere a través del patrón que nos heredaron".

Aunque el maestro Ellington reconoce el trabajo de sus predecesores, sabe que se necesita más. "Ellos son solo un grupo pequeño de impulsores de nuestro idioma. Pero nos damos cuenta de que aún falta mucho: para capacitar a nivel de la Comarca a todos los alumnos, educadores ngäbe y latinos, es un trabajo grande. Se necesitan fondos para la movilización, la alimentación y también crear material didáctico".

Esto no es solamente identidad, esto es mucho más. Hay que mirarlo con una lupa bien amplia porque las situaciones de la educación en la Comarca son varias: la parte económica, social y geográfica influyen mucho.

"Todo el mundo quiere ser ngäbe en estos días", atestigua sin titubear el maestro Ellington. Hay un reconocimiento del idioma ngäbere. Los profesionales latinos, por el oportunismo de obtener una permanencia en la Comarca, quieren aprender a hablarlo, ya que la remuneración del educador es muy buena. Otros, por sus aspiraciones políticas y para la búsqueda de votos, dicen saber hablarlo. En cada período de campaña se incluye a los ngäbe y, luego de obtenidos los

beneficios, los dejan en el olvido.

—Mírenme en el espejo: ¿ustedes creen que yo nací en una cuna de oro?, exclama el maestro a sus estudiantes. ¡Esto es un sacrificio! Ustedes serán el día de mañana profesionales, médicos, ingenieros, arquitectos, periodistas, maestros...

Al oírlo hablar así, algunos lo toman en serio y otros se ríen porque lo ven como algo inalcanzable.

Ellington en ocasiones deja de ser educador para orientar y motivar a sus alumnos. Él tiene interés en escribir un libro en los tres idiomas que habla. "Ser traductor es mi habilidad. Quiero escribir una guía para sintetizar la enseñanza del idioma, porque no es lo mismo enseñar en el área urbana que en la rural". Llano Nopo y otros pueblos aledaños son áreas de difícil acceso. Hay niños que demoran hasta dos horas porque tienen que cruzar cuatro ríos. Hay niños que no tienen apoyo de la mamá o del papá. "Usted pone la tarea y regresa tal como se fue", dice. Algunos padres no saben escribir y los que saben están ocupados trabajando. Hay niños, incluso, que han perdido la vida camino a la escuela. "El año pasado, en un tiempo como este (invierno), un niño, sin saber el peligro, se tiró al agua del río Tabasará y se ahogó. Antes no salían de clases hasta cumplir las 8 horas, ahora apenas se oscurece el cielo, les decimos: "Niños vayan para la casa". Hay niños que no desayunan. "El otro día se desmayó un niño que venía de Cerro Grande, que está a dos horas de camino". Muchos de ellos se levantan a las 4:00 a.m. para entrar a las 7:00 a.m. e iniciar las clases.

Cuando Ellington inició clases en la escuela de Llano Nopo, uno de los estudiantes le dijo: "No quiero aprender a hablar ngäbere porque mis padres dicen que con ese idioma no podemos obtener un título que pague un buen salario". Así como ese niño, señala el profesor, hay otros niños que piensan lo mismo.

Ellington quería trabajar en la primaria porque, según dice, los niños pequeños tienen la memoria fresca. "A los niños de prekínder y kínder usted les enseña un idioma nuevo y lo captan muy rápidamente. Sin embargo, los que están entrando en su etapa de adolescentes tienen una mente más amplia sobre lo que quieren, pero en su mayoría no aceptan que se les enseñe inglés, ya que ellos tienen su propio idioma. Otros creen que aprender ngäbere no es necesario porque no está en el plan educativo.

Ante esta situación, Ellington decidió tomar un tiempo para fortalecer el ngäbere. "Les decía a mis alumnos constantemente: debemos rescatar el idioma. Si no le damos valor nosotros, que pertenecemos a este pueblo, quién se lo va a dar".

Poco a poco, Ellington, con la ayuda de los demás educadores y el respaldo del director de la escuela, ha creado conciencia tanto en los padres como en los niños. "Puedo decir que luego de cuatro años de esta lucha, una gran parte está consciente de que es necesario tomar en cuenta el inglés, el español y principalmente nuestra lengua nativa. Sabemos que falta mucho más por mejorar".

En la Escuela y Colegio de Llano Nopo hay diez profesores nativos que se reúnen semanalmente para discutir sobre la enseñanza que dan a sus estudiantes en cuanto al idioma y para crear estrategias o materiales didácticos que faciliten su aprendizaje desde prekínder hasta sexto grado de primaria. Los demás profesores que no son nativos se integran en ocasiones para ir familiarizándose con el ngäbe.

Ellington no se da cuenta, o quizás es tan humilde que aún no ve que forma parte de aquellos impulsores que en su momento se tomaron la tarea de hacer algo para disminuir la pérdida del idioma ngäbe entre los ngäbe.

Luego de un rato de hablar, el señor Ellington deja en

claro a la joven estudiante de periodismo que lo entrevista, que “hay dos tipos de maestros: los de cheque y los de vocación. Como en todo, hay buenos y malos”. Él no lo dice, pero todos en Llano Nopo saben que él es de vocación.

Keyla, con poco ánimo de marcharse..., mostró al profesor su enorme sonrisa y le dijo al maestro: Los estudiantes ngäbe que han llegado hasta la universidad o que ahora son profesionales, hablan con orgullo su lengua y visten sus ropas tradicionales. Ellos son la viva prueba de que algo está haciendo bien.

El maestro, admirado, le dio las gracias nuevamente estrechando sus manos, que esta vez demoraron más en soltarse:

—Ha sido un placer conocer a una bianchi (una latina) que aprecia a nuestro pueblo.

Habla el cacique Jeremías Montero

Manuel Santo Bejarano

Jeremías Montero no podrá olvidar nunca a Jerónimo Rodríguez Tugrí, un joven manifestante ngäbe que murió el 5 de febrero del 2012 por la bala de un policía, tras seis días de manifestación en el Cruce de San Félix. El motivo de la protesta: la explotación minera e hídrica llevada a cabo en la comarca Ngäbe-Buglé sin consulta de la comunidad.

Aún recuerda esa lucha y el dolor en su sangre por defender al pueblo ngäbe, un sueño real que nunca se le olvida a los suquias cuando están despiertos. Entregamos nuestra vida por una frase: “Cero minería, cero hidroeléctrica y cero explotación de los recursos naturales”, dice el dirigente.

Liderar un pueblo frente a la acción del gobierno por violentar los derechos humanos fue la razón que nos llevó a tirar piedras, bloquear la vía Interamericana, el “sulia” impone un proyecto de explotación de recursos naturales (oposición y solicitud de derogación de la ley 8, que reformaba la ley 63 del código minero, Proyecto Barro Blanco y proyecto de la mina de Cerro Colorado y otros, como Anteproyecto 415, donde se solicitaba la inclusión del artículo 5, que era la columna principal del proyecto de ley 415, ley especial), sin la debida consulta del pueblo, situaciones donde las dirigencias indígenas ngäbe fueron manipuladas por el gobierno.

El pueblo ngäbe debe salir caminando de la montaña hasta llegar a la vía Interamericana, para que les escuche su voz como autoridad tradicional: cambiar esos hermosos ríos por un proyecto que beneficie a los políticos corruptos no se puede permitir. Esta riqueza no se puede convertir en quebrada contaminada y, en un futuro, que se convierta en un lugar de

basuras y desechos, como se observa en la ciudad.

Jeremías vive en Llano Ñopo, cerca del río Tabasará, uno de los ríos más caudalosos de la zona. Él sale de su casa para ver la situación de su pueblo, con pie en la Interamericana, donde se encuentra la gran familia ngäbe del área de Kadriiri. Fue una manifestación pacífica: “La fuerza del pueblo me obliga y me da el valor para luchar, sentía un dolor por dentro al saber que algo malo podía pasar, mis sueños son defender como pueda mi pueblo”.

Él es cacique de la región Kadriiri. Se educó con muchas dificultades y esfuerzo. Piensa en La Comarca y su riqueza, en el legado del idioma y los recursos naturales. Lo triste es que el gobierno ha comprado la conciencia de algunos dirigentes para luego explotar sus riquezas, como el agua, situación que le preocupa a Jeremías.

Hoy más que nunca el pueblo panameño, los grupos étnicos, debemos organizarnos y continuar las luchas, para lograr nuevas conquistas, por nuestros recursos naturales y el fortalecimiento de las instituciones sociales...

Frases vehementes como estas se pronunciaron durante aquellas protestas del 2012:

“El pueblo es el que va a decidir a futuro el desarrollo de los proyectos y ponemos una serie de condicionamientos, porque antes trataban de imponer de manera inconsulta lo que querían desarrollar”. Para Montero, mediar en un tema como este es estar despierto para resolver los problemas o salir a la calle para tirar piedras o bloquear la vía Interamericana del país, para que se escuche su opinión ante el gobierno, ya que se violenta su derecho como pueblo.

Al bloquear la vía Interamericana, se logró bloquear la vía central del país. Una hora de cierre a la semana durante la manifestación. El sabor del café que se prueba en la protesta y en la vigilia es más amargo de

lo natural, pero hubo que servir más porque la población se unía a la manifestación desde distintos puntos.

El pueblo estaba en la calle, los enfrentamientos se extendieron desde las 5:45 de la mañana hasta la 3 de la tarde. A la medianoche se dio la orden de desalojar a la población. El 4 de febrero 2012, ya llevaban 6 días en el cruce de San Félix, donde se mantenía un total de 3,000 personas. La dirigencia pidió que los niños, las mujeres embarazadas y los ancianos abandonaran los distintos puntos de la manifestación (cruce de San Félix, Boca del Monte, Viguí, las Lomas, Volcán, Veraguas).

La represión era para desalojar a la población de la vía Interamericana: ngäbe que era visto en la calle era encarcelado. Se les golpeaba y se les conducía a la cárcel. Cerca de cien ngäbe fueron detenidos por la oposición y solicitud de derogación de la ley 8, que reformaba la ley 63 del código minero y la explotación de los recursos naturales. Uno de los líderes tradicionales, Celio Guerra, presidente del Congreso General, dirigía la población de San Félix.

“Solo peleé con piedra, Biombo con una piedrita para herir a los policías, palo para golpear si se podía, ya no se podía dormir hasta encontrar salida a nuestro problema”.

Cubrirse la cara con un trapo para luego lanzar la piedra desde una altura: queríamos despejar la vía Interamericana donde se mantenía la fuerza de los antimotines. Los rayos del sol quemaban la piel, la sed que no se podía calmar porque no había agua para beber ni una chicha de café.

Iniciaba la temporada de verano, permanecer por largo rato causaba más calor en la zona, donde se mantenían los grupos. Para que nadie abandonara el lugar del cierre, se generó un movimiento de jóvenes para mantener segura la protesta, porque el gobierno envió la orden de desalojar la vía Interamericana.

Según Jeremías, la lucha ha identificado a su pueblo: así se logró la Ley 10 en 1997 que constituyó la Comarca. Tuvimos que caminar a pie desde la Comarca hasta la presidencia en la capital de Panamá. De ahí nace la frase: “El pueblo ngäbe vivirá para siempre”, porque pasó un tiempo que había que salir de las montañas para exigir derechos y una porción de tierra para que pudiera vivir la futura generación.

Con esos sueños se viene luchando, hasta la actualidad, en el 2017. Aún se lucha por nuestros recursos naturales, como la riqueza hídrica, pues seguimos en ese tiempo en que el ngäbe no existía para el gobierno. En esta ocasión, para exigir la cancelación de uno de los proyectos, se portó pancarta con letreros que decían NAGARE BARRO BLANCO o TABASARÁ LIBRE, mensaje que no fue aceptado por el gobierno.

En defensa por nuestros recursos naturales fuimos a vivir en la calle, a exigir la cancelación, aspecto que nunca terminó bien ante los ojos del pueblo, Jeremías prueba su capacidad para liderar un pueblo milenario, una lucha que dejó huella en la vida de Jeremías, una manifestación que atrajo la atención de la cacica Silvia Carrera, Marco Samudio y otros líderes tradicionales que buscaron unidad ante este tema polémico. Una mañana, cuando sale el sol nace un silencio dentro de la familia tugrí, que vive en Buabiti (capital de la Comarca), en medio de los enfrentamientos. Es la historia de los ngäbe, que nos deja muchas huellas de lucha y mal sabor ante el gobierno nacional, trayectoria que no se puede olvidar por la memoria de mártires como Jerónimo Rodríguez Tugrí. Al respecto hemos dejado claro que nadie podrá intentar negociar los recursos hídricos sin la consulta de la población, que exige que se les respete sus derechos como pueblos originarios.

No hubo comida en los restaurantes, los dirigentes y la población ngäbe probaron el último café amargo,

sin azúcar.

Al frente del Ministerio de Seguridad del gobierno del presidente Ricardo Martinelli estaba José Raúl Mulino y el director de Policía era Gustavo Pérez. Fue una lucha del pueblo contra el gobierno, cuya represión de las protestas trajo tristeza a la familia de Jerónimo Rodríguez Tugrí. Tanto su esposa como su pueblo quedaron con heridas que nunca se podrán cicatrizar, en la memoria de sus compañeros que lucharon por la defensa de la Comarca Ngäbe-Buglé.

Una vez más el gobierno masacró al pueblo Ngäbe-Buglé en lugar de cumplir con los acuerdos pactados, cuyo saldo fue de al menos tres personas muertas, decenas de heridos, cientos de detenidos, represión, violación del derecho a la información y comunicación (suspensión arbitraria de las líneas de telefonía móvil), todo en flagrantes violaciones a normas nacionales e internacionales de los derechos humanos.

Autores de las crónicas

Adrián Fallas Gairaud (San José, Costa Rica, 1994). Bachiller en Periodismo. Finaliza la Licenciatura en Comunicación de Masas en la Universidad Federada San Judas Tadeo. Ha trabajado en varias publicaciones periódicas y medios radiofónicos: Noticias Monumental, Cámara Nacional de Radiodifusión (CANARA), *Revista Mercados y Tendencias* y *Primera Plana*, donde publicó la crónica “El silencio de la inocente”.

Andrey Araya Rojas (Limón, Costa Rica, 1980). Periodista y escritor. Profesor de los cursos Géneros de Información y Periodismo Interpretativo en la Universidad Federada San Judas Tadeo. Ha publicado el libro de cuentos *Todavía el Olvido*, bajo el sello de la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia (EUNED, 2014) y el “Comentario crítico de Periodismo al Límite: Más de cien años de crónicas latinoamericanas (Ediciones COMOARTES, España, 2013). Sus microrelatos han sido publicados en antologías en España y Argentina. Ha colaborado con reseñas y crónicas en revistas digitales costarricenses como *Literofilia* y *Vacío*. En 2014 ganó el Premio Joven Creación de la Editorial Costa Rica por la crónica periodística “Adrian Blues”.

Benita Jazmín de León (David, Chiriquí, Panamá, 1996). Bachiller en Ciencias, Colegio Félix Olivares Contreras. Actualmente es estudiante de la Universidad Autónoma de Chiriquí, donde cursa la Licenciatura en Periodismo con Especialización en Dirección de Medios Informativos. Ha participado como locutora del programa Impacto Estudiantil transmitido por Radio Universitaria, y colaborado con el departamento de Relaciones Públicas de la Universidad Autónoma de Chiriquí; además realiza prácticas en Federal Radio

en la provincia de Chiriquí. Forma parte del staff de El Hashtag TV como presentadora.

Darío J. Fernández Guerra (David, Chiriquí, Panamá, 1997). Bachiller en Humanidades, actualmente cursa el tercer año de la Licenciatura en Periodismo con Especialización en Dirección de Medios Informativos en la Universidad Autónoma de Chiriquí. Es corresponsal de Radio Ondas Chiricanas y Frecuencia Informativa y encargado de medios masivos en la Comisión de Comunicación para la Jornada Mundial de la Juventud en la Diócesis de David 2019. Ha sido presentador de programas educativos, religiosos y noticiarios en Radio Universitaria.

Esteban SalazarValverde (San José, Costa Rica, 1993). Estudiante de la Maestría en Comunicación Política de la Universidad San Judas Tadeo. Licenciado en Relaciones Internacionales. Ha publicado artículos de opinión y crónicas. Es empresario y se desenvuelve en las áreas del comercio internacional y el desarrollo de soluciones tecnológicas. Ha tenido una intensa participación política en Costa Rica, ha dirigido la sección de economía de un medio de comunicación y participado en programas de radio y televisión.

Keyla Villarreal Jiménez (David, Chiriquí, Panamá, 1997). Cursa su tercer año como estudiante de Licenciatura en Periodismo con Especialización en Dirección de Medios Informativos en la Universidad Autónoma de Chiriquí (UNACHI). Formó parte de la oficina de Relaciones Públicas de la UNACHI como fotógrafa facultativa para las redes sociales (2015). Ha participado como locutora voluntaria en Federal Radio, 96.9 FM (2016) y Radio Universitaria, 93.3 FM (2016-2017) con despachos noticiosos, programaciones musicales y deportivas.

Jahir Rafael Mendoza (David, Chiriquí, Panamá, 1996). Estudiante de Periodismo de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Autónoma de Chiriquí.

Jorge Luis Quesada Villalobos (San José, Costa Rica, 1991). Bachiller en Periodismo y Licenciado en Comunicación de Masas, Universidad Federada San Judas Tadeo. Publicó en el periódico *Primera Plana* la crónica "Contra una pensión alimentaria no vale que digás que sos analfabeto".

José Antonio De Gracia Hurtado (David, Chiriquí, Panamá, 1991). Panameño de origen ngäbe. Egresado del Colegio Benigno Tomás Argote con el diploma de Bachiller en Ciencia con énfasis en Gestión de Medioambiente, 2012. Cursa el cuarto año en la Escuela de Periodismo con énfasis en Dirección de Medio Informativos, en la facultad de Comunicación Social en la Universidad Autónoma de Chiriquí. Participó en la investigación y redacción de crónicas de este libro.

Luis Ángel Montenegro (Volcán, Chiriquí, Panamá, 1994). Estudiante de periodismo, apasionado de la cultura, el cine y los deportes, ha participado como corresponsal en algunos eventos deportivos. Tiene el programa deportivo de Radio Depormix. Esta es su primera colaboración para un libro de crónicas en profundidad.

Maikol Fernández Loría (Guápiles, Limón, Costa Rica, 1993). Licenciatura en Comunicación de Masas en la Universidad Federada San Judas Tadeo. Tiene publicadas en *Primera Plana* las crónicas "La letra M la delata" y "Envenenaron el agua, pero no la voluntad de nuestra gente". Ha colaborado con Radio Monumental y el periódico *El Venezolano*.

Manuel Santo Bejarano (Krädy Gebagöbü), (Soloy, Panamá 1989). Cursa la carrera de periodismo en la Universidad Autónoma de Chiriquí, (UNACH)I. Trabaja en Radio Bahai, como locutor y productor de programa “Voces de la Juventud” en Soloy para la comarca NgäbeBuglé.

María José Yglesias Ramos (San José, Costa Rica, 1983). Abogada, escritora, mediadora de conflictos y profesora universitaria. Obtuvo su licenciatura en la Universidad de Costa Rica, su Posgrado en Derecho en la Universidad Interamericana, y ha realizado diversas certificaciones y especializaciones en otras instituciones en su país y el extranjero. Ha publicado artículos académicos, así como crónicas con la revista *Primera Plana* y, en coautoría, en el libro *Don Pepe: Crónicas al pie del hombre* (FE San Judas Tadeo, San José, 2016). Su novela *Los Ausentes* fue publicada con Uruk Editores en 2017. Actualmente trabaja en un libro sobre historias de mujeres, *Crónicas Bacantes*, y otro en coautoría: *Crónicas sobre identidad de género*. Se desempeña como abogada especializada en resolución alternativa de conflictos en el sector privado, y es activista en ONG enfocadas al medioambiente, niñez, difusión cultural y educación para la paz.

Michelle Macluf Vargas (San José, Costa Rica, 1991). Estudia la maestría en Comunicación Política en la Universidad San Judas Tadeo. Graduada en Publicidad y Relaciones Públicas en la Universidad Latina de Costa Rica. Michelle destaca su visión del periodismo a través de la crónica en profundidad que le permite reflejar muchos de los elementos que construyen una realidad. Sus trabajos han sido publicados en el periódico *Primera Plana* y *Cuatro Ojos*. Como parte del proyecto periodístico Punto y Aparte, publicó un reportaje en el periódico *La Nación* sobre la realidad

de las personas trans en Costa Rica. Para la realización de este libro Michelle aportó dos crónicas, ambas intentan acercar al lector a la realidad física y emocional, así como cultural que viven las mujeres ngäbe.

Óscar Ureña García (Alajuela, Costa Rica, 1988). Periodista, Máster en Comunicación Política y profesor de Periodismo en la Universidad Federada San Judas Tadeo. Ha trabajado como periodista del en la Universidad San Judas Tadeo, Foro Mi País, Colegio Federado de Ingenieros y de Arquitectos de Costa Rica y como editor de la Revista CFIA. Ha publicado artículos de opinión en el Semanario *Universidad*, en ediciones COMOARTES (España-México), en el periódico universitario *4 Ojos* y en revistas especializadas en Comunicación Política. Participó como autor de investigación en el libro *Campañas, Presidencias y Liderazgos en América Latina* (2015), coedición del Instituto de Administración del Estado de México y la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Campañas Electorales (ALICE). Participó como autor, con su crónica "Una luz de esperanza", en el libro *Historias de vida* (2010), coedición de la Universidad Federada San Judas Tadeo y la ONG MarViva; también en *Aún somos cabécares* (2013), edición de la Universidad Federada San Judas Tadeo, con su crónica "¿En el nombre de Dios o de Sibö?"; y en el libro *Don Pepe, crónicas al pie del hombre* (2016), edición de la Universidad Federada San Judas Tadeo, con su crónica "Cambió nuestra historia". Actualmente es el Director Ejecutivo de la Agencia de Comunicación Digital Wolves Comunicación.

Índice

Presentaciones

Ngäbe, identidad y comunicación
REISA MIRELLA VEGA7

Para que la vida de los ngäbe pase también
por nuestras vidas
FROILÁN ESCOBAR13

Crónicas

La dignidad descalza del cacique
ANDREY ARAYA21

Cuando se corta el cordón umbilical
MICHELLE MACLUF33

Sueño de un cantor
ADRIÁN FALLAS G.39

Una historia de vestidos de colores y pies
descalzos
MICHELLE MACLUF49

El coordinador del Consejo del Cacique
ESTEBAN SALAZAR53

José Ángel Moreno nunca pensó ser maestro
MAIKOL FERNÁNDEZ LORÍA65

El último entierro de Benito Morales	
ÓSCAR UREÑA GARCÍA	71
Un mal sueño	
JORGE LUIS QUESADA	79
Antonia Bejarano en su encrucijada	
ÓSCAR UREÑA GARCÍA	87
Máxima camina con cada pie en un mundo	
MARÍA JOSÉ YGLESIAS	95
Eustacio aprendió a hablar en español	
MANUEL SANTO BEJARANO	105
Soy una mujer ngäbe	
JOSÉ DE GRACIA HURTADO	111
Camilo Reyes logró educar a sus cinco hijos	
LUIS MONTENEGRO CONCEPCIÓN	117
El orgullo de hablar Ngöbere	
DARIO J. FERNÁNDEZ GUERRA	123
Entre Mama Tata y el Dios cristiano	
JAHIR RAFAEL MENDOZA	127
El río Tabasará quería llevarse a mi hijo	
BENITA DE LEÓN	131
Un ngäbe profesor de inglés	135
KEYLA VILLARREAL	

Habla el cacique Jeremías Montero
MANUEL SANTO BEJARANO141

ISBN 978-9962-9012-2-8



9 789962 901228

Ngäbe en la lengua ancestral de este pueblo, quiere decir *persona*. Pero como son personas que habitan en dos países, Ngäbe quiere decir panameño y quiere decir costarricense. Así se identifican ellos, y así lo atestiguan las crónicas de este libro, escritas por un puñado de estudiantes de periodismo de la Universidad Federada de Costa Rica San Judas Tadeo y de la Universidad Autónoma de Chiriquí, que buscan hacer suya una herencia de siglos.

